

JUANA MANUELA GORRITI.

**EL MUNDO
DE
LOS RECUERDOS.**



**BUENOS AIRES.
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
(LIBRAIRIE GÉNÉRALE)
51 — PERÚ — 53.
—
1886**

(Derechos de propiedad reservados).

•

IMPRESA DE JUAN A. ALONSO, MÉXICO 234.

EL MUNDO
DE LÒS RECUERDOS.

AL LECTOR.

En el fantástico paisaje de los sueños, allá en los primeros años de la vida ¿recordais unos extraños mirajes, largas séries de reminiscencias que un incidente cualquiera despierta, y que se extienden encadenados en prolongacion infinita? Brillan como lámpos de vívida luz, despejando horizontes de un pasado inmenso; y rápidas cual surgieron, húndense en los límbos del olvido.

Y la mente asombrada, formula algo como este pensamiento:—¿En dónde vi todo esto, yo, que recién comienzo á vivir?

Vosotros, los que venís despues, acostumbraos á grabar vuestros recuerdos en la memoria de muchos, á fin de poder encontrarlos, de poder asirlos, en ésta ó en otra existencia.

La Autora.

DE LA MISMA AUTORA.

Sueños y Realidades . . .	2 tomos en 4.º
Parceramos de la Vida . . .	2 tomos en 4.º
Misceláneas	1 tomo en 4.º

EN PREPARACION.

Ferlias Históricas	
Ferlias Divinas	

ROMERÍA Á LA TIERRA NATAL.

ROMERIA Á LA TIERRA NATAL.

AL DOCTOR FRANCISCO J. ORTIZ.

I.

LAS MÁRGENES DEL PARANÁ.

Quien desee contemplar la naturaleza en su mas riente esplendor, remonte el curso de este rio en un dia de verano, á la hora en que los rayos del sol, deslizándose entre la fronda, iluminan las profundidades de la exuberante vegetacion que borda sus orillas.

El álamo piramidal, el desmayado sauce, la ceiba de purpúreas flores, y mil otras variedades de la flora guaraní, entretejiendo su tupido follaje, ostentan colores tan vivos y de tan múltiples gradaciones, que la mas rica paleta sería impotente para reproducirlos.

Apoyada en la borda del lindo vaporcito que surcaba la corriente, rápido como una gaviota, ensordecido el oído todavía por el ruidoso tumulto de Buenos Aires, estasiábame en la contemplacion de esa sucesion de paisajes, á cual mas bello, á cual mas apacible, que aparecían, se acercaban, llegaban casi al alcance de mi mano, arrojábanme el perfume de sus flores, y se alejaban y desaparecían para dar lugar á otros y otros en número infinito.

Y pequeños islotes alzábanse, desafiando la impetuosa corriente: aquí uno, formado por las raíces de un árbol gigantesco en cuya fronda gorgeaba un mundo de alados habitantes; allí otro representado por un grupo de higueras que inclinan sus ramas, mojado en el agua sus bíblicos frutos.

Graciosos recodos, donde remolineaba la corriente, abrigaban en sus ribazos pajizos ranchos cercados de todos los accesorios de la vida campestre: la ramada; la troja; las gallinas; los cabritos; y en el palenque el

caballo ensillado piafa y escarcea, aguardando á su dueño, que sentado entre el animado corro, agrupado en torno al fogon, puntea la guitarra, camelando á su amada con dolientes endechas.

II.

REMINISCENCIAS.

Comenzaba á anoecer.

El acre perfume de los bosques acariciaba mi olfato, llevando á la mente la dulce luz de lejanos recuerdos.

—Orcones! Miraflores! Gualiamama! —murmuraba el labio, aspirando con ansia la brisa embalsamada.

Y los radiosos mirajes del lejano pasado, alzábanse ante mí cual blancas visiones.

Una bocanada de melodía ahuyentó aquellas gratas memorias.

Los pasajeros, entre los que venía el cortejo de una boda, habíanse reunido en la cámara, y las notas del piano, ejecutadas

por mano de artista, acompañaban el delicioso soprano de la novia, que celebraba su dicha en una amorosa romanza.

Después, enlazada al brazo de su amado, cantó con él ese bellissimo *duetto*, joya preciosa que Verdi forjó con amor en el tesoro de melodías encerrado en "Hernani":—*Ah! morir potesi adesso. . . .*

Aquellos acentos conocidos y amados, cambiaron el curso de mis ensueños, que en alas de la música, volaron lejos, muy lejos: al tiempo en que por vez primera escuché esa encantadora partitura.

Era una noche de fiesta en Lima, la mágica ciudad de los Reyes.

Un teatro adornado en su ancho peristilo con trofeos y lazos de flores, abre sus puertas á la multitud entusiasta que acude á gozar los esplendores de un estreno.

Raudales de luz encerrados en el lustro central y en millares de globos, iluminan aquel recinto, poblado en tres órdenes de palcos, por un mundo de beldades que sonrien, platican, y se envían graciosos saludos.

La orquesta impone silencio con las primeras notas de la magnífica obertura que reúne en sí, remedándolas, todas las bellezas líricas del drama.

Pero si los labios callan, los ojos se buscan, se encuentran y se hablan con ardientes miradas.

El telon se alza.

Las almenadas murallas de un castillo feudal, recortan su guerrera silueta en un horizonte de montaña.

Al fondo de un salon de este gótico edificio, aparece una jóven de negros cabellos y ojos de fuego. Su esbelto cuerpo viste las galas de la desposada, que ella mira sonriendo con una sonrisa lúgubre, cual si fueran ropas de duelo. Un pensamiento siniestro parece agitar su alma.

De repente, una puerta se abre y da entrada á un hombre cubierto con el capuz del peregrino.

Avanza con paso lento, y se acerca á la desposada.

—Elvira!—murmura á su oído.

—Hernani! — exclama ella — ¿Vives, ó eres su sombra que se alza del sepulcro?

—Pérfida! — replica él — vivo todavía; vivo para echarte en cara tu traicion!—

Y arrojando el disfraz, el proscrito aparece en toda su sombría belleza.

—No me condenes sin oirme—suplica ella, cayendo á sus piés.—La tiranía de un déspota queria llevarme al pié del altar; mas yo guardaba este puñal para morir ántes de ser suya.—

Enternecido, levántala él en sus brazos; y ambos, reclinado el uno en el otro, cantan —*Ah! morir potesi adesso.*

Y sus voces se confunden en ese himno de amor.

Un prosáico bostezo de la novia me hizo caer de las nubes.

Habíamos llegado á San Nicolás, puerto cuya linda poblacion se derrama como un puñado de dijes desde lo alto de un barranco hasta el borde del agua.

III.

EL ROSARIO.

Dos horas despues el vaporcito atracaba en el muelle de este puerto.

El Rosario parece un arrabal de Buenos Aires: las mismas casas; las mismas encantadoras quintas y bulliciosas calles.

Yo no la miraba en el presente: contemplábala en el porvenir, cuando extendiéndose en las deliciosas orillas de su río, sea una poderosa metrópoli.

En el trayecto desde este punto á Córdoba comenzó, verdaderamente, para mí, la peregrinacion á la tierra natal.

Buenos Aires y el Litoral, son pueblos europeos que parecen trasplantados al suelo americano, de tal manera han tomado su fisonomía, sus gustos y sus costumbres: plausibles modificaciones que han embellecido nuestras ciudades y civilizado nuestra campiña.

Mas, ah! los ojos y el alma saludaron con religioso enternecimiento á ese pueblo bron-

ceado, de pintoresco *chiripá*, que cabalga como los centauros, que tiene en su porte y en su aspecto la régia majestad de la Pampa, y que guiado por un héroe, alzóse un día y fué á hacer dos naciones libres al otro lado de los Andes.

IV.

CÓRDOBA.

Un anhelo del corazón me atraía hácia esta ciudad.

Mi padre la llamaba patria de su espíritu. Allí adquirió la vasta erudición que lo hizo el oráculo de su tiempo; y yo en memoria suya, deseaba visitar su sagrado recinto.

Así, fué con respetuosa devoción que mi pié se posó en la roja arena de sus calles.

Miraba con filial enternecimiento sus antiguos edificios, deplorando que mi paso, á vuelo de ave, no me permitiera penetrar en aquella veneranda Universidad de donde salieron tantos géneos á iluminar el mundo americano.

Sin embargo, en esas breves horas al traves de la científica metrópoli, el culto de admiracion por una memoria querida, llevóme al cementerio, donde la inspirada Eugenia Echenique duerme el eterno sueño.

Un enjambre de brillantes mariposas revoloteaba en torno al monumento que guarda sus restos. Habríase creído que eran las luminosas inspiraciones de aquella poderosa inteligencia.

Inclinéme y oré con fervor ante esa tumba donde han ido á sepultarse tantas esperanzas, y dejé en ella una corona de laurel que mis manos tejieran para Eugenia, en Buenos Aires, cuando la bella escritora resplandecia en plena gloria.

El resto del camino se pasó entre exclamaciones de gozo y gritos de admiracion.

—Qué paisaje tan delicioso!

—Qué pintoresco grupo de árboles!

—Una alfombra de flores!

—Un algarrobo cargado de doradas bayas!

—Un mistolar con sus rojos frutos!

—Una calándria!

—Una tórtola!

—Un avestruz!

—Los luminosos *tucu-tucus*!

Y así, de éxtasis en éxtasis, llegué á la bella Tucuman, con la que tanto soñara la mente y que durante muchos dias solo me fué dado vislumbrar como entre las nieblas de un poético ensueño.

V.

TUCUMAN.

Un velo de lluvia, con frecuencia rasgado por el rayo, ocultaba á mis ojos la ciudad amada de los poetas.

No obstante, de vez en cuando, bocanadas de perfume en que se mezclaban los azahares del naranjo y el limonero, revelaban los vergeles que la circundan!

Las aves que anidan en su ramaje pueblan de arrullos y melodías el ambiente de la aurora.

El sol, oculto entre densos nimbos, pene-

trábalos de un calor vivificante que se difundía en el aire.

Qué dulce bienestar encierra esta atmósfera embalsamada!

Mecida por sus auras suavísimas impregnadas de tibios efluvios, de perfumes exquisitos, sentía embargada el alma por una paz de dulzura inefable; y parecíanme un sueño los dolores y las tempestades de mi vida.

.

Un día, en fin, al caer la noche, el viento norte, precursor del buen tiempo, sopló barriendo las nubes, que huyeron desgarradas como girones de gasa en los azules espacios tachonados de estrellas.

La mañana siguiente un sol esplendoroso de Febrero, doraba las blancas cúpulas y los rojos tejados de un pintoresco hacinamiento de edificios; y mas allá, un océano de vegetación que se perdía á lo léjos en la nítida transparencia del cielo.

La tierra se oreaba exhalando gratos aromas; una brisa fresca y ténue mecía la fronda de los huertos con un murmullo delicioso.

Habríase dicho: el cuchichear de las hadas.

Las campanas tañían alegres repiques; los niños quemaban cohetes.

Multitud de fruteras, pasteleras y floristas, los brazos en jarras y sobre la cabeza el canasto, recorrían las calles pregonando sus mercaderías con un acento cadencioso como su indolente andar.

Grupos de lindas jóvenes se cruzaban, saludándose al paso con besos y sonrisas.

Hacia la tarde, dos bellas hijas de mi familia vinieron á buscarme en carruaje, y me llevaron á recorrer la ciudad.

Tucuman es, cual la mente había soñado: encantadora en toda la grata acepcion de la palabra.

Mezcla pintoresca de edificios derruidos y construcciones nuevas: éstas, coronadas de graciosas cornisas, de primorosos miradores; aquéllas ocultando su vetusto deterioro bajo la exuberante vegetacion que borda sus carcomidos aleros y las grietas de sus paredes cuarteadas por el tiempo.

VI.

LA CIUDADELA.

Tras largos dias de temporal, aquella tarde iluminada por una hermosa puesta de sol, tenía un aire de fiesta que lo engalanaba todo : desde el cielo hasta el suelo.

Bandadas de blancas aves cruzaban el espacio dejando en pos la melodía de sus cantos.

El aire estaba saturado de suaves aromas; cada patio ostentaba un jardin; cada ventana un ramillete de beldades.

Cambiando con ellas saludos y sonrisas, habíamos paseado por toda la ciudad sin apercibirnos de ello, hasta que nos encontramos de nuevo en el punto de partida : la plaza de armas : sitio encantador, circuido de una doble alameda de naranjos que dan sombra á elegantes bancos de marmol, donde las bellas tucumanas se dan cita en las tardes para tomar refrescos y platicar de amores.

Como nos enviaran todavía algunos destellos de luz las doradas nubes de occiden-

te,—Quiero—dijo una de mis compañeras— llevarte á un lugar de inolvidable memoria.

Y volviéndose al cochero—A la Ciudadela—ordenó.

—Qué me place!—exclamó la otra—Contemplado así, á este rojo claro oscuro, ese paraje memorable, tendrá manchas de sangre y reflejos de gloria.—

Costeando largo trecho floridos setos de rosales, jazmines y madreselva, entramos en una vasta pradera que se extendía hasta la oscura línea de los bosques.

Era el legendario campo de triunfos y desastres!

En él, nuestros padres abatieron el pendón ibérico; en él, despues, en guerra fratricida, perdieron patria y hogar.

Cúbrela un verde tapiz de cespèd sembrado de flores y plantas odoríferas que á esa hora crepuscular exhalaban aromas suavísimos.

Al centro y rodeada por una verja de hierro, álzase una pirámide de mármol en cuyas faces están grabados con grandes carac-

téres los nombres de Belgrano, Castelli, Moreno y Monteagudo.

A la luz moribunda del poniente, aquellos nombres gloriosos como el símbolo que los contenía, relampagueaban, iluminando en la mente extraños mirajes.

—Escuchad!.—murmuró, temerosa una de mis jóvenes *ciceroni*.—No habeis oido?. Debajo esa mata de anémonas ha salido un gemido.

—Tengo miedo!—exclamó la otra.

Y ambas corrieron espantadas á refugiarse en el carruaje que nos aguardaba á lo léjos.

Reí de su terror; pero al cortar las rojas flores de la consabida mata para completar un ramillete, mi mano estaba trémula y fria. Los cuentos de la antigua nodriza, con su séquito de espíritus y almas en pena, se alzaron de repente y me siguieron hasta que los hubo ahuyentado la cara barbuda y terrestre del cochero.

Cuando regresamos á la ciudad, encontramosla iluminada. Celebrábase aquella noche el centenario de San Martin.

VII.

DOS FIESTAS.

Una comision de la sociedad organizadora de esa fiesta, aguardábame en casa para acompañarme al teatro, donde debia tomar parte en la solemnidad con que Tucuman iba á conmemorar las glorias de aquel héroe inmortal.

Preciso fué, pues, garrapatear una fantasía de la pluma, que la humilde peregrina, con grande confusion suya, leyó en el prosenio, bajo vistosos trofeos de banderas, rodeada de doce jóvenes beldades que debian ejecutar la parte musical, y alentada por las benignas miradas que de los palcos la enviaban los ojos mas bellos del mundo.

Varios inteligentes jóvenes leyeron, en prosa y verso, producciones dignas de los hijos de ese país clásico de la poesía y del heroísmo.

Despues de la lectura, el coro de hermosas vírgenes entonó, con voces de inefable melodía, el himno de la patria.

En seguida, cada una de ellas cantó el mas bello trozo de su repertorio.

Entre unos y otros, la orquesta ejecutaba, en órden geográfico, los himnos nacionales de cada una de las repúblicas sud americanas.

Aquellas épicas melodías producian en mi alma honda impresion. Parecíanme la voz de las comarcas saludando á su Libertador.

Una lluvia de flores en guirnaldas y ramilletes, caia á nuestros piés tras cada lectura, tras cada cantar; y cuando dejamos el prosceño, llevábamos cargados los brazos de estos dones gratiosos y perfumados.

Aguardábame todavía otra ocasion de ver reunidas en tornomio á las bellas hijas de Tucuman.

Acercábase el dia de la partida.

Frustrada la radiosa esperanza de llegar á Salta, esa tierra de mi amor, forzoso era tambien abandonar la hospitalaria ciudad que tan cariñosa acogida me hiciera.

Mis amigos y la preciosa fraccion de mi familia que allí encontré, quisieron darme una inolvidable despedida.

Conmemorando esas asambleas de la inteligencia inauguradas por mí en Lima, organizaron una velada literaria que tuvo lugar en la residencia de mi familia, una bella casa rodeada de anchas galerías donde circulaba una brisa perfumada.

Hay en el curso de los acontecimientos de que se compone la existencia, incidentes cuyo recuerdo queda imperecedero en la mente y el corazón. Frescos oasis en el desierto de la vida, hacia ellos se vuelven siempre las miradas del alma.

Tal fué la que dejó en la mía aquella noche.

Jamas, hasta entónces, había visto reunidas tantas bellas artistas.

Allí estaban las encantadoras hijas de la familia Posse, raza privilegiada por la hermosura y el talento; la linda Ernestina Lopez; la graciosa Pereira; las Obando, morenas beldades que vieran la luz en Chuquisaca, la Aténas americana; las Padilla, y aquella hechicera Nieves Frias, cuyas chispeantes gracias protestan contra su nombre.

Mirando agruparse cariñosas en torno mio á esas bellas jóvenes, que ayer no conocia, que hoy amaba, y de quienes, sin embargo debia luego alejarme para siempre, pensaba en aquel viajero de la leyenda, el cual temiendo la sensibilidad de su corazon, dejólo, al partir, encerrado en una caja de plata.

En efecto, para quien viaja, es el corazon un penoso bagaje. Arraiga en cada etapa, y de cada etapa lleva consigo la nostalgia.

VIII.

OJEADAS EN EL PASADO.

No quise dejar Tucuman sin visitar un monumento de veneranda memoria: el recinto donde el primer Congreso de los libres, declaró la Independencia Americana.

Mi padre hizo parte en aquella ilustre asamblea: representaba á Salta, baluarte inespugnable, que resistió solo, al embate de ejércitos enemigos durante años de continua lucha.

Impresionada por un sentimiento de pro-

fundo respeto, de religiosa unción, penetré en aquel lugar sagrado que la benevolencia de sus guardianes abrió á mi contemplación.

Es una grande cámara vetusta y oscura, situada en el fondo de un patio semejante á una pradera por su extensión y el césped que la cubre.

Seis tirantes de roble sostienen la techumbre, agujereada por la acción de las lluvias y del tiempo. Altas yerbas crecen en sus umbrales; sus muros de un blanco amarillento, tienen un ancho friso de mohó que acusa el abandono; pero en el aire que allí aspiraba, parecíame sentir el hálito sacro y puro de un pasado glorioso.

—Ah!—pensaba yo—qué sublimes aspiraciones, qué heroicos propósitos traerían á este recinto los ilustres próceres que en él se reunieron, para sancionar la libertad de un mundo!

Cuán léjos estarían ellos de presentirel inmenso oleaje de iniquidades que había de pasar y repasar sobre la patria que, para sus hijos,

con santas esperanzas, ese día cimentáran.

Por dicha, si hoy, alzando la lápida de sus sepulcros, esas laureadas frentes asomáran, hallarian realizado, al ménos en el suelo argentino, su esplendoroso ensueño.—Libertad, justicia, órden, riqueza, progreso; y desde el palacio hasta la cabaña, inmenso bienestar.

Dormid tranquilos el beatífico sueño, ínclitos iniciadores de la grandiosa idea que fermenta en nuestro espíritu; no está léjos la hora en que, cual nosotros, los hijos de todos los pueblos americanos, se alzarán unidos por un mismo pensamiento; cumplirán en los infames que pretenden tiranizarlos, corromperlos ó explotarlos, ejemplar justicia, y un abrazo de fraternidad hará, de la América Latina, desde el golfo de Darien hasta el estrecho de Magallanes, la *grande y gloriosa nacion* que vuestra mente divisara en un profético miraje.

IX.

EL REGRESO.—UN RELATO MISTERIOSO.

Partimos.

Eran las tres de la mañana, y yo contaba con la influencia del sueño, que embargando á mis amigas, me ahorrara el trance amargo de la despedida.

Pero aquellas queridas criaturas velaban detras de las puertas, que al ruido de nuestros carruajes abrian, corriendo á estrecharme en sus brazos.

Besos y lágrimas: lágrimas mucho mas amargas para mí, que preveia un adios eterno.

Ah! cuánto envidió mi corazon, en esta hora de dolor, la caja de plata del viajero del cuento!

Al llegar á la estacion, esquivando los últimos abrazos, bajé rápidamente del coche y me oculté entre el tumulto de los pasajeros que tomaban el tren, pronto á partir.

Comenzaba á amanecer.

Asomada á una ventana del wagon, divi-

sé largo tiempo los blancos pañuelos que se agitaban, enviándome el adios postrero.

La oscura fronda de una arboleda me robó aquella vision querida

Qué espléndida alborada!

Despues de tantos dias lluviosos y nublados, el sol parecia mas resplandeciente.

Así lo sentian los árboles, las flores, las aves, y lo expresaban llenando el aire de perfumes y melodías.

El ferro-carril, desde Tucuman hasta Córdoba, se extiende al través de un verdadero paraíso. Ora es una llanura cubierta de verde pasto y abigarrados rebaños; ora una pradera sembrada de flores y pintorescos arbustos; ora una selva en cuyas sombrías profundidades la imaginacion forja maravillosas quimeras

En el linde de un bosque divisamos, indicado por un pasajero, el paraje donde fué asesinado el General Alejandro Heredia, á fines de 1838.

Todos, mas ó ménos, teníamos noticia de aquel crimen perpetrado en uno de los hom-

bres mas prominentes de la última Dictadura; pero ignorábamos los terribles detalles que nuestro compañero de viaje nos dió en un relato gráficamente fantástico.

—Era la época del Terror—dijo, encendiendo un cigarro, y echando al aire azules espirales de humo, que semejaban los recuerdos de aquel lejano tiempo.—Heredia, como todos los hombres, que apegados al suelo de la patria, osaron quedarse en ella, contaminóse en la deletérea atmósfera de la tiranía. Investido de poder omnímodo en las dos mas importantes provincias de la Confederacion, él, soldado de los libres, fundador de la Independencia, vióse forzado á ejecutar las sanguinarias órdenes del Dictador, concitándose numerosos enemigos.

Hé aquí reasumidos en breves palabras los hechos que determinaron aquel trágico acontecimiento.

En cuanto á las peripecias de éste, Juana, la bella esposa de Heredia, las vió por una influencia sobrenatural á la hora misma, y á muchas leguas de distancia, en una lúgubre aparicion.

Las palabras: *influencia sobrenatural y lúgubre aparicion*, reunieron en torno al viajero toda la seccion femenina. Él continuó.

—La enamorada consorte estaba celosa: una mujer le robaba el amor de su esposo; ella queria vengarse con una venganza terrible como el dolor que devoraba su corazon, y fué á pedirla á un hechicero de las montañas de Iruya, solitario nigromante que moraba en una caverna suspendida sobre hondos precipicios.

Allí sube á buscarlo la ofendida esposa; y penetrando en el antro, se acerca sin miedo al sér misterioso que lo habita.

—En el nombre de Aquel que encierra en sí la Luz y la Ciencia—le dijo—te ordeno escuchar y obedecer.

A la voz del poderoso conjuro, el mago se inclinó reverente.

—Habla!—exclamó—ordena! Qué quieres? Un filtro?

—Un filtro!—dijo Juana, con desden.—
Quiero un rayo para aniquilar á la infame

que me ha arrebatado el alma de mi alma; quiero para el ingrato que traiciona mi fe un infierno de remordimientos. Quiero. quiero—murmuró Juana; y calló, porque un extraño sopor invadió sus sentidos, anubló sus ojos y extinguió la voz en su labio.

Luego, parecióle divisar un horizonte inmenso, alumbrado por los postreros fulgores del día; praderas, bosques, lejanas montañas. Al frente una alameda de sauces y coposas moreras se extendía, bordada de floridos arbustos hasta la puerta de una quinta circuida de jardines y elegantes galerías.

—La *Arcadia!* mi casa!—balbuceó la esposa de Heredia, en el angustioso estertor de la pesadilla.

Y el interior de aquella morada le apareció de repente, cual si sus muros hubiéranse tornado de cristal.

Y Juana vió en su propio lecho, en el lecho conyugal, una mujer recostada con voluptuoso abandono, en la actitud del que espera.

—Fáusta!—articuló la encelada esposa ; y una explosion de cólera sacudió sus inertes miembros

Oyóse un rumor de pasos. La que aguardaba sonrió

Abrióse una puerta; sonó una detonacion; y una bala, penetrando en el desnudo seno, ahogó aquella sonrisa en un lago de sangre

Un hombre embozado hasta los ojos y en la mano un fusil, humeante todavía, salió de la casa; arrojóse á su caballo y desapareció tras las oscuras arboledas

Una nube pasó ante aquella escena y la cambió.

Un ancho sendero extiéndese en tortuosas revueltas entre una pradera y los lindes de un bosque cuyas frondas empieza á ennegrecer la noche.

Juana divisó á lo léjos un carruaje que se acercaba corriendo, al gallardo paso de dos poderosos corceles.

Se aproxima; va á pasar.

De súbito, y de entre el ramaje del bosque,

un ginete, el hombre del fusil, salta al camino, se acerca al coche y arroja el embozo que lo cubre.

—El marido de Fáusta!—murmura la esposa de Heredia, á tiempo que el ginete, encarando el arma, la descarga en el interior del carruaje.

Diez soldados armados de lanzas, saliendo de la espesura, uniéronse al asesino, que penetró en el coche y arrastró á tierra, asido por los cabellos, el cadáver sangriento de un hombre, al que iba abrazado un hermoso niño, que lloraba con lamentos desesperados.

Juana exhaló un grito; porque aquel hombre asesinado era su esposo; aquel niño era su hijo!

El silbido de la locomotora interrumpió al narrador.

Llegábamos á la primera de las muchas estaciones que pueblan el trayecto, frescas, aseadas y provistas de elegantes comedores, aguardan á toda hora á los pasajeros con el cubierto puesto y la mesa apetitosamente servida.

—Y?—Y?—Y?—preguntaron los oyentes; agrupándose en torno al viajero, con anhelante curiosidad.

—Y? señoras mias—respondió él, inclinandose galante.—Estais servidas: vamos á almorzar.—

Sazonó la genuflexion con una graciosa sonrisa, y rompiendo la marcha, seguido de su auditorio, fué á sentarse á la mesa, donde nos probó que era tan bueno para yantar como para referir.

• X.

*Beauté, secret d'en haut, rayon divin emblème;
Qui sait d'où tu descends? qui sait pour quoi l'on t'aime?*

Lamartine.

Nuestro elenco se componia de lo mas variado en tipos, fisonomías y condiciones.

Dos militares de luengas barbas y marcial continente; cuatro estudiantes; tres ingenieros españoles; una banda de lugareños, otra de agricultores; tres señoras de edad, y una jóven de ojos negros, rasgados como los de una árabe, y con una cabellera

blonda que semejaba á las doradas núbecillas de la aurora.

Encantadora criatura! Vestida de blanco, y echado hácia atrás su velo azul, brillaba entre nosotros como una estrella.

Por demas sería decir que todas las miradas eran para ella. Militares, estudiantes, agricultores, ingenieros, contemplábanla extasiados.

Ella recibia aquel incienso con sencilla naturalidad; como un homenaje que le era debido y al cual estuviera acostumbrada.

Todo esto con grandísima rabia de dos de las viejas, que, envidiosas de esa muda adoracion, sonreian con amargura tras sus enormes pericones.

Una de ellas, solterona por añadidura, inclinándose á mi oido:—No puede darse—dijo—nada tan ridículo, como la expresion de estos enamorados. Ja! ja! ja!

—Yo la encuentro sublime—la respondí.
—Interpreta un sentimiento que es el alma del Universo.

—Pero, señora, ¿no ve U. que estos mo-

zalvetes nos están echando su amor á la cara? Desvergüenza!

—Ah! señorita, son jóvenes, qué harán, si aman la belleza, sino expresarla su apasionada admiracion? “quién no tiene el espíritu de su edad, de su edad tiene toda la desgracia.”—

No sé si comprendió la pulla, que de puro explícita era una perogrullada; mas, lo cierto fué, que desde ese momento, ambas desconfiaron de mí, y pude contemplar en paz á la linda rubia, que sin sospechar el rencor de aquellas arpías, reía, platicaba gozosa, jugaba con las mariposas que penetraban en el wagon, y recibia con candorosa complacencia las flores que sus adoradores cosechaban para ella en los campos, al parar de cada estacion.

La preciosa niña hacia lindos ramilletes que nos obsequiaba con hechicera benevolencia.

Las viejas los recibian fingiendo una sonrisa que de tan falsa parecia una mueca.

—Hé aquí—pensaba yo—el aspecto de

toda aglomeracion humana: mezcla de grandeza y de miseria: al lado del éter de Dios el barro de Adan!

XI.

CÓRDOBA.

En la tarde del siguiente dia, las copas de las palmeras, asomando en el horizonte, nos anunciaron la cercanía de esta ciudad.

Cual la metrópoli de los Kalifas, cuyo nombre lleva, ésta, situada tambien, al fondo de una fértil hondonada, corónase, como ella, con una guirnalda formada por el gallardo follaje de esos árboles oriundos de la Arabia.

Esta vez, mi paso por Córdoba no fué tan rápido que no me permitiera visitar los bellos monumentos y los sitios de recreo que la adornan: sus templos, sus jardines, su bellísimo lago, su Observatorio, su Universidad, célebre por la falange de genios que de ella salieron á ilustrar los fastos americanos.

Los juveniles recuerdos de mi padre res-

pecto á esos sitios queridos á su memoria, estaban vivos en la mia. Así, al poner el pié en aquel santuario del saber humano, halléme en terreno conocido; y señalaba la topografía de sus localidades, cual si en otra ocasion las hubiera ya recorrido.

Hé aquí la sala de grados; hé allí la de espera.

En esta galería abren las puertas del museo; en aquélla las de la biblioteca.

Aquél hallábase enriquecido por los tres reinos de la Naturaleza con valiosos dones. En cuanto á ésta, la biblioteca, no obstante muchos vacíos en sus inmensos estantes, posee, en autores, riquísimos tesoros.

Entre los que llamaron mi atencion admiré una lujosa edicion de Los Santos Evangelios, traduccion de Bossuet, ilustrada por Gustavo Doré con hermosos grabados copiados de las fotografías de tipos y paisajes tomados por el mismo artista en las comarcas bíblicas.

Allí, por vez primera, contemplé en las imágenes de Jesus y de María, la belleza he-

brea: misteriosa amalgama de la humana forma con el destello divino, impreso por los relámpagos del Sinaí en el pueblo de Dios.

Anocheció, y forzoso fué dejar aquel recinto donde absorbida por gratas emociones, habia pasado, sin sentirlo, muchas horas.

Al atravesar el patio de honor, convertido, ahora, en un magnífico jardín, como viera al Rector aprestarse á cortar, para obsequiarme, un vástago lleno de rosas, supliquéle dejara en paz aquellas lindas flores, y me permitiera formar con siemprevivas rojas y musgo de los troncos, una guirnalda que guardo en memoria de aquella romería científica y filial.

Al amanecer del dia siguiente dejamos á Córdoba, que envuelta en los azulados vapores del alba, dormia como una alondra en la concavidad de un surco florido.

De lo alto de su hondonada envíele un tierno adios y un ferviente voto por su engrandecimiento y prosperidad.

XII.

INCIDENTES.

No habíamos recorrido muchas millas, cuando una manga de langostas, tan densa que interceptó el sol, vino, impelida por el viento nordeste, á pasar sobre nosotros con un ruido aterrador.

Muchos de estos repugnantes insectos penetraron en el wagon, asustando á la linda rubia, que dió gritos de espanto, y se refugió en mis brazos.

Sus admiradores arrojáronse sobre los pobres bichos; los decapitaron sin misericordia; echaron afuera sus cadáveres, y levantaron para impedir nueva invasion los cristales de las ventanas. Cuán contentos estaban por aquella hecatombe ofrecida al objeto de su culto!

Nuevo coleron para las viejas rivales de la hermosa.

Los agricultores que venian con nosotros lamentaban la pérdida de sus cosechas, que la plaga iba á devorar.

Por dicha para ellos, un poderoso auxiliar: el agua, vino á librarlos de aquel enemigo.

El buen tiempo que desde Tucuman nos acompañaba, cambió de repente.

Negras nubes cubrieron el cielo y un verdadero diluvio cayó, durante nueve horas, en la vasta llanura que se extiende hasta las orillas del Paraná.

El aspecto de esterior, á nuestra llegada al Rosario, era formidable. Engrosado por una fuerte creciente, habia arrastrado cuanto encontró á su paso, incluso el muelle, y sus olas, no hacia mucho tan límpidas, ennegrecidas por los aluviones cenagosos de la pampa, lamian los cimientos de la ciudad.

Preciso fué, sin embargo, embarcarnos, pues el capitan del "Galileo" que debia llevarnos de regreso á Buenos Aires, notaba los anuncios de un próximo pampero y esperaba llegar ántes que él, al puerto de Campana.

XIII.

LA ÚLTIMA ETAPA.

Agrupados bajo la toldilla para guarecernos de la lluvia, contemplábamos los estragos de la creciente en aquellas orillas, ayer no mas, rientes y frondosas.

El árbol del islote alzabase todavía, pero despojado de sus ramas, como un mástil naufrago: los canoros huéspedes que lo habitaban habian desaparecido con sus nidos y el follaje que los cobijaba; el grupo de higueras no existia; y los poéticos ranchos de los ribazos, sumergidos en la espantosa inundacion, mostraban solo, ay! sus pajizos techos donde se habian refugiado sus moradores, que llamaban con signos de angustia á los botes enviados en auxilio suyo por el capitán del "Galileo".

A ellos bajaron, mojados sus vestidos, transidos de frio; y fueron á pedir asilo en las casas situadas sobre las barrancas de la derecha orilla, que se abrieron para ellas con fraternal hospitalidad.

Anochece; y el aire húmedo y helado nos obligó á dejar la toldilla y buscar abrigo en la cámara.

La del "Galileo", aseada y lujosa, tenía á esa hora un atractivo mas para nosotros: en una mesa de cuarenta cubiertos, una abundante y exquisita comida que sazonaban: un bromista y un hombre grave; el uno con sus epigramáticas burlas; el otro, á quien iban dirigidas, por la imperturbable sangre fria con que las aguantaba.

Aquél, subia de punto en sus malévolos chistes, alentado por la risa del auditorio. El hombre serio, cruzados los brazos sobre el pecho, contemplábalo silencioso; pero con una mirada fija é impasible que mas de una vez desconcertó al bufon.

Hastiado de este tábano y del eterno martilleo de sus bromas, deseaba la presencia del Capitan que pondria término á ellas.

—Dónde estará—pensaba yo, viendo vacío su asiento en la mesa.

Un ruido aterrador acompañado de horrible sacudimiento, vino á darme la respuesta

—El pampero!—gritamos con un clamor unánime. Y callamos de repente, yertos de miedo; porque á los terribles balances sucedió una extraña inmovilidad; y el “Galileo” se inclinó de costado hasta tocar el agua con su borda.

—Misericordia!—exclamaron las señoras, abrazándose con angustia.

El bufon perdió todo su aplomo.

Pálido y tembloroso, no pudiendo tenerse en pié, arrojóse sobre un sofá y pedia agua por señas; pues el espanto le habia hecho enmudecer.

Aquí fué el triunfo del hombre serio, que se apresuró á socorrerlo: le dió á beber agua con vino; frotó sus sienes con extracto de colonia; hizole aspirar sales, y tuvo por él cuidados tan refinadamente exquisitos, que se adivinaba en ellos la venganza.

Aquella noche habríamos perecido, sin la pericia y varonil entereza del Capitan, que jugando el todo por el todo, hizo á fuerza de vapor, saltar al “Galileo” del banco en que el huracan lo habia sentado.

El sacudimiento fué terrible y ocasionó muchas averías en el lindo vaporcito; pero nos habíamos salvado; y sin importarnos un ardite el agua que nos calaba, introduciéndose por las grandes aberturas que el violento arranque habia hecho en la cubierta del "Galileo", nos entregábamos á la alegría del que ha escapado á la muerte.

Reunidos en la cámara y otra vez sentados á la mesa; un momento ántes con tanto espanto abandonada, unos cantaban; otros brindaban; todos, y singularmente las señoras, reíamos recordando la grotesca facha de los asustados.

El bromista, sobre todo, fué objeto de las mas aceradas burlas. Una remedaba su actitud; otra su temeroso azoramiento; ésta lo calumniaba con un—Misericordia!; aquélla con un—Pequé Señor!

El pobre hombre estaba anonadado.

El hombre serio, siguiendo en su papel de protector, lo defendia con un acento paternal que entrañaba la mas severa leccion.

Así llegamos á Campana donde nuestros

amigos habian acudido inquietos por el horroroso temporal; y desafiando la lluvia, nos esperaban agrupados en el muelle.

XIV.

LA METRÓPOLI ARGENTINA.

.Cuán bello es Buenos Aires, sobre todo, cuando tras una ausencia se vuelve á verla.

Encuéntrasela mas grandiosa; mas populosas sus calles; sus edificios mas suntuosos; mas majestuoso su rio; mas riente su paisaje.

Ciudad querida! ¿por qué tu aire es letal para aquella que te ama con todos los amores del alma?

Vuelvo á tí, anhelando tu dulce mansion, sedienta de tus embalsamadas auras; y al aspirarlas, absorbo en ellas mortal desfallecimiento.

Ah! quizá no está lejos el dia en que vaya á pedirte, no la morada de tus elegantes casas, ni el perfumado ambiente de tus vergeles, sino la sombra de un ciprés en tu poético cementerio!

LUZ Y SOMBRA.

LUZ Y SOMBRA.

I.

AGUINALDO.

Qué encantos encierra para todas las edades de la vida esta florida época del año!

Las sonrisas del Divino Infante vagan en la luz nacarada de sus días benditos, y derraman en los corazones un bálsamo de santa alegría, que los purifica, y torna á todos, niños.

Como los pastores de la Sagrada Leyenda, damos treguas á todos los amargos sentimientos de la vida, para mezclarnos al regocijo de los ángeles que pueblan nuestros hogares; y reimos y cantamos con ellos; y como ellos, tocamos carracas, comemos caramelos y vamos á extasiarnos ante ese mundo maravilloso de lindísimas muñe-

cas y preciosos juguetes en las vidrieras de Florida y Victoria.

—; Quién hubiera tenido estas preciosidades en su tiempo!—decia anoche una señora mayor á su compañero, todavia de mas edad que ella.

—; Ay!—exclamó él—á quién lo dices, hija! Ayer, contemplando las piruetas de un polichinela, en una tienda de Rivadavia, rabié de que una señora lo comprara. Ya que no me era dado jugar con él, queria mirarlo.

—¿Llegaron al fin, las sombrillas?—preguntó en la “Porteña” una hermosa jóven.

—Sí, señorita. ¿Quisiera usted verlas?

—Ciertamente, pues que necesito una para Deidamia.—

El dependiente le presentó varias cajas que ella abrió. Contenian sombrillas preciosas pero diminutas: un juguete.

Ella examinó una, gustóle mucho; la pagó y se fué.

—¿Quién es Deidamia?—pregunté al dependiente, pensando en las dimensiones de

la sombrilla, á la vez que en el acento de ternura con que la linda jóven pronunció aquel nombre. El dependiente rió.

—Adivine usted, señora, quién es Deidamia.

—Mejor es que usted lo diga.

—Deidamia, es su muñeca. Todos los años, en la época de los aguinaldos, la muñeca se convierte en una niña engreida, caprichosa, que pide á su madre toda suerte de extravagancias; ella se apresura á contentarlas; la lleva por todas partes; y *en noche buena*, la compra los juguetes mas costosos.—

Reimos de aquella excentricidad. Sin embargo más ó ménos, en estos dias de dulce y santa reminiscencia, todos gustamos de parodiar esa hermosa edad de oro de la vida, oasis donde vuelve siempre con delicia el alma.

Y los héroes de esta bíblica fiesta, los niños?

¡Ah! nunca están, nunca, tan bellos, tan espirituales, tan contentos.

Medianeros entre Dios y el hombre, sién-

tense orgullosos de esa hermosa mision, y toman el primer lugar, en las suntuosas ceremonias con que el cristianismo celebra el nacimiento de Aquel, que los daba por modelo á los que buscan el reino de los cielos.

¡Hermosa edad de fé, entusiasmo y amor!
¿Por qué erestan corta?

¡Ah! dichoso quien no dejó tus doradas regiones, sino para regresar á la patria celestial!

II.

LAS DOS FACES DE UN MIRAJE.

—Grato y de propicio agüero es comenzar con un epitalámio, sea un libro, ó una simple conseja—entró diciendo un concurrente á mi salon.

—Cuan dulce luz derrama en torno suyo una union formada por el amor, y en cuya aureola brilla la belleza y la juventud!

—¿Y á qué viene ese prólogo—preguntáronle.

—Acabo de presenciar una boda.

Y exaltado mas y mas— Una boda!—continúo—es decir: el paso desde el azulado nimbo donde el alma dormitaba solitaria, á la region dorada, esplendorosa, de una doble existencia.

Una boda! es decir: la primavera en el paraiso, con la ciencia del bien —

Las picaruelas muchachas que lo escuchaban arrebatáronle la palabra, y parodiando su exaltacion, continuaron el relato alternándose con gracia picante y encantadora.

—Una boda! es decir ondas de tul, de encajes, de sedosas gasas.

—Rios de brillantes.

—Bellísimas flores.

—Perfumes exquisitos.

—El nácar y el marfil bajo todas las formas.

—Tesoros de raso, gró, terciopelo.

—Blondas, oro y perlas derramadas en faldas, colas, manteletas, sombrillas, zapaticos, pantuflas, abanicos

—Y allá, en el fondo de un suntuoso re-

trete, sobre una columna de alabastro, ese delicioso vestido, ensueño de las jóvenes, confeccionado con tul chantilly sobre raso blanco, guarnecido de anchos volantes prendidos con ramilletes de azahares...

—Desde lo alto de la columna, tan largo como la cauda que se extiende en cascadas de blonda, esa prenda alegórica de la desposada, un velo de malinas, orlado con una ancha guarda de bordado exquisito, se derrama sobre el delicioso vestido como una vaporosa niebla.....

—Coronando este *todo* maravilloso, una guirnalda de las mismas flores que adornan la túnica, abre sus blancos pétalos entre hojas de esmeralda, dejando caer hácia atrás un largo feston hasta lo bajo de la falda. Hé dicho.—

El interrumpido orador, algo desconcertado, concluyó saludando á las traviesas con una reverencia.

—Señoritas Udes. lo han adivinado todo y nada me queda sino el epílogo. Con el relato de la bendición nupcial que acabo de

contemplar, debia anunciar á ustedes que dentro de pocos dias, Pablo R., su servidor, y Delfina T. su amada, serán protagonistas en una escena igual.—

El futuro esposo se fué, y el círculo se ocupó de los contrayentes desde su linaje hasta los detalles de su posicion en el mundo de las finanzas.

Pablo era amanuense en un Ministerio; Delfina, hija de un indefinido.

Al siguiente dia, vílo llegar desesperado.

—Delfina no me ama ya!—exclamó.—¿Lo creeria Vd.? La ingrata me pide que le devuelva sus juramentos; que la deje libre para dar á otrosu corazón y su mano! . . . Ah! por dicha hay en el mundo tósigos y revolvers!—

Y dándome una mirada sombría, díjome adios, y se fué. Alarmada por el estado en que habia visto al desgraciado Pablo fuí á reñir á Delfina y echarla en cara su conducta con aquel á quien tanto amó.

—Antes de condenarme—respondió ella—escucha el sueño que he tenido esta no-

che, y juzga si no debo ver en él una revelacion del cielo.

Soñé que vestida de blanco y envuelta en el velo de novia, tendia mi mano á Pablo para acercarme al altar; y yo miraba complacida á mi futuro esposo, que nunca me pareció tan bello.

De repente, ví detrás de él surgir un espectro horrible, descarnado, lívido, que enviándome una mirada siniestra, alzó la mano en señal de amenaza.

Yo temblé por Pablo; y abrazándome á él, apostrofé al fantasma—¿quién eres—le dije—y por qué nos amenazas?

—Soy la miseria—respondió con voz cavernosa—y os aguardo en el ocaso de esa dulce luna que vais á comenzar.—

El fantasma calló; y levantando el harapo que cubria su seno, mostróme prendidos con avidez á sus pechos dos niños flacos, pálidos, y hambrientos.

—Estos serán vuestros hijos—añadió—por que desprecias el ejemplo de las aves del cielo, que forman el nido antes de traer la familia....

Desperté, muy contenta de que aquello fuera un sueño, pero resuelta á escuchar en él la voz de Dios.

Y yo desahucí á Pablo; porque en efecto, aquella vision era horrible.

III.

CHARLA, RISAS Y GORGEOS.

Espiritual, picante y con toda la sal del Atica, era la de las lindas amigas que sentadas en corro al lado mio, platicaban sobre las cosas mas halagüeñas de la vida, en tanto que yo escribia lúgubres frases.

Sus frescas risas, sus graciosos dichos, mezclados al sombrío cuadro que trazabami pluma, parecíanme esos blancos lirios que la primavera abre entre las grietas de los mármoles sepulcrales.

Pero, asi, como éstos perfuman el cementerio, aquellos derraman su alegria donde, hace tanto tiempo, habita el dolor.

Como las golondrinas en una mañana de primavera, llegaban riendo, cantando y

derramando en todas partes, á su paso, luz y alegría, en todas partes..... hasta en mi corazón. Sus nombres mismos eran armoniosos y dulces como una caricia: Emma! Julia! Rosa! Eleodora! Cristina! Florinda! El alma rejuvenece al contacto de esas jóvenes flores, que comenzaban á abrir su cáliz á las promesas de la vida; y plácele seguir el vuelo vagoroso de sus ilusiones, como á la mirada, el de esas bandadas de blancas aves que cruzan el cielo en las tardes de verano.

—Qué trozo tan bello es ese que acabas de cantar, querida mía. No lo conozco ¿A qué partitura pertenece?

—Es una romanza de la ópera “Guaraní”, la última pieza de mi estudio. Cierto que es una música deliciosa, llena de dulzura, y de un carácter original. Sin embargo, la música no es para mí, realmente bella, sino cuando refleja el recuerdo.

—¿No es verdad?... Pero, ah! tus recuerdos, risueños, frescos, datan de ayer, y los encierra una aurora.—

Julia suspiró profundamente; y dejando la

romanza del “Guaraní”; entonó, con los ojos llenos de lágrimas—*Caro nome que il mio cor*—esa cascada de perlas del “Rigoletto”.

Entre las compañeras de Julia, una voz murmuró un nombre:—Maximiano.—Recordé entónces, que no hacia mucho tiempo, una mano aleve dió muerte á ese bello jóven tan querido en la sociedad. Pobre Julia! En el riente miraje de sus recuerdos, alzabase ya una cruz!

—*Al viento las penas!*—exclamó Florinda, pasando su pañuelo sobre los húmedos ojos de la cantora.—Oh! si cada una fuera á hablar de las suyas, el cuartel de Santa Ana, en el cementerio, puede decir si yo tengo derecho de estar entre los vivos.

—Tambien tú?—gritó Emma.—Esto amenaza volverse un *de profundis!* Bah! silencio! y basta de sombra!.... ¿Quién ha oido anoche el violin encantador de White?

—Yo.

—Y yo.

—Yo tambien.

Todas.

Qué melodía celestial! Ese instrumento tiene un alma, y siente, habla, rie, llora.

—Y “Un sueño en Buenos Aires!” Qué horizontes inmensos de azul y grana, poblados de doradas quimeras, describen las notas melódicas de esa brillante fantasía! Al escucharla, creía percibir el murmullo de los rios, el canto de las aves, el susurrar de la brisa entre la fronda de las selvas.

—Tú te inclinas al idilio. A mí me aparecía un castillo feudal erizado de almenas y torreones. Yo era su castellana y escuchaba, asomada á una gótica ojiva, el amartelado canto de un trovador.

—Aristócrata hasta en sueños! Alma mía, esa raza está amenazada de una enfermedad mortal: la polilla. Yo, nieta de un prócer de la Independencia, hija de un republicano, hermana de republicanos, sueño con un tribuno jóven y elocuente, que invocando el símbolo sagrado de la ventura humana: Libertad, Fraternidad, Igualdad, electrice al pueblo con el calor de su palabra;

con el fuego de su mirada; y que al descender del pavez donde lo ha elevado el entusiasmo de la multitud, caiga á mis piés y me llame su esposa.—

Aquellas hermosas soñadoras que reían, cantaban y hablaban de sus halagüeñas ilusiones, parecíanme una lejion de ángeles sembrando flores sobre un camino de espinas.

IV.

LOUND.

De todos loslazos que me ligan en la tierra, uno de los mas gratos es el que me une á esta familia, allá en Lima, esa tierra, para mí de afectos y dolores.

Formado por la simpatía y la mas profunda gratitud, fortificanlo el tiempo y el estudio de la vida.

Con cuánto enternecimiento recuerdo sus constantes bondades, sus afectuosos consuelos en mis infortunios; su cordial hospitalidad, cuando, fatigado el cuerpo y el co-

razon adolorido, llegaba á su casa al volver de mis lúgubres visitas al cementerio.

Enriqueta se apresuraba á prepararme un fresco y perfumado baño en su tocador.

Su madre, la santa matrona, me sentaba á su mesa, entre ella y su esposo, aquel hombre angelical que ahora está en el cielo, y que llenaba mi vaso de rico vino, sonriendo con una sonrisa luminosa, reflejo de su alma; y el bello y excelente Augusto, cuyo chiste graciosísimo suavizaba mi pena.

Con lágrimas de agradecimiento evoco siempre, la memoria de aquel dia que, habiendo ido á saber de un viajero, noticias de mi hija enferma, habiéndolas recibido siniestras, agoviada de dolor, me detuve á llorar á solas en la escalera.

El llanto habia empapado mi pañuelo; y desfallecida, yacía sentada en un peldaño, con la frente apoyada en las rodillas.

De repente, un brazo cariñoso rodeó mi cuello; y una mano caritativa cambió el pañuelo mojado en lágrimas, enjugando mis ojos con otro, suave y perfumado.

Era Madame Lound.

Sabiendo el dolor que me aguardaba, habíame seguido, y estaba á mi lado.

Esta accion, en otra ocasion, sencilla y natural, encerraba, en aquella, tan dulce ternura, tan entrañable conmiseracion, que ví en ella, un reflejo de la misericordia divina; tan silenciosa, dulce y consoladora llegó á mí en aquella hora de dolor inconmensurable.

Quiera el Dios remunerador no llevarme de este mundo, antes de haber pagado, siquiera sea en lo humano posible, esa inmensa deuda del corazon!



OASIS.

OASIS.

I.

—Cuán bellos son los que circundan á Lima, formando en torno suyo un collar de esmeraldas. Destácanse en semicírculo como verdes ramilletes en las rojas arenas de la costa.

Bellavista, que se asienta entre el bullicioso ferro-carril y el callado cementerio; La Magdalena, oculto como un nido en la fronda de los vergeles; Matalochuza, la de los exóticos huertos; Miraflores, con sus alamedas de pinos y sus orientales palmeras; El Barranco, trozo del Eden, suspendido á pico sobre las rocas del océano; San Borja, Piedraliza, Bocanegra y otros.

Así numeraban una noche, en una velada, esos parajes floridos, asilo de solaz en los calurosos días del verano.

—Mamá, tengo una idea. ¿Me permites expresarla?—dijola mas linda de las hijas de la casa.

—;Véamos! Una idea de Manuelita es siempre orijinal.

—; Tanto mejor! Héla aquí: mañana es mi cumpleaños, y.....

—; Mañana! Yo creia que era elviérnes—dijo un jóven.

—Ese dia me bautizaron.....Oh! que importuna es una interrupcion! Mañana es mi cumpleaños; y tú, como de costumbre, me obsequiarás doscientos soles, sin contar banquete y *soirée*, ¿no es cierto?

—Si, y creo que este año no tendrás queja de mí.

—Pues bien, mamá mia, quiero ahorrarte esos gastos, y con mis doscientos soles, organizar una cabalgata para recorrer esos rientes sitios y comprar todas las flores y frutas que hallemos al paso.

—Pero, hija mia, en las actuales circunstancias, ese paseo es terriblemente riesgoso. ¿Y los montoneros?

—Los montoneros son soldados, no ladrones.

—Pero hay ladrones que pueden hacerse montoneros y cargar, no solo con tus soles, sino con sus conductoras.

—Nos acompañarán estos caballeros, y en caso necesario, sabrán defendernos.

—Oh! sí! que si ellos son montoneros, nosotros somos guardias nacionales—dijeron á la vez tres jovencitos.

—Qué diferencia, hijos míos! Los montoneros *no temen* ni *deben*; y ustedes, si no temen, se deben al amor de sus madres y á la esperanza de sus familias.—

Mas, no obstante esas reflexiones, la alegre cabalgata partió seguida de un criado, conductor de dos mulas cargadas de cachos, para llevar los fiambres, y traer la sabrosa y perfumada compra.

II.

—¿Y mi parte en el rico botín de los oásis?
¿Dónde están las frutas y las flores prometidas?—

Así llegué preguntando al día siguiente á las turistas de la víspera.

—Hélas aquí—dijo la del cumpleaños, presentándome un magnífico ramillete compuesto de flores y frutas—pero la compra monstruo, con grande gozo mio, no ha tenido lugar.

—¿Cómo fué eso? Te dolió un gasto tan fuerte?

—Mejor que ello. Habíamos cosechado en Matalechuza, cuyo propietario nos recibió con feudales honores, y recorridas las huertas de la Magdalena en su lado exterior, sin poder penetrar en su recinto, á causa de la ausencia de sus dueños, dirigimonos á Surco para hacer allí nuestra provision.

—Al atravesar los rieles del ferro-carril, en la estacion del Barranco, vimos bajo de un olivo, y sentadas en el suelo, dos personas que llamaron dolorosamente nuestra atencion.

Eran, una anciana y una jóven pálida y demacrada, que reclinando la cabeza en el

hombro de aquella, dormitaba, con la respiracion exhausta y oprimida.

Cerca de ellas veíanse algunos bagajes: una pobre cama envuelta en un petate, y un saco de viaje raído y casi vacío.

Sin consultarnos, mis hermanas y yo, saltamos del caballo y nos encontramos rodeando al triste grupo.

La anciana nos refirió, entónces, que los médicos de la Sociedad de Señoras de Caridad, habian ordenado á su nieta, enferma del pecho, el aire del campo; y que ella la habia traído, esperando hallar una habitacion de precio proporcionado á su miserable situacion, pero llegada allí, encontró tan caro, aún el alquiler del mas pobre cuartucho, que se veia en la necesidad de regresar á Lima, y resignarse á ver morir á su hija.

—Oh! no será así!—exclamamos á la vez, mis hermanas y yo—¿No es verdad, Manueleta?—decian ellas, pensando en los doscientos soles que tenía en mi cartera.

—Ciertamente!—

Y llorando, á la vez que de pena, del

gozo de remediar aquella desgracia, tomé mis diez billetes de veinte soles y los puse en manos de la anciana, que me miraba muda de sorpresa y de enternecimiento. Luego, auxiliada por mis compañeras, alquilé un bonito cuarto con ventanas al campo y todo amueblado; compramos varias provisiones, trasladamos á la enferma, y limitando hasta allí nuestro paseo, regresamos muy contentas, no sin visitar los bellos jardines de Miraflores.

—Ven á mis brazos, noble criatura!— exclamé, llorando á mi vez de enternecimiento.—La santa obra con que ayer celebraste el día de tu natalicio, habrá sido glorificada por los ángeles en cánticos celestiales.....



LA PRIMERA DECEPCION.

LA PRIMERA DECEPCION.

A JOSÉ M. ZUVIRIA.

I.

Entre las ruidosas pláticas de los soldados de mi padre, en torno al hogar nocturno, evocando el recuerdo de sus campañas, extasiábame el eufonismo de una frase repetida por ellos con frecuencia.

— Los godos!

— Bajaron los godos — decían — Atacáronnos los godos — Rechazamos á los godos. Los godos volaron, dejándonos un rico botín.

Y unos mostraban medallones de oro encajados de pedrería; otros, espadas con relucientes empuñaduras; este, un círculo de rubíes en cuyo centro sonreía una beldad; aquel un enorme brillante que resplandecía como una estrella.

—Los godos!—decia yo, saboreando esta palabra—los godos!—qué nombre tan bello!

Y la imaginacion me los representaba seres sobrenatural, que colmados de hermosura y de riquezas, habitaban las regiones etéreas, pues que bajaban, volaban y dejaban, en pos suyo, los tesoros que yo habia visto á la luz del fogon, en poder de los soldados.

Y mis ojos los buscaban en las alturas; y las doradas nubes del ocaso parecíanme en sus fantásticas formas, los muros, las torres y cúpulas de la ciudad maravillosa donde habitaban los godos.

Y cada tarde, apartándome de los juegos de mis compañeras, iba á sentarme en un banco solitario, á espaldas de la casa, con la vista fija en los fulgores de occidente, halagada por la esperanza de ver á los godos.

II.

Un día, por una hermosa puesta de sol, estaba yo reclinada sobre las rodillas de mi padre, que fumaba sentado en el consabido banco; y contemplaba, no como él, la plácida belleza del paisaje y las largas siluetas de los árboles sobre el verdor esmaltado de los campos, sino allá, en los aires, los encantados alcázares de mis sueños.

—Qué bella está hoy la ciudad de los godos!—exclamé, juntando las manos con devota unción.

Mi hermanito que leía, sentado al lado de mi padre, cerró su libro y se quedó mirándome.

—Cómo!—le dije—no la ves.... Allá, arriba en los aires, sobre el cerro de Metán. De allí bajaban los godos; y atacaban á nuestros soldados, y huían, volando; y dejaban joyas riquísimas que yo he visto en manos de Lencinas, de Moreira y de Nicamoto.—

Mi padre sonreía con la complacencia

del que escucha el fantástico divagar de los niños.

Pero mi hermano, que, por desdicha mia, estudiaba en ese momento su Ganot, y era, además, un pedantillo consumado.

— Oh! triple ignorante!—gritó indignado, cual si oyera una blasfemia.—¿Sabes lo que son esos grupos aéreos que contemplas embobada? Vapores condensados: se llaman nubes y pertenecen á la categoría de los *cúmulus*. Estos graciosos copitos grises diseminados en el cenit, denominanse *cirrus*; y aquellas largas bandas extendidas en el horizonte setentrional, *stratus*.

Los godos fueron un pueblo bárbaro que invadió la Europa meridional, no volando, sino al trote de sus corceles. Sentóse sobre sus conquistas, reinó en ellas, y se extinguió, perdiéndose entre otras razas.

III.

Después de estas dos desastrosas lecciones de física y de historia, mi hermanito volvió á su lectura, y yo me quedé como

se dice vulgarmente, con el alma á los piés. . . .

—¡Adios! dorada metrópoli de resplandecientes cúpulas y alados habitantes! Tú no eras mas que simples aglomeraciones de vapores, y ellos, terrestres ginetes, que trotaban de una en otra comarca, como el último de nuestros gauchos.

Y largo tiempo permanecí allí sola, con la frente en las manos, lamentando sin saberlo, la primera decepcion.

E pur si muove!

La leccion de mi hermanito quedóme en la memoria; pero las nubes de occidente y la frase arriba dicha, tuvieron siempre para mí un misterioso encanto.



Á DOS PASOS DE LA MUERTE.

Á DOS PASOS DE LA MUERTE.

AL GENERAL ANDRÉS A. CÁCERES.

I.

El sol habia abandonado ya los vetustos muros de San Francisco de Paula, cuartel de los enjuiciamientos militares. Eran las cinco, y la comida del preso me llamaba á casa.

—Hasta luego!— díjele, sonriendo para ocultar la angustia que de mí se apoderaba cada dia al dejarlo.

El, la adivinaba, sin embargo; porque cada dia, tambien, con el beso de despedida —Madre—decia—no olvides mi ruego: ni una palabra en demanda de mi libertad. Sería para tí humillacion; deshonra para mí.

Y ese dia añadió —¿Hay algo mas chuscamente lisonjero que estar preso por haber

dado una leccion de Ordenanza al mas vanidoso de los gefes de Estado Mayor habidos y por haber?

Al salir del cuartel, ví relevar la guardia. Aquellos soldados, pertenecientes al batallon Chiclayo, montubios de las Quebradas del Norte, tenian en sus rostros atezados algo de patibulario que me hizo estremecer.

Y me alejé llena la mente de sombrías cavilaciones. Pensaba en tantos y tantos prisioneros muertos á manos de sus guardianes, desde el general Blanco, Presidente de Bolivia, cuya sangre habia yo visto estampada en la paredes de su calabozo, hasta el caudillo Latorre, asesinado en el Cabildo de Salta. Y el general Córdova y sus setenta compañeros de prision, degollados durante el sueño en el *Loreto* de la Paz; y Gamio y Herencia Zevallos en el fondo de un bosque; y allí, en ese mismo cuartel donde dejaba á mi hijo, el jóven Pignateli no habia perecido, hacia poco, víctima de un secreto de Estado?

La serie de ensangrentadas sombras des-

filaba ante mí, mostrándome el sombrío edificio que encerraba á mi hijo, preso por un rencor de amor propio fustigado, la mas implacable de las malas pasiones.

El, que de tan lejos habia venido para tomar las armas en defensa de su patria, bueno y en la flor de la vida, iba, quizá, á ser sacrificado con una muerte oscura, á la celosa vanidad de un jefe necio y malvado.....

II.

Absorta en estos lúgubres pensamientos, habia atravesado el largo trayecto medianero entre la calle de Malambo y el puente de madera, que une con la ciudad este arrabal á la vera del ferro-carril andino: sitio ameno y de rientes perspectivas, poblado á esa hora fresca de la tarde de numerosos paseantes.

En estado de completa abstraccion, y cual una sonámbula, crucé el puente entre el bullicio de los transeuntes y el murmullo del rio; puse maquinalmente en la mano del garitero la moneda del peaje, y se-

guí, distraída, mirando sin ver una multitud de gente detenida allí, delante, muda y anhelante, fijos los ojos en mí, y tendiendome los brazos.

Sin conciencia de ello, sentia que en torno mio habiase hecho un gran silencio.

—¡No asustarla, por Dios!—oí que dijo una voz, con acento de angustia.

Al mismo tiempo, una ardiente bocanada, y algo como el bufido de un monstruo, me hicieron volver la cabeza.

El tren de la Oroya, en rápida carrera, venía sobre mí, y su llameante trompa quemaba ya mis vestidos.

La sangre fria que, mas de una vez, me ha servido en casos extremos, salvome, entonces, de una horrible muerte.

Con un salto púseme fuera de los rieles; y la locomotora, arrastrando catorce wago- nes, pasó veloz, humeante, rozando mi cuerpo con su áspero viento.

Quedéme inmóvil y erguida, de pié al borde de los rieles, contemplando el inminente peligro que, cual un enemigo rabioso por

no haber podido alcanzarme, se alejaba bramando.

Al verme salir bien de aquel torbellino de humo, de ruido y de fuego, la multitud se precipitó sobre mí con muestras de gozo inmenso, casi feroz. Las mugeres me abrazaban; los hombres batían palmas y llenaban el espacio de ruidosos vítores.

Y yo, que serena y con aire de triunfo sonreía al trance que acababa de atravesar, sentí desgarrarse mi corazón ante aquella ovación de piedad; y la debilidad femenil con todos sus desfallecimientos, se apoderó de mí sér.

El cuadro espantoso de la catástrofe presentóseme con todo su horror. Un cuerpo destrozado, rodando entre el polvo, y tocado por manos extrañas; los comentarios del vulgo; el dolor de mi hijo, á quien no le habria sido dado ni el consuelo de recoger mis ensangrentados despojos; el duelo de mi hija, cuando le llegare, allá, al través de la distancia, la fatal nueva.

Caí, como abrumada por el peso de una gra-

ve dolencia, y lloré á sollozos en brazos de aquella multitud desconocida.....

III.

—Nunca tendré la vergüenza que merece el haber ayer, delante de tanta gente, llorado como una chiquilla;—dije á un amigo que pocos momentos despues de mi aventura, me habia encontrado en la calle, escoltada, aún, por la turba admirada y contemplando mi salvacion como un milagro.

—*No hay mal que por bien no venga*—respondió él, sonriendo con malicia.

—¿Qué quiere decir eso, y el airecito de sibila que me trae Vd.?

—Quiere decir—replicó el muy taimado—que no hay como gritar para tener razon.

—¿Acabará Vd. con sus refranes de Sancho Panza?

—Brevedad?

—Brevedad!

—Pues héla aquí. Ayer, mientras me narraba Vd. en la calle el terrible accidente con los trájicos pensamientos que lo produ-

jeron, sucedió que el Ministro M., saliendo de casa de un amigo, encontrose, por casualidad, caminando detrás de nosotros.

Por supuesto, escuchó el relato, que le aseguro á Vd. era gráfico y palpitante á no más, sobre todo, en el capitulo de los siniestros temores que torturaban el alma de la madre y su abstraccion, en tanto que la muchedumbre aterrada la veia, sin atreverse á dar un solo grito para despertarla, llegar á los dinteles de la muerte.

El Ministro M., profundamente conmovido, desvióse en su camino, y en vez de entrar en su casa, fué á ver al Fiscal que entendia en el asunto.

Este le confió que tenia orden *de dejarlo dormir*. El jefe de Estado Mayor General temia el ridículo que iba á traerle la vista del proceso.

Aquella iniquidad indignó de tal suerte al honrado Ministro, que allí mismo, en la mesa del Fiscal, redactó una crónica que reproducia con puntos y cómas el relato de

Vd. ; añadióle amargas reflexiones, y fué á plantarse ante el culpable.

—¿Qué dice Vd. de este reportaje que publicarán hoy todos los diarios de Lima?— dijo, y le dió á leer el artículo.

El flamante Coronel lo recorrió, arrugando el entrecejo. Despues, sonriendo entre enfadado y vergonzoso.—En verdad que me indignó—dijo, apretando todavia los puños, —la arrogancia del mancebito. Dar á su jefe una leccion de Ordenanza! Y mayor escándalo aún; por intermedio de un Ayudante.


Estos muchachuelos se llenan la cabeza de toda suerte de erudicion para darse el gusto de echárnosla á la cara, á los que vivimos de cosas mas sólidas. Quería yo á mi vez enseñarle á él, con un mes de encierro, la diferencia que hay de un tercer jefe de artillería, á todo un jefe de Estado Mayor General.

—Y ?

—Y dió una órden cuyos efectos verá Vd. muy luego. qué digo! Véalos Vd.

Era mi hijo que habia sido puesto en libertad, y que llegaba y me estrechaba en sus brazos.

.



LONGEVIDAD DE UNA FRASE.

LONGEVIDAD DE UNA FRASE.

A SANTIAGO ESTRADA.

I.

Mientras que en el mundo haya ingratos eterno será el *tu quoque* de César.

—Eureka!—exclamará con Arquímedes aquel que encuentre solución á lo que con afán buscaba.

Y quien se obstina en un imposible, persíguelo con la heroica respuesta del prócer imperial—“La guardia muere, no se rinde!”

Pero frases vulgares, insípidas, nacidas de un incidente banal, y que con él deben pasar y desvanecerse, ¿por qué viven?

Misterios del acaso!

Eramos doce, entre niñas y muchachos.

Montados en ligeros caballos, corríamos, precediendo el coche en que iba la gente grande, á lo largo del camino sombreado

de sevillares que se extiende en hondos senderos carriles, desde Yatásto á Concha, etapa obligada, donde nos hospedaban cariñosos amigos, cuando de Miraflores, nuestra residencia, íbamos á Sauces, morada de mi hermana.

De allí regresábamos esta vez, tras dos meses de excursiones deliciosas en las vecinas estancias y en los pueblos del contorno.

Dos meses de ausencia ! Dos siglos lejos de nuestra casa, aquel nido de amor, donde nos esperaban las muñecas, la pajarera, el colmenar, el jardín con sus flores; el rastrojo con sus frutas; mamá Teresa con sus sabrosas meriendas, la despensa con sus riquísimas golosinas.

Y corríamos impulsados por estos poderosos móviles, sin escuchar los gritos que del interior del coche partían, ordenándonos acortar nuestra carrera.

De pronto, el ginete que iba adelante se detuvo. Toda la banda sofrenó sus cabalgaduras.

—Qué sucede?

—Veis allá, en el horizonte un grupo de viajeros ?

—Sí; y por mas señas parecen llevar poca prisa. Pues ¿no van paso entre paso ?

—De seguro, llevan consigo un enfermo ó un difunto.

—Averigüémoslo ?

—Averigüémoslo !—

Y echamos á correr; y esta vez con tan desenfrenada carrera, que muy luego alcanzamos, envolviéndolos en una nube de polvo, á cuatro ginetes, entre los que iba una dama embozada en denſos velos y calado un sombrero de anchurosas alas.

—Dios mio!—gritó ésta—qué horrorosa polvareda ! Me ahogo ! Ah ! Mr. Durand ! Mr. Durand ! ¿ Valia lá pena de venir á paso de tortuga para evitar el terral que ahora traen estos diab. estos niños en las patas de sus caballos !

—Mi Sa. Rosarito—respondió el interpelado con marcadísimo acento gascon—Mi Sa. Rosarito, ten paciencia ! llegando á Concha, te bañas; te peinas; te perfumas.—

La polvareda se disipó, y con ella la cólera de mi Sa. Rosarito.

Pudimos ver entonces, que la caravana se componia ademas de Mr. Durand y mi Sa. Rosarito, de dos criados y tres mulas cargadas, una de las cuales llevaba un hermoso herbario.

Gracias al comunicativo espíritu francés, que bullia en Mr. Durand, un momento despues, sabíamos ya que era médico y botánico; que él y mi Sa. Rosarito estaban recién casados; que ésta, hija mimada de Buenos Aires, habia abandonado las dulzuras de su ciudad natal, para pasear la luna de miel en un viaje científico; que amenazados de cerca por los indios, habian volado en su silla de posta al través de las etapas de la Pampa, sin que á mi Sa. Rosarito le pasara el susto, hasta que hubieron penetrado bajo las frondas perfumadas de Tucuman. Que de allí, seducido él por la exuberante flora de la comarca, habia obtenido de su compañera el sacrificio de seguir el viaje á caballo con el objeto de her-

borizar ; que habia hecho un tesoro en colecciones ; y que se proponia llevar sus conquistas en aquella magnífica vegetacion hasta el límite setentrional de la provincia de Salta.

Amena era su plática, sazónada con interesantes detalles ; pero de todas las bellas cosas que dijo, nada nos gustó tanto como su exhortacion á mi Sa. Rosarito.

Y viendo á ésta, calada la capucha del boroz, embozada hasta los ojos en su ancho velo de crespon verde ; empuñado un enorme abanico, y azuzando con él los flancos de su caballo, comenzamos, con grande impertinencia, á darle bromas como en las máscaras ; hacíamos caracolear nuestros caballos á su lado, y decíamos, remedando el musical acento gascon :

—Mi Sa. Rosarito, ten paciencia ! llegando á Concha, te bañas, te peinas, te perfumas.—

Mr. Durand, cuya fisonomia revelaba la mas plácida bondad, reia de nuestra reprehensible travesura ; pero mi Sa. Rosarito rabia-

ba mentalmente bajo el ala de su chapeo.

Y mucho; por que cuando el resto de la comitiva nos hubo dado alcance; y mi madre, viendo á una dama cabalgada en una mala jaca, trotando en un camino polvoroso, bajo los rayos de un sol abrasador, la instaló en el mejor asiento de su carruaje, mi Sa. Rosarito, no bien hubo bajado su embozo, mostrándonos un rostro encantador, lanzó contra nosotros una formal acusacion.

Al saber mi madre que con aquel canturriar nos burlábamos de su huésped, paseó sobre nosotros una mirada terrible y nos mandó callar.

Obedecemos; pero no de allí á mucho, galopábamos escoltando el coche; y suprimidas las palabras, tarareábamos, en coro, la música gascona de la consabida exhortacion en un la-ra-la-ra-la-ra-lá—comprendido solamente por Mr. Durand, que reia de ello, y mi Sa. Rosarito, cuyos lindísimos ojos nos enviaban relámpagos de indignacion.

Y llegados á Concha, bifurcacion del ca-

mino en los ramales de Salta y Miraflores, mi Sa. Rosarito, bañada, peinada y perfumada, siguió su camino y nosotros el nuestro, no sin dirigirle á hurtadillas un postre—Mi Sa. Rosarito, ten paciencia!—etcétera, al que ella contestó, sin duda, con una maldicion.

II.

Y pasaron años; y aquellos traviesos, arrastrados por los aquilones de la vida, barridos por la gran tormenta que lo trastornó todo en el suelo de la patria, dispersáronse, llevando consigo, cual girones de un velamen náufrago, los recuerdos de su pasada existencia.

Recuerdos que, evocados por cualquier incidente fortuito, servíanles de tema y de dulce remembranza.

Entre estos, la famosa exhortacion de Mr. Durand tenía ancho campo y frecuente aplicacion.

Ocurría á alguno impacientarse? Al pun-

to un coro de voces le zumbaba en torno—
Mi Sa. Rosarito, ten paciencia!—

Rabiaba alguien por este ó el otro motivo?
—Mi Sa. Rosarito, ten paciencia!—

Y por todas partes, en la larga odisea del destierro, la frase del médico gascon viajaba de comarca en comarca, y se esparcía como semilla llevada por los vientos. Nuestros amigos la adoptaban; y mas de una vez la oí repetir á personas desconocidas.

Y siempre, al escucharla, los bellos ojos de mi Sa. Rosarito, me aparecían, enojados, y por ello mas lindos.

III.

Un dia, en Buenos Aires, acompañada de una falange de jóvenes lindas, graciosas y decidoras, paseábame en las alamedas del Parque Tres de Febrero.

Era un Domingo; y llenábalas una multitud mixta, donde todas las clases sociales habian enviado su contingente: desde la bota de charol hasta la alpargata; desde el

sombrerillo de blondas, hasta la mantilla de estambre.

Escenario magnífico, vasta tela para las cortantes tijeritas que me rodeaban.

Aquellas picaruelas cuchicheaban y reían á su sabor, sin hacer caso alguno de mis reprimendas.

De pronto, á nuestro lado, una pareja orijinal, echóse á andar delante de ellas, cual si quisiera ofrecer un blanco á sus acerradas bromas.

Qué era ello?

Un hombre alto, de largos cabellos blancos que caían sobre sus espaldas anchas y abovedadas. Apoyábase en un grueso baston ferrado y llevaba colgada del brazo, con galante atencion, á una viejecilla seca, encorvada y rugosa como un pergamino.

La ridícula figurita inclinábase con ademán mimoso hácia su compañero; y tendiendo acá y allá su grande abanico, señalaba las glorietas y los grupos de árboles, enviándoles gestos de irónico desden.

Mucho menos necesitaba el humor travie-

so de mis amigas para dar vuelo á los donaires de su fantasia.

La gentil Isabel, doblando como una C el gracioso cuerpecito, suspendióse al brazo de María Luisa, y se puso á decir con el labio entre los dientes:

—Cuán distinto y cuánto mejor era este paraje en los tiempos de Liniers. En vez de estos arbolillos escuálidos, achaparrados, los grandes sauces, los copudos ombúes alzábanse en desórden pintoresco, formando discretos escondrijos, propicios á las dulces pláticas. . . . Te acuerdas, amado mío? Oh! sí: tus ojos me dicen que te acuerdas.—

Risas ahogadas con el pañuelo.

—Isabel! un poco de juicio! —murmuraba yo, riendo á pesar mio de la inimitable parodia de aquel diablillo.

En ese momento, un elegante landó, conducido por dos jovencitos, cruzó la alameda, levantando un torbellino de polvo.

— ¡Malhayan los mozalvetes de ogaño! — exclamó la picarilla — Pues no me han echado encima cien kilógramos de arena!

— Mi Sa. Rosarito, ten paciencia! — gritaron las otras.

Y no pudieron decir mas; porque al nombre de mi Sa. Rosarito, la viejecita que iba delante, volvióse hácia ellas con semblante airado:

— A mí con esas? — demandó, fijando en el grupo de muchachas una mirada de basilisco:

— *Mi Sa. Rosarito* — creo que se han atrevido á decir! Yo no conozco á semejantes malcriadas.

— Perdonad, señora, os equivocais — me apresuré á decir, interviniendo en aquella desagradable emergencia. Pero una repentina sensacion de asombro cortó, en mi labio la frase.

El hombre de los cabellos blancos, volviéndose á su vez hácia nosotras, mostróme, en su plácida sonrisa, á pesar de los estragos del tiempo las facciones de Mr. Durand el médico gascon de la antigua leyenda.

Era él; y la viejecilla que pendia de su brazo, era mi Sa. Rosarito.

Mr. Durand era ya un anciano; mas, la riente expresion de su mirada, iluminaba sus cabellos blancos con una aureola juvenil.

Pero ay! ella, mi Sa. Rosarito, habíase tornado una horrible megera. Sus ojos, en otro tiempo tan bellos, eran ahora dos puñaladas sanguinolentas, en cuyo fondo se divisaba el infierno.

—Hacé U. bien de callar—díjome con voz colérica, pero mas cascada todavia que la que parodiaba Isabel.

—Debia U. avergonzarse —continuó— de haber dado á sus hijas tan deplorable educacion. —

Y haciendo un mohin capaz de espantar al diablo, asióse al brazo de su acompañante, que sonreia siempre, volviónos la espalda y se fué.

Las chicas se quedaron riendo con la feliz indolencia de su edad; y yo, con la tristeza de la mia, pensando cuántas felicidades,

cuántas grandezas y glorias, habían resplandecido, pasado y desvaneciéndose, desde el tiempo en que me aparecieron esos dos protagonistas de este cuento, en tanto que su recuerdo, encarnado en una frase de nula significación, corría, vivo y jugueteando, al través de las edades!



LA PAZ.

LA PAZ.

PASADO Y PRESENTE.

A GREGORIO PACHECO.

I.

Un día, el viento de la vida llevóme otra vez á Bolivia, ese país de dulces y dolorosos recuerdos.

Cuán diferente lo encontré de la época en que, con el alma en duelo, ausentábame dejándolo ensangrentado por la guerra civil, desiertos sus caminos, incultos sus campos y sembrados de cadáveres.

Al llegar á *Chiliyaya*, primera etapa en tierra boliviana, allí, donde antes se extendía un páramo inhospitalario, el viajero halla una población formada de pintorescos caseríos, que se agrupan en torno á un hotel elegante y confortable, visitado diariamente

por numerosos transeuntes que un activo comercio lleva á ese improvisado puerto.

De allí, un servicio de diligencias conduce en pocas horas, á través de una llanura poblada de estancias, sementeras y rebaños, á la bella ciudad que se asienta, escondida, en el fondo de una profunda hondonada, á las auríferas orillas del *Chuquiapo*.

Una ancha carretera que serpea atrevida, entre precipicios, habia reemplazado el sendero vertiginoso por donde el caminante llevaba la vida suspendida sobre abismos, hasta las primeras calles de la Paz.

II.

Desde lo alto de la *cuesta* que á vuelo de ave la domina, contemplaba yo aquella ciudad señalada por tantas catástrofes; y á la vez que la mirada abarcaba su vasto recinto, el pensamiento vagaba, evocando los nefastos acontecimientos de su terrible, historia.

Qué lúgubre epopeya encerrada en ese

círculo de peñascos, desde el *cerco* de Tupac-Amaru hasta las barricadas de Melgarejo!

He allí el *Alto de Santa Bárbara*, donde el Cacique de Guarina, delatado por un traidor, fué sacrificado!

Allí, donde ahora eleva sus elegantes surtidores una fuente de mármol, alzóse el caldoso en que el ínclito Murillo pereció, legando la antorcha inextinguible de la libertad, al mundo americano.

De esas ventanas abiertas á la brisa de la tarde, arrojó, un dia, la venganza popular, haciéndose cruenta justicia, los cadáveres ensangrentados de los españoles, desde el gobernador Valdehoyos, hasta el último de los que moraban en la ciudad.

Allí los patíbulos del terrible Ricafort; allí los que tantos americanos renegados alzaron para los patriotas sus hermanos. Allí las matanzas fraticidas de la guerra civil. Allí Una ráfaga de alegres aclamaciones llegó hasta mí, y cambió el curso de mis pensamientos.

En el recinto de esa misma plaza, teatro en otro tiempo de tantos horrores, tenía ahora lugar una parada militar, prelude de las fiestas con que Bolivia celebra su advenimiento á la vida de las naciones.

Tierra querida, que con amor me adoptaste el día que, sin patria ni hogar, llegué á tí entre un grupo de proscritos:

Bendita y glorificada seas!



EL AMARTELO.

EL AMARTELO.

I.

ABNEGACION.

—Ya lo ves, querida Rosacha,—dije á la mujer del soldado Challamunqui, inclinándome para besar la helada frente de su niño, muerto la noche anterior.—Te habia dicho que mi mano es fatal á aquellas que lleva á la pila del bautismo. Tú te obstinaste, y he ahí como encuentro á esta hermosa criatura que ayer, no mas, sonreia en tus brazos

Ah! pésame aumentar con mi dolor el tuyo; pero nunca podré perdonarme el haber traído sobre tu hijo ese funesto sino.

Al escuchar mi voz, la pobre madre levantó la cabeza. Su rostro estaba pálido, sus ojos secos y ardientes.

—Nó!—dijo con sombría convicción—
nó! nó! Aunque la Virgen Santísima lo hu-
biera tenido en la pila, mi hijo habria muerto.
Quién salvó jamás de ese mal inexorable?

—¿El crup?

—Nó! El crup se apodera de la garga-
ta y es posible, alguna vez, arrancarle su
presa; el otro, se aferra al corazon, y no lo
suelta sino en la sepultura.

—Dios mio! ¿ cuál es, pues, esa horrible
enfermedad?

—El amartelo!—

Y Rosacha, pronunciada esta palabra fa-
tídica, dejó caer otra vez la cabeza sobre
sus rodillas y volvió á su inmovilidad y si-
lencio.

El amartelo! Yo habia oido hablar con
espanto de esa misteriosa dolencia que se
apodera del alma de los niños, nostalgia de
amor que los mata con rápida consuncion,
en medio á los trances de una celosa rabia!
Pero ¿ qué habia podido producirla en aque-
lla criatura, objeto de idolatria para sus
padres?

Quise interrogar á Rosacha ; pero ella no me oía : estaba absorta en su pena.

Challamunqui que, de pié, detrás de su mujer, estaba triste y cabisbajo, acercóse á mí y me señaló en silencio un ángulo del cuarto.

Allí, sobre la hamaquita del niño muerto, envuelto en una *lliclla* negra, dormia un recién nacido.

Creí comprender : Rosacha habia tenido otro hijo ?

Pero el soldado murmuró á mi oído : —Es el hijo de Marta, la mujer del desertor de carabineros, muerta dos dias despues que fusilaron á su marido.

Cuando la enterraron, el niño quedó solo en un rincon del cuartel. Rosacha lo trajo consigo, pero nuestro hijo, desde que lo vió, comenzó á entristecerse y murió.—

Al oír aquel relato que en pocas palabras encerraba un poema de bondad, de caridad y abnegacion, caí de rodillas ante la humilde mujer del soldado, y la abracé con un sentimiento de respeto y admiracion.

Aquella caricia despertó el enternecimiento en el alma de la pobre madre. Su dolor hasta entonces mudo, estalló en gritos y sollozos. Arrojóse sobre el cuerpo del niño, y arrebatándolo del lecho de flores en que yacia, y estrechándolo contra su pecho, lo llamó con todos los nombres que inventa el cariño maternal, hasta que su voz, debilitada, se extinguió en un gemido.

Y quedóse, así, abrazada del cadaver, inmóvil y muda, hasta que lo arrancaron de sus brazos para llevarlo al cementerio.

II.

ESTELA.

Y pasaron años; y yo vine á morar en Lima, ese verdadero paraíso de los niños; donde la vida les sonríe con todas las ternezas del amor y de la abnegacion; donde cada hogar es un templo á ellos consagrado, en el que reinan rodeados de ofrendas y adoraciones.

Así nada hay tan bello como los niños en Lima.

Esos infantiles semblantes, iluminados por la irradiación de una dicha perpétua, nos dan una idea de la beatífica sonrisa de los ángeles.

—Todavía esas perversas tercianas que tienen á Vd. relegada en casa, cuando yo venia con la esperanza de llevarla á contemplar la maravilla de la mia—exclamó Godofredo C., encontrándome embozada en mi chalon, dormitando la fiebre en el fondo de una butaca.

—Ah!—continuó—lástima grande; porque hoy, como nunca, nos tiene á todos hechizados, esa hada de cuarenta centímetros.

—Dicen que es incomparable.

—Como su nombre: una estrella que irradia sus plácidos fulgores sobre nuestra vida y hace de ella una continua fiesta. Si Vd. la viera! De solo mirarla, se alegra el alma.

—Y por qué no traerla contigo para encantar mi dolencia?

— Oh! fuera de su escenario, sería privarse de la mitad de sus gracias. Donde verdaderamente las exhibe, es allí, en su propio reino.

Hace un año, que el tiempo es para nosotros una série de delicias. Hoy sus rosados labios balbucean una frase; mañana la acenúan de mil maneras diversas, sazónándola con un momito que no sé donde ha pescado aquella refinada picarilla. Remeda todo: el cantode una; el habla de la otra, el andar de esta; el sonreir de aquella. Y esto con un donaire, una sal!

Y es coqueta. Bah! desde que se despierta, en la cama todavía, despues de santiguarse con un garabato delicioso, ocúpase en aglomerar sus rizos sobre la frente; contempla sus regordetes bracitos desnudos, y los besa con una complacencia del todo mundana. Se arroja en nuestros brazos y nos estrecha con estremecimientos de emoción; y pasando de esta á la alegría, rie con sonoras carcajadas.

Sin embargo, esto no obsta, para terribles

rabietas, de vez en cuando, rabietas que revelan un geniecillo de hierro.

Ayer, por ejemplo, viendo en manos de su madre un lindo gorrito de blondas, que ésta confeccionaba para el futuro servidor de Vd.

—Ya?

—Sí.

—Y bien la picarilla quiso ensayarlo?

—Apoderose, en efecto, de aquella prenda; fijó en ella una mirada escudriñadora, y se puso á rasgarla en menudos trozos, con una cólera violenta; y no se limitó á esto, nó. Cuando nada quedó ya que destruir, echóse á registrar todos los rincones del cuarto. ¿Qué creis que buscaba?

—Al dueño del gorrito?

—Sí—afirmó Godofredo riendo—Háse visto Medea como esta! celosa de quince meses!..... Pero ah!.....veo que á Vd. no le hacen gracia esas voluntariedades, severa educacionista: pues ¿no se ha tornado Vd. sombría?—

En verdad. Escuchando á Godofredo

extasiarse en la dramática precocidad de su hija, la sombra de un lejano recuerdo cruzó mi mente : el recuerdo del hijo de Rosacha.....

—Llegó el *deseado*—gritó Godofredo, un día haciendo irrupcion en mi cuarto—llegó, y se halla rodeado de admiradores, arropadito entre las perfumadas cortinas de su cuna.

—Un varon! Te felicito, y á Zoila, aún mas que á tí. Un hijo varon es para la madre un tesoro de celestiales fruiciones..... Mas ¿ por qué arropadito en la cuna ? por qué no en el seno maternal ?

—Ah! esa es una historia!

—La adivino : pobre Estela!

—Pobre Estela! Hum! Apenas vió al niño, que todavia en manos de improvisadas camareras, le vestian sus primeras ropas, la pícara celosa corrió á echarse al cuello de su madre; abrazóse á ella, y asi permaneció horas y horas, hasta que el sueño la hubo rendido y que dormida, la llevaron á la cama. Qué tal! Y decia Vd. ; pobre Estela! Ah! yo digo—; Pobre Rafael!

Hola ! he aquí ! otra vez el ceño triste?—

—¿Rafael?—dije para desviar la atención de Godofredo.

—Le hemos dado ese nombre ; y lo merece porque es bello como el arcángel que lo lleva, y como él, es tambien dulce y apacible. Pero, ni su belleza ni su dulzura, alcanzan á desarmar la rivalidad de Estela, que abrazándose al pecho de la madre, apenas oye el vagido que lo reclama, ha tornado á lactar, declarando al recién llegado la mas cruda de las guerras : la guerra de recursos.

—Cuidado! hijo mio—dije á Godofredo— el caso es grave; no lo tomes á broma. Créeme : dá nodriza á tu hijo, y apártalo de Zoila.

—Imposible! ¿Cómo determinarla á tal sacrificio? Ahora mismo decia Vd. lo que es un hijo varon para las madres. Cómo determinarla á separarse del suyo.

Pero bah! ya veremos. Al lado de las madres se hallan los remedios. Por lo pron-

to, he aquí un expediente para *humanizar* á Estela,

El sentimiento maternal es innato en la mujer; existe en ella desde la cuna, tan vivo y palpitante, como el día en que estrecha en sus brazos á su recién nacido. La primera espontaneidad en su acción es el arrullo; y la vemos, prendida todavía del seno de la nodriza, mecer con amor á su muñeca.

Y bien; disfrazando al niño con las ropas de un *lloron*, lo colocaremos en los brazos de Estela, y le diremos que es su hijo. Eh? ¿qué dice Vd. de mi idea?

—Es buena. Ensáyala, y quiera Dios que tenga buen éxito.

—Dice Vd. eso de una manera tan lúgubre, que si el capricho de Estela no fuera una fruslería pasajera, habría de asustarme.

—Pues, yo repito: dá nodriza á tu hijo.

—Voy á proponerlo á Zoila, pero seguro de una protesta.—

Godofredo me dejó; y la somnolencia, de la fiebre volvió con su cortejo de fantásticas visiones. Entre el oscuro miraje del desva-

rio, ora como una estrella errante, ora como un ángel de blancas alas, la niña de Godofredo aparecía, pasaba y se desvanecía, para volver otra vez, sonriendo con una sonrisa amarga, que contraía dolorosamente sus rosados labios.....

III.

EL AMOR DE LOS AMORES.

Por aquel tiempo, un día que yo estaba sola en mi cuarto, vi entrar, pararse delante de mí, y quedarse contemplándome con profundo enternecimiento un hombre de raza indígena, y cuyo aspecto revelaba al militar, á pesar del vestido de paisano que llevaba.

Aquella fisonomía érame, ó habíame sido familiar, pero ¿en dónde? cuándo?

—*Señoray!*—exclamó él notando mi perplejidad—¿no me conoces ya? ¿Has olvidado al asistente del Mayor en nuestro batallón cuarto de línea, al soldado.....

—Challamunqui!—interrumpí yo, arre-

batándole aquel nombre, traído á la mente en lejanas memorias, por ese dulcísimo vocativo usado en las *punas* de Bolivia.—Challamunqui! qué viento feliz te ha traído, querido amigo, por estos mundos de Dios?

—El viento del destino, señoray, el viento del destino.... A tí tambien ¿qué te ha traído aquí, sinó el viento del destino?

—Cierto.... Mas.... si creo al traje que llevas, has colgado el uniforme.

—Eso, nunca, señoray. Soy sargento primero en Colorados, y he venido de Tacna en una comision de mi General.

—Sargento! Pues yo pensando en tí, recordando tu valor, inteligencia y honradez, decíame.—Si Challamunqui no ha muerto, será ya, por lo menos, Coronel.

—No me han faltado ocasiones de surgir—replicó él.—Cuando mi Mayor subió tan alto, muchas veces, quiso ascenderme; pero yo me negué á salir de *clases*.

—¿Y por qué esa extraña obstinacion?

—Porque entre Challamunqui y el grado de oficial, mediaba una afrenta que nada

puede borrar: la servidumbre militar; ese estigma de oprobio que la condicion de *asistente* deja en la carrera del soldado.

—Dame tu mano, amigo mio para que la estreche con respeto. Cuán altamente esa noble altivez, te honra y eleva sobre galones y charreteras. . . .

Pero, apresúrate á darme noticias de Rosacha, tu linda y buena compañera. Por supuesto, siempre la misma: cariñosa y abnegada.

—Ah!—exclamó Challamunqui, y esta vez con honda pena— el corazon de Rosacha no era mio, era de su hijo; con él se fué al sepulcro; y ella misma, apartándose de mí, con despego, fué á encerrarse en el convento donde en otro tiempo vistió el hábito de donada.

—Pobre Challamunqui! cuánto te haria sufrir esa terrible decepcion..... Sin embargo, Rosacha te legó un compañero que no pudo llevarse consigo: el hijo de Marta.

—No, en verdad; porque nuestro niño al morir, lo *arrastró!* y tres dias despues de

su entierro sepultamos en la misma tumba al hijo del desertor.

De vuelta del cementerio, Rosacha cortó sus hermosos cabellos, y llevándose, únicamente las ropas de su hijo, fué á tomar otra vez en el convento, el hábito que dejó para seguirme.

—¡Pobre amigo! te quedaste solo.... Pero, al ménos, en tu dolor debió consolarte el pensamiento de que, si Rosacha te abandonó fué para volver á Dios. Su alma lacerada, solo en él podia encontrar descanso.

Ah! la muger es hija, amante, esposa, hasta el dia que es madre. Desde esa hora, buena ó mala, piadosa ó descreida, reina ó pastora, salvaje ó civilizada, la muger ya no es, ya no sabe ser sino madre.

—Tanto es verdad lo que estás diciendo señoray—replicó Challamunqui—tanto es verdad, que un dia, poco despues del desastre en que perdí hijo y esposa, pasando cerca de Alloallo, nuestro pueblo, mi pobre madre salió á esperarme á la orilla del camino. Estaba ya vieja y quebrantada; pero, viéndo-

me solo, corrió á su choza, recogió en un *quépi* lo poco que poseía, y volvió á darme alcance incorporándose al grupo de *rabonas*, sin que la arredraran el hambre, el frio, ni la fatiga; contenta de preparar mi alimento, de cargar mi bagaje; de ofrecer á mi cansancio el abrigo de su regazo. . . .

—Y sin embargo, tú, entonces mismo, estarias pensando en Rosacha; suspirando por ella y anhelando que ese regazo fuera el suyo.

—Ah! señoray, esa es la ley de la vida. El tronco solo aspira á nutrir sus ramas; pero estas se extienden, alejándose de él, para ir á enlazarse con las lianas de la fronda.

—¿Y qué es de esta madre abnegada? ¿Vive todavía?

—Sí; y el amor maternal le ha prestado fuerzas para seguirme al Perú.

Cuando entrábamos á Tacna, viéndola entre la falange de *rabonas* que seguia al ejército, una jóven aturdida, queriendo reir de sus canas:

—¿Uno de estos soldados es tu marido?—
la preguntó.

—Mi hijo, niñay—respondió ella, con
plácida sencillez—mi hijo—

La jóven, que á pesar de su lijereza, ten-
dria buen corazon, profundamente conmo-
vida, se inclinó ante la humilde anciana,
y le besó la mano con respeto.—

Godofredo interrumpió esta plática. Lle-
gaba pálido y triste.

—Triste y pálido tú, el hijo mimado de
la alegría!—díjele sonriendo, para ocultar
mi inquietud.

—Vengo á confiar á U. mis temores—
respondió él, con dolorido acento. La preo-
cupacion celosa de Estela contra su hermano,
ha crecido de dia en dia, y hoy, es ya una
grave dolencia. En verdad no sufre ni se
queja de dolor alguno; pero se demacra y
palidece con pasmosa rapidez.

—Preparar un sepulcro!—murmuró Cha-
llamunqui á mi oido.

Godofredo continuó—Estela es ahora una
sombra. Alegría, donaire, gracejo encan-

tador, todo esto ha desaparecido, sucediéndole una extraña inquietud, que se revela en sus miradas y en todos sus movimientos. Hasta en el sueño, sus manos buscan un objeto imaginario al que se asen con ademán hostil, y parece soltarlo para asirlo de nuevo.

—¡Preparar dos sepulcros!—parecióme oír en los labios de Challamunqui.

En ese momento vinieron á llamar á Godofredo ; Estela se moría.

Yo debía acompañarlo. En ese trance amargo, mi puesto era entre él y su esposa. Pero *la voz de Rama* gemía en mi corazón, y no quise aumentar con su lamento aquel dolor supremo.

La predicción de Challamunqui se cumplía:—

¡Un sepulcro!

Estela, asida siempre al seno materno, se extinguió sonriendo con una sonrisa amarga que se quedó grabada en sus labios.

Cuando la madre se recobró del anonadamiento en que aquella catástrofe la dejara,

encontró su regazo vacío. Estela había desaparecido; pero delante de ella, Zoila vió la cuna de Rafael; el resto de felicidad que le quedaba.

Arrojóse á él y lo estrechó en su seno, loca de dolor, sedienta de las caricias de que por tanto tiempo lo privara.

El hermoso niño sonreía con plácida serenidad, en medio á aquellos besos desesperados, y comenzaba á adormecerse al arrullo de los sollozos maternos.

Con la mejilla pegada al rostro de su hijo, la boca sobre su frente, Zoila sentía aletargarse su dolor en la embriaguez de aquella contemplación deliciosa, que trasformándose, gradualmente, en éxtasis, comenzaba á elevarse á Dios.

De repente, la madre se enderezó ríjida, hosca la mirada, el pecho henchido de una imprecación.

La frente de Rafael quemaba sus lábios; debajo sus blondos cabellos se levantaba una atmósfera de fuego, y en su garganta sonaba un estertor siniestro.

Era la fiebre cerebral, que llegando rápida y alevosa como un asesino, mató al niño en los brazos de su madre.

La prediccion de Challamunqui tuvo su entero fatal cumplimiento:

¡Dos sepulcros!

Zoila, entrechando á su hijo contra el pecho, permaneció silenciosa, inmóvil, fria como una estatua de hielo. Fué necesario emplear la violencia, para arrancar á su convulso abrazo el cadáver del niño.

Y cuando lo hubieron llevado al cementerio, la pobre Zoila, como en otro tiempo la muger del soldado, quedóse caida en tierra entre las dos cunas vacías de sus hijos, muda, pálida y sin lágrimas.

Ah! era que en aquella hora aciaga, la elegante dama y la humilde india, tenían un mismo corazon:

Corazon de madre!

•

UN GRUPO DE CAMINANTES.

UN GRUPO DE CAMINANTES.

A RAFAEL OBLIGADO.

I.

La hora era avanzada, el tiempo borrascoso; tenebrosa la noche, larga la etapa.

Eramos seis: el loquísimo Boado, Clodomiro el guitarrista; Contreras, el guía de marras (*); un acaudalado vecino de Salta; quien estas líneas escribe, y una desconocida que, envuelta de piés á cabeza en un gaban de ancho capuchon, se nos reunió en medio á la oscuridad, y marchaba entre el parlero grupo que la dirijia premiosas interrogaciones, obstinadamente silenciosa.

Fastidiados por una lluvia que por dicha

(*) "Sueños y Realidades."

habia cesado, caminábamos por senderos fragosos, sin mas luz que la de los relámpagos.

Los brios de nuestros caballos se debilitaban y cedían al peso de una marcha de diez horas. El mio, á pesar de su leve carga, aflojaba el paso; y á sus alegrés relinchos, sucedía una respiracion fatigosa, semejante á un quejido.

De pronto, al descender una pequeña eminen-
cia, él y sus compañeros detuviéronse con una brusca *sentada*.

—¿Qué es eso?—gritó Boado.

Un relámpago nos mostró, antes que el guia, la causa de ese espanto.

Eran las olas rojas de un rio que rodaba, llenando su cauce, con el silencio traidor de las crecientes. Arboles enormes, arrastrados por la fuerza del agua, pasaban rápidos, mostrando alternativamente, sus hojosas ramas y las enmarañadas raices de su tronco.

—Un rio!—continuó Boado—un rio se vadea y asunto concluido. Hemos camina-

do veinte leguas; estamos mojados, fatigados y hambrientos. Debíamos hallarnos ya en Concha, bajo el techo hospitalario de la bellísima Tránsito, con ropa seca y rica cena servida por aquellas manitas que Dios bendijo No señor! que con esta noche de todos los diablos, sin duda, desorientados, nos hallamos no sé donde, detenidos por un río! Pero ese guía ¿por qué no aplica á su *rufaco* las decantadas roncadoras y tienta el vado?

—*Rufaco!*—exclamó Contreras con verdadera indignacion—*rufuco!* mi *gatião!* No diga esa *deshonestidá, jeñor!* Si en veinte leguas á la *reonda* no hay caballo como él: ligero, aguantador y *sabido* como un cristiano. Hablar no mas le falta; pero eso es porque no quiere.

—Pues entonces, barrabás ¿por qué no lo haces andar?

—Está *empacao*, *jeñor*. Ni el diablo lo hace caminar: vadear, mucho menos. ¿No ve *jeñor* que este es el río de las *Piegras*,

que cuando está de avenida no hay vicho que se le atreva?

Aquí se ahogó ñor don Nadal.

—Bah! algun bobalicon que se dejó arrastrar por la corriente.

—No *jeñor*: era un guapo como usted, que no tenia paciencia para nada. Se echó al rio desafiando la creciente, y el rio se lo llevó Sí, *jeñor*. Por mas señas que, como no encontraron su cuerpo para darle sepultura en tierra bendita, la pobre alma, hasta ahora, anda por aquí penando en las noches de menguante. O sino, mire, *jeñor*, al *gatio*, cómo para las orejas. Está viendo Dios nos guarde!

—Qué?

—Quién sabe!

—Ja! ja! quizás á ñor Nadal?

—Cállese, por Dios, *jeñor*! No está oyendo cómo bufa su tordillo?

—Anda! mentecato! Yo haré ver á tí, al tordillo y tambien al alma de ñor Nadal, que no hay rio que no se vadee, ni caballo que no obedezca á este reclamo eficaz.—

Y aquel loco, dió á su tordillo dos espolazos capaces de hacer saltar á un peñasco.

Pero con grandísima rabia suya, el caballo, en vez de echar adelante, alzóse encabritado sobre las patas traseras, y siguió en sus temerosos bufidos.

No sé cuál fué mas cómico: si el despecho de Boado, ó el gozo camastron de Contreras.

—Qué tiene este demonio!—bramaba el uno.

—No le dije, *jeñor?*—decia el otro con una sornita abrumadora.—Este rio es malo, *jeñor*: los animales lo conocen; y cuando viene de creciente, aunque los maten no se le atreven.—

El loco Boado, aún mas colérico por las reflexiones de Contreras, arrebató á su caballo, compeliéndolo á echarse al agua.

Pero el tordillo, que, al decir de Contreras husmeaba el peligro mejor que un cristiano, mordió el freno; y dando media vuelta, emprendió, desbocado, una furiosa carrera.

Aqui se le presentó al *gatio* la ocasion de revindicar su honor. Como corredor que

era, guiado por su dueño, alcanzó muy luego al desbocado tordillo; lo emparejó, y recostándosele al flanco con la matrería de corredor consumado, púsolo al alcance de la mano de Contreras, quien lo empuñó por el bocado, y logró detenerlo.

Los que, en inquieta expectación, aguardábamos el desenlace de aquella hípica aventura, reimos en coro de la tristísima facha de caballo y caballero; el uno, cabizbajo, conducido por el freno; el otro, suelta la brida, y cruzados los brazos, en trágico ademan.

—Ea, pues, derrotado ginete—díjole el guitarrista—tú que tanto gustas reir, parodiando al andante paladin manchego en sus dolientes endechas, qué dices ahora, en esta desdichada emergencia?

—¿Dónde estás, señora mía,
Que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes señora,
Ó eres falsa y desleal.—

Exclamó el loco Boado, con lacrimoso acento.

Reimos de nuevo.

—¿Y quién es—replicó el guitarrero— esa misteriosa dama de tus desordenados pensamientos?

—Quién ha de ser, sino aquella por cuyos divinos ojos, habríame arrojado á ese pavoroso torrente y vencido sus airadas olas, á no ser por la cobarde villanía de este infame rocinante?

—Ah! ah! ya! ya! la bella Tránsito?

—Calla! calla, y no profane tu labio impuro ese nombre excelso.

Inclínate y dí con devota unción.—La poderosa emperatriz de Concha, la esencia de la hermosura.—

Algo como el susurro de una risita sorda salió de bajo el capuchon de la desconocida.

Ella habia llevado su caballo al lado del mio; y estábamos tan cerca, la una de la otra, que yo percibia su respiracion y el perfume de sus ropas y de sus cabellos.

—Pero por todos los di . . . oses del abismo—exclamó el loco Boado—fementido guia, que haces ahí como un estafermo ante la insostenible situacion creada por tu cul-

pable impericia: ¿qué haremos á esta hora, con este tiempo, en esta desierta playa?

—Rezar ó contar cuentos, *jeñor*; porque en cuanto á vadear el rio, vea, *jeñor*, lo que ahora viene arrastrando —

En efecto, grandes masas de ramas, mezcladas á enormes pedruscos, impelidas por una nueva creciente, pasaban entrechocándose con un ruido siniestro, que hizo entrar en razon á Boado, ó mas bien cambió el curso de su mal humor.

—Maldito rio!—exclamó—daria tu épica celebridad por verte desaparecer en este momento de la hidrografía terrestre.

—Tenga paciencia, *jeñor*, que la creciente pasará luego. Dentro de tres horas, el rio estará de baja.

—Tres horas! demonio! quién las aguanta? Si fuera posible echar pié á tierra y encender fuego. Pero el suelo es un pantano.

—¿Y por qué no seguimos el consejo de Contreras? —aventuré yo,—rezar ó contar

cuentos. Yo me atengo á lo último. Quién nos contara un cuento!

—Quién sino aquel que dió la receta? sentenció Boado, volviéndose al guia con solemne ademan.

—Y por que no, *jeñor*?—respondió Contreras—Yo no me *enriedo* en tan poco. ¿Qué quiere la *compaña*? El cuento de Blanca Flor? el de la Niña Estrella? el de Pedro Urdemálas?

—Blanca Flor! Urdemálas!—gruñó Boado.—¡Anda! pelmazo, que no son pocos los males que tu cachaza está urdiendo á mi apresuramiento.

—Pues, *jeñor*, para que vean ustedes lo que cuesta el apresuramiento, van á oír la historia de un *sucedonazo*, que cortó en dos mi vida y me dejó solito en este mundo.

II.

—Yo tenia un amigo—prosiguió Contreras—él y yo nos queríamos como hermanos. Un dia nos encontramos. Nunca nos

habíamos visto; pero me miró él; yo lo miré, y nos pareció que hasta entonces habíamos andado buscándonos.

Desde ese día, siempre juntos: juntos en los conchavos; juntos en los festejos, juntos en todas partes.

Aquello que el uno quería, lo anhelaba el otro también.

La gente nos llamaba los mellizos; y cierto que lo parecíamos, por que entre nosotros todo era igual; aperos, *pilchas*, hasta nuestros caballos, que eran dos lobunos mas lindos!

—Y tu gateado ?

—¡Uf! El *gatio* estaba entonces en la mente de Dios.

Y así andábamos tan contentos, de págo en págo, entre *míngas*, rodeos y hierras.

Pero como todo tiene fin en esta vida, llegó una hora en que nuestras voluntades se apartaron.

Mi amigo se casó, y yo me quedé soltero.

—¡Tonto!—exclamó Boado—architón-

to ! ¿por qué no hiciste lo mismo ? Las dos mujercitas juntas, amándose como sus maridos se amaban, habrían hecho de vuestra vida un paraíso.

— *Diande! jeñor*, si diz que nunca se han visto dos hembras, bajo un mismo techo, en compañía de la paz.

La madre de mi amigo, vivia por entonces en Talahuascho. Allí, dejó él á su mujer, y se volvió conmigo á Ortega, al otro lado del Salado, donde estábamos conchavados.

Pero cada tarde acabado el trabajo, cuando la gente volvía á comer, mi amigo vadeaba el rio, y se iba á pasar la noche en Talahuascho.

— Y tú?

— Ah! *jeñor*, yo me quedaba solo con los peones. Comia, triste, mi rancho, y me iba á acostar en mi apero bajo el algarrobo del patio ; y mi pobre Lobuno y yo, pasábamos esas horas, él llamando con relinchos á su compañero ; yo pensando cómo el mio me habia quitado la mitad de su alma.

Llególe el día del santo al patron, hombre rico y caudillo muy querido de la gente fronteriza.

El gauchaje se descolgó en pandillas toda la noche de la víspera; y desde el amanecer empezó el guitarreo, creciendo á cada hora el festejo.

Era tiempo de elecciones; y como el patron queria asegurar votos, se portó en grande. Mandó carnear doce terneras; dió vino y aguardiente á discrecion; y desde mediodia, se veia, colgado en el algarrobo del patio, un gallo relleno de plata para correrlo en la tarde.

Qué diablos!—me dijo mi compañero— el *repunte* de novillos despeó ayer á mi lobuno. Necesita para correr, que le refresque lo hijares y le frote los jarretes con ceniza de *lapacho* ; Y esas mujeres que estarán queriendo venir á la fiesta y me aguardan en Talahuascho!

— Yo iré á traerlas—le dije; pero así, con no sé qué espina en el alma.

— Vaya! hermano—me contestó el po-

bre. mas contento!—Apúrate, entonces, que se hace tarde y va á comenzar la corrida. Los dos hemos de quitar el gallo para llevarlo á la Banda.— •

Salté á caballo y me eché á galope tendido por ese camino, pechando á las gentes que llegaban con *punteos* de guitarras y vivas al patron.

Al vadear el rio, lo reparé muy turbio y con mal olor el agua. Me acordé que toda la noche, habia visto relampaguear por el lado de las cabeceras, y apuré el paso para volver antes que llegara la creciente.

Desde lejos, como si adivinaran, divisé á suegra y nuera, listas y con un caballo ensillado: porque mi amigo llevaba siempre á su muger en ancas.

Mi lobuno era brioso y no aguantaba ni una mosca por el lado de la cola. Así, que no hubo mas remedio, sino que el sillonero de la suegra, un alazan *petizo*, cargara con las dos mujeres; y echamos á media rienda, campo abajo, hasta la barranca del rio.

Pero por mucho que corrimos, la creciente corrió mas, y llenaba las dos playas con una agua cenagosa, arrastrando árboles y piedras.

Si este rio es *traicionero* porque baja de los cerros y trae fuerte corriente, el Salado es ancho como un mar, sin ningun vado, y todo remansos y remolinos.

La suegra vió el peligro y queria volver á su casa; la nuera quiso pasar; arrebatando al *petizo*, le dió de rienda y talon. El animal *apurao*, se tiró al agua, y luegoito se perdió hasta el hocico.

La pobre vieja, sentada en ancas, con el agua al pecho, se santiguó y comenzó á rezar, agarrada á la cabezada del lomillo.

Yo me eché corriente arriba, caminándoles al lado, para que no las arrastrase; y les gritaba que mirasen arriba por miedo de que se marearan.

Ah! *jeñores*, todo de balde; por que como las mugeres pesaban, y el caballo era chico, antes de llegar á la mitad del rio, se hundió con ellas sin que yo pudiera remediarlo.

En un decir Jesus! ya no ví mas que las trenzas negra de la una y los cabellos blancos de la otra.

Solté la rienda al lobuno, me eché sobre el estribo y logré pescar los cabellos blancos. Pero cuando estiraba la otra mano para empuñar las trenzas negras, un tala que venia dando tumbos, se nos echó encima y se las llevó enredadas en sus espinas.

No se cómo me sacó mi caballo de aquel *zambullon*, ni cómo me llevó hasta la otra banda con la viejecita, que se habia prendido de mi brazo.

A ese tiempo, allá por el lado de Ortega, entre una gran polvareda y gritería, ví venir la corrida del gallo. Mi compañero lo traía levantado sobre la cabeza, corriendo.

La gauchada lo seguia aullando como demonios.

De repente lo ví *sentar* su caballo. Me miró á mí, miró el rio, miró á su madre, que lloraba gritando.—Se ha ahogado! se ha ahogado!

—¿Qué has hecho de mi mujer? — me di-

jo atropellándome, y con una voz como el bramido de un tigre. — Por qué no la salvaste ?

— Por salvar á tu madre — le respondí. — El mundo está lleno de mugeres; pero el hombre no tiene sino una madre. —

— ; Anda á juntarte con la tuya en el infierno! — dijo y me atravesó, de banda á banda, el pecho con una puñalada.

Dicen que despues, vendó los ojos á su caballo y se tiró al rio.

Dos leguas abajo, encontraron su cuerpo y el de su muger enterrados entre la *maleza*, que amontonó la creciente en la playa.

La pobre viejecita no duró ni una semana: se la llevó la pena.

Todo esto lo supe despues, cuando abrí los ojos, tras haber estado muriendo, y me hallé solo, sin mas señas de mi compañero que el puñal que me dejó en el pecho, y que hasta ahora guardo ahí mismo, como una santa reliquia. —

Y Contreras sacó del seno aquella arma,

que con sorpresa nuestra, vimos brillar á la luz de la mañana.

III.

Habia amanecido !

Nueva sorpresa, aún ! La creciente habia pasado, y nos encontrábamos ante un raudal cristalino.

Triple sorpresa ! La incógnita del capuchon habia desaparecido. Tanto nos absorbió el trágico relato del guía, que aquellos tres incidentes se produjeron sin que nos diéramos cuenta de ello.

Atravesamos el temible torrente cuya onda, llegaba apenas á los jarretes de nuestros caballos; y dos horas despues, pisábamos los dominios de aquella emperatriz de la hermosura preconizada por Boado, y nos apeábamos en el anchuroso patio de su morada.

Cuál sería nuestro asombro, cuando en la baranda del corredor que circuía la casa, divisamos, extendido, secándose á los rayos

del sol, el misterioso capuchon que encubria á nuestra nocturna compañera.

Seguida de dos lindas niñas, la encantadora dueña de casa, sonriendo con malicia, salió á recibirnos con todo el hospitalario agasajo de una castellana.

Tránsito L., muy digna de las quijotescas exageraciones de Boado, era una deliciosa jamona, frisando en los cuarenta; pero á cuya belleza acompañaba tanta gracia y donaire, que eclipsaba la beldad de sus hijas, como eclipsa á las estrellas el lucero de la mañana!



•

UNA CONVERSION.

UNA CONVERSION

Á ANGEL J. CARRANZA

I.

Efraim era un bello jóven belga, jefe de una de las principales casas comerciales de Arequipa.

Su distincion y la gracia de su espíritu, conquistábanle, en todas partes, envidiable popularidad. Era el ídolo de los salones.

Los hombres, buscaban solícitos su amistad; las jóvenes, allá, en el secreto virginal de su corazon, guardaban, todas, por él, algun tierno sentimiento.

Sin embargo, en la blanca ciudad de amorosas tradiciones, donde Himeneo tiene un templo al que van á prosternarse los hijos de todas las naciones, Efraim no tenia novia.

Cortés y galante con todas las mugeres, ninguna podia decir que hubiese pedido su mano.

Amaba, en verdad, á la bella María D. y era amado de ella; pero la jóven vírgen, ocultaba este amor doliente y sin esperanza; porque entre ella y Efraim mediaba un abismo.

María era cristiana, y él, profesaba la ley de Moisés, culto rechazado por la Iglesia, que cuenta á los judios en el número de los infieles.

Y no que en sus creencias Efraim llevara el fanatismo de los mosaistas. Era liberal; pero veneraba profundamente las tradiciones de sus padres, y hacia de su observancia un punto de honor.

En vano sus amigas con el doble ascendiente de la belleza y la unción cristiana, vertian en su oído la súplica y la persuasión. Efraim las respondia con dulces sonrisas, tras las que sentíase una acerada firmeza.

Pero las piadosas arequipeñas no se des-

animaban. Al contrario, aquella resistencia encendia mas el celo de su ardiente caridad; y proseguían cerca de Efraim su apasionada propaganda.

Y Maria? Ay! ella, católica ferviente, lloraba en silencio, deplorando el anatema de separacion que en este mundo y el otro, la apartaba de su amado; pero, ni aun á precio de la salvacion eterna, le habria pedido una apostasia, que repugnaba á la lealtad de su alma.

Mas he aquí, que un dia, una nueva fatal sorprendió á Arequipa, derramando en ella la consternacion.

Efraim se moria.

Una de esas dolencias que mbran latentes en las regiones del corazon, estalló de repente; y siguiendo con rapidez inexorable su desastroso curso, llegó victoriosa á la postrera etapa

II.

Entre el claro oscuro de la antecámara llena de gente, sentíase el siniestro rumor de una expectacion dolorosa.

Por la puerta entornada de la alcoba, divisábase un lecho en que yacia espirante un hombre en la flor de la vida.

Los médicos con semblante sombrío, abandonaban, uno tras otro, la estancia, enviando, todos, á la mirada interrogadora de los que aguardaban, el mismo signo denegativo :

El desahucio!

Cuando el último de ellos hubo salido, una bella jóven que velaba oculta detrás las cortinas del lecho, apareció de repente, y cayendo de rodillas al lado del moribundo, murmuró á su oído con dolorido acento: — Efraim! —

El, no la oía ya.

Pálido y cerrados los ojos, dormitaba en el sopor de la agonía.

La jóven enjugó el sudor frio que bañaba las sienas del enfermo, y acercó un vaso de agua á sus cárdenos lábios, que á ese contacto se agitaron.

— María! — articuló con voz tan débil,

que solo el corazon de la jóven pudo percibirlo.

—Héme aquí—respondió ella, reclinando su mejilla en la almohada del agonizante.

—¡María!—repitió éste—adios!..... hasta el cielo!.....

—En nombre de Aquel que derramó su sangre por todos, hasta el cielo!—exclamó María desde el fondo del corazon. Y estrechando la mano de Efraim, oculta otra vez tras las cortinas del lecho, hundióse en muda plegaria.

Entre tanto, en la cámara vecina, exclamaban simultáneamente y con acento de profunda consternacion:

—Señor! ¿será posible que este jóven, noble, generoso y bueno, esté destinado al infierno?

—El, que, apesar de sus horribles creencias, posee las virtudes sublimes que enseña el Evangelio, será desechado por tí, Dios remunerador? Lo excluirás de tu cielo, Dios de bondad?

—No, no será. Nosotras abriremos sus

ojos á la luz, antes que los haya cerrado la muerte! No hemos convertido á Cerf? No hemos convertido á White?

—Sí! al fin vencerán nuestros ruegos, y el poder de nuestra confianza en Dios. . .—

Y una á una, aquellas bellas piadosas, entraban en la fúnebre alcoba, é iban á prosternarse al lado del moribundo, llamándole con cariñosos nombres y santas invocaciones.

Pero, una á una, todas, se retiraban desalentadas, estallando en sollozos.

III.

De repente abrióse la puerta dando paso á un religioso, jóven, alto, pálido, de grave y apasible semblante, que saludó con las palabras del apóstol:—La paz sea con vosotros!

—El padre Samuel!—exclamaron las llorosas damas, corriendo al encuentro del misionero, cuyas severas virtudes lo hacian objeto de general veneracion.

—Oh! padre mio, venid en su auxilio,

nosotras hemos agotado en vano persuaciones, ruegos, lágrimas; él no quería escucharnos, y ahora no puede oírnos, porque está muriendo.

—Invoquemos la divina misericordia— dijo el misionero entrando en la cámara, cuya puerta cerró tras de sí.

Las damas cayeron de rodillas y en anhelante espera, oraban.

El misionero acercóse al moribundo, contempló su semblante con la certera mirada del facultativo, y poniendo la mano sobre su corazón, que latía con la terrible turbulencia del órgano próximo á estallar:

—Señor!—exclamó—la hora suprema se acerca para este hombre, que, en medio al error, ha vivido en tu ley por las virtudes innatas de su alma. Ten piedad de él, cual la tuviste de mí, cuando me arrancaste de la sinagoga para llevarme á tu Santo Templo (*) y dignate aceptar por su salvacion mi sangre.—

(*) El padre Samuel, fué judío convertido en el templo del Santo Sepulcro en Jerusalem.

El misionero se prosternó ante el lecho de muerte, desnudó su espalda enmagrecida por las penitencias, y tomando de su seno una disciplina formada con cuerdas y puas de hierro, dióse á una horrible flagelacion.

La carne se amorataba en cárdenos surcos; y luego hilos de sangre corrieron por el pavimento, y rojas gotas salpicaron los blancos cobertores del lecho.

Maria, abandonando su escondite, de pié y tendidas sus manos contemplaba al religioso, que, elevada al cielo su serena mirada, proseguia, estático, aquel cruento martirio.

Profundo silencio, interrumpido solo por los chasquidos de la disciplina sobre las maceradas carnes, aumentaba el horror de aquella temerosa escena.

De repente los lábios del moribundo removiéronse en confuso murmullo; su pecho se infló con un ruido de sollozos y estertores; sus ojos se abrieron fijando en el misionero una mirada intensa, é incorporándose con un supremo esfuerzo:

—Basta, padre! basta, hermano!— exclamó.— Soy cristiano!—

Y cayó inerte en los brazos de María, exhalando el último aliento, en el instante que el religioso poseído de santo gozo, en la mirada un celeste destello, derramaba sobre su frente el agua sacra del bautismo. . .

Al rumor de esta escena, aquellas, que anhelantes esperaban, abrieron las puertas de la alcoba y cayeron de rodillas, ante el sublime espectáculo que se ofreció á su vista!



FRANCESCO, EL MERCACHIFLE.

FRANCESCO, EL MERCACHIFLE.

A JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

I.

Diez y ocho años tendría el rubio *giovenneto*. La alegría de la juventud reía en sus azules ojos, abiertos con gozoso asombro, cual si divisaran las venturas de la vida.

Vestido con una blusa parda y un pantalón raído; ágil y suelto de cuerpo; al hombro, la vara cargada de muselinas y bajo el brazo el cartón de *novedades*, paseaba las calles pregonando con voz melodiosa y acento genovés—Gasas d'Italia! *signoras*; blondas y recortes bordados! *signoras*. *Tutto buono*, verdad, *signoras*.—

Placíame comprar sus mercaderías á aquel

pobre niño, tan contento y animoso, en medio á la exigüidad de su existencia.

Charlaba con él, mientras media las telas vendidas; interrogábalo, sobre su tierra natal, pequeña aldea encerrada entre montañas; sobre sus proyectos, reducidos á ganar el dinero necesario, para regresar á ese amado rincón; comprar un trozo de tierra, plantar un huerto, construir una cabaña, y casarse con Nanetta, la hija del sacristán —*La mia amorosa*—decia él con acento de profunda ternura.

—Y yo—añadia quien esto escribe, divirtiéndose en dar relieve á aquellos rientes mirajes—yo, que para entonces seré rica, viajando en Italia, llegaré de paso á la aldea donde Francesco y Nanetta, unidos por el amor, saldrán á recibirme, llevando en brazos un hermoso niño del que yo seré madrina, y lo dotaré con un millon de liras.—

El sencillo muchacho acogia con el gozo de la conviccion estos cuadros de un venturoso porvenir.

—¿Qué me traes hoy, *Bachicha*—decíale, apoderándome del carton.

—Ruchas de cinta, signora; redecillas de seda para los cabellos, signora; pañuelos y entredoses de batista bordados, signora. Tutto buono, verdad signora.—

Y mis túnicas, mis pelerinas, mis faldas y sus volantes de encaje, procedieron todos, de la vara y del carton de Francesco.

Mis amigas no querian creerlo: tal primor resultaba del piadoso esmero, que, por el interés de mi protegido, ponía yo en la confeccion de esos objetos de vanidad femenil.

Pero, al fin, tenian que rendirse á la evidencia; y entonces, hacíanse tambien parroquianas de la vara y el carton de *Bachicha*, que prosperaba en su pequeño comercio.

Para que el pobre niño pudiera ahorrar el alquiler de vivienda, tan caro en las grandes ciudades, influí para que un buen hombre, arrendatario de una quinta antigua y de vasto edificio, situada en la calle de Ma-

lambo, le diera un cuarto de los muchos que tenia desocupados.

El pobre muchacho me estaba en extremo agradecido. Y no solo fué él: muy luego, el arrendatario mismo, vino á darme gracias por la adquisicion de aquel vecinito, que alegraba la casa con sus risas y sus cantos.

II.

Por aquel tiempo, un asunto de interes para mi familia, me obligó á emprender un viaje á Bolivia.

Durante mi ausencia, una horrorosa epidemia visitó á Lima, haciendo terribles estragos, sobre todo en el bajo pueblo.

En menos de quince dias, callejones y *barandas* de vecindad, quedaron desiertos, y las anchas fosas del cementerio cerrábanse, cada dia, repletas de cadáveres.

Los médicos, por no alarmar á la ciudad, abstuviéronse de dar al flagelo su verdadero calificativo—fiebre amarilla.—

El vulgo, que de todo ríe, hasta de sus de-

sastres, lo apellidó—la *ferrolana*—por haber coincidido su aparición, con el arribo de una fragata de guerra, española, de este nombre, procedente de la China.

A mi regreso á Lima, casi á nadie encontré del mundo de gente pobre que conocia. Mi lavandera, mi costurera, la frutera que me proveia, el suertero que me traia la de á mil, la *sanguera* de la esquina, el jazminero: todos habían perecido.

Qué doloroso vacío para quien se apega con cariño á cuanto la rodea! Reemplazar á esos servidores perdidos; cuánta amargura!

Otra pena mas: Francesco habia desaparecido. Ya no se oia en las calles su melodioso pregonar, y nadie lo habia visto, hacia tiempo.

Habria sido tambien, víctima de la epidemia el pobrecito Bachicha?

El anhelo de averiguarlo me llevó á la quinta de Malambo.

Al fondo de un cuadro de legumbres divisé al arrendatario, ocupado en aporcar sus

espárragos, y le envié desde lejos un saludo y una interrogacion.

— Ah! señora — me dijo, cuando hube llegado á él — nuestro pobre italianito ha muerto, ó se ha enloquecido — Y como me viera juntar las manos consternada. — Sí — continuó — y hasta no me queda duda de que lo uno y lo otro ha sucedido. Juzgue Vd. De repente, el pobre muchacho dió en la mania de encerrarse. Dias y dias quedábase en su cuarto, bajo llave, silencioso como un muerto, él, tan alegre! y, lo que era peor, sin comer ni beber.

Acerquéme á preguntarle, al través de la puerta, si estaba enfermo.

Respondióme que lo habia fatigado mucho el trabajo en la última semana, y queria descansar,

Sin embargo, yo estaba inquieto: aquello no era natural.

Cuando, hé aquí, que al oscurecer de una noche, Francesco, arrebuñado en una frazada, salió todo agoviado, pero con cierto aire furtivo, y tomó la calle.

No de allí á mucho, regresó, pero volvió á salir ; y en el espacio medianero, hasta las diez, hizo repetidos viajes.

Desde esa hora, el portero lo esperó en vano para cerrar la puerta : Francesco no volvió mas.

Otra cosa aún : y esto, es mas grave : el desventurado desapareció abandonando todo : su cama, sus ropas, y hasta el carton de cintas y la vara cargada de telas, que constituian, como él decia, riendo, toda su fortuna.

Sin duda, en algun acceso de fiebre ó de locura, habia removido parte del pavimento del cuarto, dejando los ladrillos rotos, y el suelo hondamente socavado. Habríase dicho que quiso cavar su sepultura.

Echéme á buscarlo por toda la ciudad ; pregunté á sus compatriotas. Nadie lo habia visto.

Registré el manicomio, y los hospitales, sin que en ninguno de aquellos lugares pudieran darme de él, noticia alguna. Eran tantos los moribundos, que, en aquellos terribles dias de epidemia, eran recogidos en

las calles y llevados á espirar allí, desconocidos.

En fin, con gran pesar de todos, en la quinta, porque de todos era querido el amable muchacho, hemos tenido que ceder á la realidad, y contarle entre los muertos.—

Hablando así, el arrendatario lloraba.

Yo tambien tenia lágrimas en los ojos.

Pesóme haber ido á buscar tan tristes nuevas.

—Pobre niño!—pensaba, atravesando el puente, á la vista lejana del cementerio, —hé allí donde ha ido á hundirse, con tu juventud y tu alegría, el poético idilio que soñaba tu mente. Héte ahí perdido en una ignorada fosa, olvidado de todos, excepto de mí. y quizá de Nanetta!

III.

Y pasaron años.

Todo cambió, así en mí, como en el mundo de mi tiempo : todo, escenarios y protagonistas.

El suelo se cubrió de ferro carriles que se llevaron el perfume del sahumero, y trajeron el del gas, de la hulla y del asfalto.

Lima, olvidando los terremotos que conmueven el suelo en que asienta, aglomeró pisos sobre sus casas, y subió á ellos el marmol y el granito.

¡ Adios, balcones de morunas calosias, tan propicios al delicioso espionaje de las jóvenes! Reemplazáronlos elegantes antepechos de alabastro, donde las curiosas eran el blanco de las miradas.

La fisonomía misma de la tradicional belleza limeña, sufrió enorme transformación. A los grandes ojos negros, ardientes y dominadores; á las oscuras cabelleras rizadas, sucedían ojos azules de lánguido mirar; cabellos que parecían robados á las doradas nubes de la aurora.

— ¿ Quiénes son estás bellísimas rubias? Diríase una ronda de ángeles.

— Son las de Wolff.

— Gringuitas, por supuesto.

— Limeñas lejitimas; pero hijas del Cónsul aleman.

— Y este buen mozo, pero lastimoso ginete, cabalgando en cuclillas sobre ese magnífico zaino?

— Es Rodolfo Sanchez, que va montado á la inglesa: es decir, con la mas refinada elegancia.

— Es posible?

— Nada mas cierto.—

Al retiro, donde grandes dolores me habian secuestrado, llegábanme, repetidos por los écos de la política, de la finanza, de la galanteria, nombres que me eran desconocidos. Parecíame, en pleno Lima, habitar un país extranjero, tantas eran las individualidades terminadas en inni, cini, wortt, eith, now, que poblaban las altas regiones sociales, y ejercian en ellas poderosa influencia, al frente de valiosas empresas y especulaciones de alta importancia.

Y en las esferas del placer, bailes, partidas de campo, regatas, carreras, festivales, todo era organizado y dirigido por estas no-

tabilidades exóticas que habian venido á suplantar á los Zavala, Mendoza, Aliaga, Lapuente, Salazar, etcétera, del hispano cuño.

Un dia recibí de un amigo millonario el siguiente parte :

— Julian de la Vega, tiene el honor de participar á Vd. el enlace de su hija Elena Rosa, con el Señor Arnolfo di Castelfrido.

— Castelfrido! ¿No es este el agente del último empréstito ?

— Sí, y dueño fundador de la gran casa introductora del mismo nombre. Breve: una acumulacion de millones.

— Un jóven y bello argentino, un Gomez, adoraba á Elena, y era de ella amado. ¿Qué se hizo de ese poético noviazgo?

— Lo deshizo el áureo prestigio del italiano.

— Oh!

— Qué? Nada mas lógico. A tiempo que Gomez se hundia, tontamente, en la quiebra de un socio bribon, Castelfrido llega, no como sus compatriotas suelen venirnos, des-

nudos y á comenzar fortuna, vendiendo pescado frito tras el mostrador de una chingana, sino trayendo consigo caudales. Dota al país con el establecimiento de un gran centro cemercial, y efectúa con el gobierno un negocio de capital importancia. Añádase á esto, apenas treinta y cinco años, y todo un buen mozo. Bah! razon le sobra á Elena.

—Pobre Gomez! *Requiescat in pace!*
Amen!—

Ay! hablando así, yo profetizaba. Sí, *requiescat in pace!* porque no de allí á mucho, el desgraciado Gomez moria, víctima, decia él, de una antigua dolencia al corazon; pero, en verdad, al rigor de la honda herida que abrió en su alma, la traicion de Elena.

Era necesario hacer la visita de boda.

Encontré la luna de miel instalada en una casa magnífica, situada entre dos jardines. Un palacio, oro, plata, mármol y piedras preciosas prodigadas por todas partes.

Elena, el hada de aquella deliciosa mansion, reclinada en el divan de una jardine-

a, rodeada de un círculo de aduladores, levantóse y vino á mí, resplandeciente de belleza y felicidad.

—Picarilla!—murmuré á su oído al abrazarla—no necesitas decirme que eres dichosa; lo veo en esa carita, que se ha vuelto mas linda, todavia.

—Conoce usted á mi esposo? — digo ella con apasionada uncion.

—No; sino por lo mucho que de él, me han hablado.

—Ah! cuando lo haya visto, sabrá usted apreciar toda mi ventura.—

Saludos y presentaciones. La conversacion volvió á su tono festivo. Sirvieron refrescos.

Elena nos regaló en el piano con una deliciosa fantasía.

Sin embargo, yo estaba triste; parecíame ver vagar entre aquellos esplendores la sombra doliente de Gomez. Y contemplando á la ingrata, que sonreia alegre, mientras sus ágiles dedos arrancaban al *pleyel* armoniosas notas, recordaba los versos de una can-

cion que, en sus últimos dias, oi cantar á Gomez en la guitarra:—

..... Tú, allá, de mí olvidada,
Festiva y placentera,
Ni un suspiro, siquiera,
Consagras á mi amor.

IV.

Interrumpió el curso de mis reflexiones, la entrada de un apuesto caballero que atravesó el salon con gallarda soltura, y vino hácia nosotras, despues de saludar con la mano al grupo masculino.

— Hélo aquí! qué le parece á usted?— dijo Elena, estrechando mi brazo, á tiempo que el recién venido se inclinaba ante mí. Y tomando la mano de éste. — Mi esposo — dijo; y señalándome á él. — La mas querida amiga de mi familia, — concluyó.

Castelfrido se inclinó otra vez, pronunciando galantes frases.

Y en tanto yo, en extraña confusion, mirando aquel hombre, pensaba — ¿Dónde he visto yo esos ojos abiertos, como la contem-

placion de una grata lontananza? Dónde he oido la melodía de esa voz, que me recuerda no sé, qué lejanos tiempos?

—Lo veo —cuchicheó Elena á mi oido.— Usted tambien lo encuentra distinguido y bello. ¿No es cierto? Ah! en cuanto á mí, por mas que él, finge un origen humilde, y se da por hijo de pobres campesinos, yo tengo la sospecha, casi la conviccion, de que es un príncipe disfrazado, que oculta su grandeza en la sombra del misterio. —

Yo, en el mismo tono, — mejor será hija mia — repuse — mucho mejor, que sea lo que es: un hombre honrado y laborioso.—

Hablando así, contemplaba á Castelfrido, y me preguntaba siempre: dónde habia visto con familiar frecuencia, aquel risueño semblante; dónde habia oido, en amistosas pláticas, aquella voz suave y atrayente.

Viéndonos inclinadas, la una hácia la otra, hablar quedo, el esposo de Elena fijó en ella una tierna mirada, y volviéndose á mí.

—Dulces confidencias!—exclamó.—Verdad signora? —

Estas dos palabras, como un rayo de luz, iluminaron en mi mente la extensión de un largo pasado.

Allí estaban los primeros tiempos de morada en Lima; allí los días de la juventud, con su plácida alegría, sus perfumes y sus galas, buscadas con gozoso anhelo, así en los escaparates de los grandes emporios del lujo, como entre las mercaderías callegeras de vendedores ambulantes.

—*Bachicha* ¿qué me traes hoy? — escuchábame decir, allá, en otro mundo.

—Gasas d' Italia, signora — oía que respondía la voz que ahora hablaba.

Miré otra vez al brillante Castelfrido, y mi labio murmuró:

—¡Francesco?

—Sí: el jóven hermoso y apuesto que estaba ante mí, y se inclinaba, sonriendo con graciosa galantería, el millonario negociador de un empréstito nacional, era aquel pobre muchacho que recorría las calles de

Lima, vendiendo algunas varas de gasa y las cintas contenidas en un carton. Era Francesco, el mercachifle.

Y Elena, siguiendo en sus afirmaciones, dijome, y ahora en alta voz :

—Por mas que se niegue Vd. á declararlo, veo que lo cree como yo.

—Soñadora—dije, procurando reir para ocultar mi asombro—Dentro de poco tendrán ancho campo tus desvarios, paseando á traves de la poética Italia.

—No, querida mia ; yo soy de naturaleza sedentaria, y mi esposo ama á Lima como si hubiera nacido en Malambo—dijo Elena, sonriendo á su marido.

Rápida, pero visible emocion apareció en el semblante de Castelfrido, y pasó como una sombra.

Sin embargo, yo dudaba todavía; tan extraña parecíame la asimilacion de aquellas dos individualidades, tan distantes la una de la otra, en la vida y en el tiempo.

Y queriendo cerciorarme de la verdad que tenia ante mí, sin poder creerla:

—Ah! exclamé, riendo con desenfado—
hé aquí los caprichos del destino: Esta feliz
pareja, que podia realizar la mas bella de
las odiseas, se encierra prosáicamente en su
hogar, y yo he pasado mi juventud anhelan-
do, en vano un viaje á Italia, á esa mágica
Ausonia, que soñaba la mente. y cre-
yendo realizar esa deliciosa utopia, me tra-
zaba itinerarios, y me permitia castillos en
el aire, entre otros, uno á la intencion de
un bueno y amable muchacho, que trabaja-
ba sin mas ambicion que ganar el dinero
preciso para volver á su tierra natal, una
aldea perdida entre montañas; plantar un
huerto; construir una cabaña, y casarse con
su amada Nanetta, la hija del sacristan.

Ay! si el pobrecito no hubiera perecido
en la terrible epidemia del año 50, es-
taria aguardando todavia, la promesa que
le hice, de ir, poderosamente rica, á visitarlo
en su aldea, ser la madrina de su primogé-
nito, y dotarlo con un millon.—

Y riendo siempre, volvíme hacia Castel-
frido.

Los ojos del italiano, con una mirada de profundo enternecimiento, estaban fijos en mí.

Me había reconocido.

Luego, serenándose de pronto—;Interesante leyenda!—exclamó.—Ah! si U. me permitiera continuarla y darle fin!

—Qué me place! amable colaborador—respondí en el mismo tono.

—Magnífico!—gritó Elena con una explosión de gozo—Señores: hé aquí dos novelistas que confeccionan un romance. Escuchemos.—

Y en torno nuestro formóse un círculo de oyentes.

V.

—Y bien!—continuó Castelfrido, sonriendo con plácido despejo—Aquel pobre muchacho. Cómo llamaremos, signora, al héroe de nuestro relato?

—Francesco.

—Francesco, huérfano y pobre, abandonó su tierra natal, pequeña aldea encerrada en

las hondas quebradas de los Alpes; dijo adios á su patria, y embarcado entre la dotacion de un buque mercante, llegó un dia á estas playas, desnudo de todo, excepto del valor y la esperanza.

Con arreglo á las condiciones de su enganche, Francesco se halló libre al arribar al Callao; y el rico negociante propietario del buque, á quien interesaron la temprana edad y el desamparo del pobre niño, lo recomendó á un comerciante de la *Ribera*, que lo habilitó con las mercaderías de su tienda.

Durante dos años, Francesco, hecho un almacén ambulante de telas, cintas y encajes, la vara al hombro y bajo el brazo un cartón de chucherías, recorría las calles de Lima, de norte á sur y del setentrion al mediodia, pregonando á voz en cuello: Gasas d'Italia! Signoras; pañuelos y recortes de batista bordados, signoras.

Y repiqueteando con los dedos en el cartón de *novedades*—Collares de coral y camafeos de lana, signoras!

Y ellas, buenas y hospitalitarias, como

son las mugeres en Lima, apiadábanse del pobre niño extranjero, llamábanlo de ventanas y balcones, compraban con preferencia sus mercaderías, y le daban útiles consejos.....

Una, entre ellas—prosiguió Castelfrido, enviándome una dulce mirada—una, sobre todo, espíritu bromista, pero excelente corazón, consagró al pobre *Bachicha*, como ella lo llamaba, una verdadera amistad.

Reía de sus inocentadas, pero entraba con entusiasmo en sus proyectos, alentando sus esperanzas y fortaleciendo su fe en el porvenir.

Otras veces divertíase en soñar para él honores y riquezas; predecíale la posesión de la *Villa Borghese* en Roma, del palacio Doria en Génova, del de Pitt en Florencia.

Luego, descendiendo de aquellas suntuarias regiones, á las de la vida práctica, le predicaba el orden y la economía, base de toda prosperidad.

Para ayudarlo en estos propósitos, interesó en favor suyo á un hombre bondadoso,

arrendatario de una quinta de vasto y antiguo edificio, que le dió en él una vivienda.

Era esta un cuarto abovedado, en el que Francesco instaló su exíguo equipaje, muy contento de la tranquilidad de la casa, habitada solo por el arrendatario y sus peones.

Muy luego, á uno y otros cautivó la juvenil alegría del muchacho, que, cuando acabado el trabajo de la jornada, se reunia á ellos bajo los árboles de la quinta, los divertia con historias y cantos.

Una noche, el sacudimiento de uno de esos temblores frecuentes en Lima, despertó á Francesco, que dormia con el sueño profundo de los primeros años.

Pasado el ruidoso remezon, y cuando el jóven comenzaba de nuevo á adormecerse, un fenómeno mas extraño, todavia, vino á desvelarlo.

Una luz azulada, indecisa, encendióse de repente en un ángulo del cuarto.

Habriase creído que era un rayo del plenilunio, si la puerta y la ventana no estuvieren cerradas.

Pero, luego, aquella claridad, flameó en llamaradas trémulas que lamieron el suelo y se apagaron.

Las supersticiones de sus montañas natales acudieron al ánimo de Francesco, que tuvo miedo.

Mas, reponiéndose pronto, encendió su lámpara y registró el sitio, sin encontrar nada que pudiera darle la solución de aquel misterio.

A la mañana siguiente, cuando Francesco se preparaba á salir, llamaron á su puerta.

Era su lavandera, una negra vieja de la Cofradia de San Lázaro, que le traia la ropa á su nuevo domicilio.

—Bienvenida, Chepita y compañía!— exclamó el italianito. —Ya creia no volver á verte.

—Guá! niño, ¿quién tiene de ello la culpa sino U., que muda de casa sin avisarme, ni decir palabra en la *baranda*? Si no es por *ño* Josito el aguador, que le trajo la cama en su borrico, no sé hasta cuándo hubiera tenido su ropa, sin saber dónde llevársela.—

Y mirando en torno— Ay! niño—prosiguió, con la volubilidad peculiar á los negros—esta casa es muy *pesada*: aquí *penan*. En otros tiempos, allá, cuando la ruina del Callao, diz que perteneció al marqués de Torreblanca, un ricacho muy perverso, salteador de caminos, que enterró sus tesoros y murió de mala muerte.

Desde entónces, el alma de aquel condenado viene, á penar en los lugares donde los escondió, asustando á las gentes con ruido de cadenas y gemidos.

—Pues, si llego á ver ú oír por aquí á ese de la Torreblanca—dijo, riendo el italianito—he de pedirle me indique dónde ocultó esas riquezas que á él, ya *nò* pueden servirle.

—¡Ave María purísima!—exclamó Chepita, escandalizada—Niño, ¿no tiene usted temor á Dios?

¿Y si le acontece lo que al pobrecito gringo de la esquina del Tigre?

—Pues, qué le sucedió al tal?

—Que se le puso en la cabeza que habia

oculto un tesoro en un sitio de mi cuarto, donde yo habia visto arder llamaradas de fuego. En mala hora se lo dije una noche en conversacion. Señor! que allí habia un *entierro*; y por mas, que le dije, no pude quitárselo de la cabeza. Salió y volvió luego con una barreta, y como yo tuviese miedo me llevó donde una vecina, y él volvió á encerrarse en el cuarto con la *pena!*

Y se quedó, y se quedó; y yo aguardando, aguardando, hasta que siendo ya muy tarde fui á llamar á la puerta de mi cuarto que se abrió al tocarla, mostrándome la vivienda solitaria, y en el sitio dónde ví arder la llama, un hoyo, ni mas ni menos que una sepultura.

Desde entónces nadie volvió á ver al gringo, que desapareció, como si la tierra que se empeñó en socavar lo hubiera tragado.—

La negra charló, todavía, largo rato; pero Francesco no la escuchaba ya, absorto y la mirada fija en el sitio donde en la noche se encendió la misteriosa llama.

Asi que la negra se hubo marchado, y que

el arrendatario y sus peones, en los trabajos de la huerta, dejaron la casa sola, Francesco fué á buscar en un cobertizo donde guardaban los útiles de labranza, un azadon y una pala, que llevó consigo á su cuarto donde se encerró bajo llave, dándose á cavar, con mano enérgica, en el sitio consabido.

Los antiquísimos ladrillos del pavimento, cedían y se pulverizaban al golpe del azadon, que Francesco interrumpia con frecuencia para escuchar con oido inquieto.

A la profundidad de un metro, el azadon chocó en un cuerpo duro, y un doble sonido metálico salió del fondo del hoyo.

Francesco se estremeció: el tesoro del saltador Torreblanca relampagueó en su mente. Animado de nuevo ardor, tomó la pala, despejó la escavacion y saltó dentro.

Hallábase á oscuras, pero sus manos palparon una aglomeracion de trozos duros, frios y de enorme peso, que extrajo durante horas, en sucesion inacabable.

En fin, Francesco salió del hoyo ya vacío, y fatigado, tembloroso, el pecho desbordando

de tumultuosas emociones, sentóse en el suelo, apoyó la cabeza en aquella misteriosa masa, apilada por él en las tinieblas, y se entregó á encontradas cavilaciones.

¿Qué era aquello que yacía al lado suyo, y que llenaba su alma de ansiedades, de curiosidad y de temor? Érale imposible averiguarlo, porque la gente había vuelto del trabajo y la casa estaba llena de ruido.

Inmóvil y silencioso, Francesco, aguardaba.

Cuando el arrendatario y la gente, concluida la cena, se hubieron recogido, y Francesco pudo encender luz, se encontró delante un gran monton de lingotes de oro.

A la vista de aquellos tesoros, el pobre mercachifle sintió miedo, miedo de que otros ojos lo vieran.

Las inquietudes del rico surgian en su ánimo!

Apagó la luz, y pasó la noche meditando.

Al dia siguiente, Francesco tenia ya formado un plan. Cuando la casa volvió á quedar sola, aprovechando el momento en

que el portero fué á tomar la copa matinal en la vecina bodega, salió furtivamente, despues de echar llave á su cuarto, y fué á hacer preparar en la tienda de un pintor del *Baratillo*, un bote de barniz verdi-negro que se llevó oculto en un pañuelo, entre una provision de frutas y de pan.

El portero no habia vuelto aún, y Francesco pudo entrar sin ser visto.

Encerróse de nuevo; encendió su lámpara y pasó, el dia entero, dando á aquellos trozos de oro, una capa de barniz que los cambió en barras de cobre oxidado.

Pero, era necesario que aquella pintura secase sobre sus lingotes de oro; y Francesco sufrió tres dias mas de encierro, silencio, hambre y sed.

En fin, una noche pudo, embozado con un cobertor, llevarlos, en repetidos viajes, á la vivienda de su lavandera.

—Chepita — le dijo — me permites traer aquí una partida de cobre que mi patron de la *Ribera* ha comprado para mandarlo mañana á Europa?

—Eso y mas niño Pero, guá! ¿qué tiene, que lo veo tan pálido y ojeroso?

—El trabajo, amiga, el trabajo.

—Ah! lo que es ser uno pobre! ni enfermo puede descansar! Traiga, niño el cobre; lo acomodaremos en el cuartito del carbon, que está vacío, porque sepa usted que mañana, yo, también, me voy al Callao, y de mudada.

—Pues hé aquí que esto nos conviene á los dos.

No necesitas tú una carreta para llevar tu equipaje?

—Sí; y ya la pedí para las seis de la mañana á mi compadre Melo.

—Yo la pagaré, y en ella llevaremos también este cobre, para embarcarlo en el buque del señor Denegri, que se dá á la vela temprano.—

Y así se hizo: Francesco se embarcó llevando consigo quinientas barras de *cobre*, que, un mes mas tarde, llegadas á Génova, cobraban su primitivo color, y abrian á su dueño inmensos horizontes.

—Y Nanetta?—interrogó álguien, en el círculo que escuchaba atento.

—Olvidada!—respondió en coro el auditorio.

—Oh! que nó!—exclamó Castelfrido.— Francesco guardaba su fe.

Apenas llegado á Génova, atravesó la ciudad sin verla; y á pié, cual de ella saliera, emprendió la peregrinacion á la tierra natal, aquel pobre burgo escondido entre montañas, que albergó su infancia y los primeros dias de su juventud.

Y corria, anhelante, á lo largo del sendero que, serpeando entre peñascos descendia á la encrucijada de donde se divisaba el pueblo. Pero ay! al llegar á este, Francesco se detuvo petrificado

La aldea habia desaparecido. En el paraje, donde antes se alzaban sus pintorescas casas, sus huertas y jardines, veíase la huella del terrible *alud*, que, cayendo de lo alto de los montes, los habia arrastrado, con sus habitantes, á lo hondo de un precipicio

Francesco lloró largo tiempo su ensueño

desvanecido. Despues, cuando la resignacion descendió á su alma, vió, en aquella catástrofe, los designios del destino que lo llamaban á otra existencia.

Dió su vida al estudio y á largos viajes, que hicieron del pobre mercachifle un hombre ilustrado, y abrieron á su ambicion vastos espacios.

Un dia Francesco sorprendió en su alma un sentimiento nostálgico. El recuerdo de Lima.

La riente ciudad donde todo le fué propicio: todo, desde el corazon humano, hasta la tierra, que le diera los tesoros ocultos en su seno, lo llamaba con misteriosa atraccion.

•Francesco, que, áun en medio á la opulencia, llevaba el corazon triste y vacío: cedió á ese grato reclamo, y volvió á Lima. Contempló otra vez su esplendoroso cielo; aspiró con delicia sus perfumadas auras, y una hermosa vírgen le dió, con su amor, la felicidad.—

Concluyó Castelfrido, inclinándose ante

mí, y sonriendo á su esposa con inefable expresion.

—Bravo!—exclamó ésta, y con ella el auditorio.

—Bravo!—repetí yo, de pié para despedirme. —Gracias, estimado colega—añadí —por haber restituido la vida á aquel amable muchacho, y dádole las riquezas de que era digno por su amor al trabajo y su excelente corazon

—Aguarden ustedes, señores novelistas —gritó Elena deteniéndome. —¿Y aquella bromista amiga que en medio á sus burlas tanto se interesaba por la suerte del pobre Bachicha? ¿La buscó este cuando rico y prestigioso volvió á Lima?

—No pudo hallarla—apresuráme yo á responder. —Habia para ello una razon muy sencilla: ella habia dejado el nombre de su estado para tomar el de su familia en el mundo de las letras.

Un dia, sin embargo, por un juego del acaso, los antiguos camaradas se reconocieron en medio á las frívolas pláticas de un salon.

El, profundamente conmovido, iba á hablar, á descubrirse; pero ella que habia vivido mucho y estudiado la sociedad, quiso preservarlo de sus mezquinos juicios, le impuso el silencio, mirándolo con la mirada indiferente y la fria sonrisa que se dan á los estraños.—

· Mientras Elena y sus amigas batian palmas y me obsequiaban con un nuevo bravo, Castelfrido estrechó mi mano con visible enternecimiento; y en el fondo de sus bellos ojos azules, divisé una lágrima.

VI.

Un dia, 2 de Noviembre, iba yo con todo Lima, camino del Cementerio, y compraba flores á mi paso por las huertas de Maravillas.

Vecina al convento del Buen Pastor, llamó mi atencion una casita preciosa, verdadera miniatura, con su puerta de verja entre dos ventanas voladas; al fondo y dando entrada al principal, una galería cubierta

de madreSelva, y por patio un delicioso jardinito. Bosquecillos de rosales; grupos de toda suerte de arbustos floridos, y el suelo sembrado de violetas, claveles y margaritas.

Bajo un aromo que sombreaba la puerta, en un sillón de junco, apoyado al tronco del árbol, estaba sentado un viejecito de cabellos blancos, seco, encorvado, pero limpio, bien vestido, y de apasible semblante.

—¿Qué hermosas flores tiene Vd., señor! —díjeme, saludándolo desde el umbral de la puerta —¿Quiere Vd. venderme algunas para llevarlas á un sepulcro?

—No vendo flores, ni las corto, jamás —respondió, levantando la cabeza para mirarme —pero si son para los muertos, lleve Vd. cuantas quiera.

—¿Ah! señor Hidalgo, aunque no fuera sino por sus bondadosas palabras, habia de reconocerlo —exclamé apoderándome de las manos del anciano para besarlas con respeto.

—¿Con quién estoy hablando señora? —preguntaba el viejito, contemplándome con curiosidad.

— En castigo de ese olvido, no he de decirselo, yo, que he reconocido á Vd. desde la primera mirada. Sepa Vd., solo, que una amiga le pregunta qué ha sido de su vida en tantos años, desde que dejó la quinta de Malambo.

— Desde que me la quitaron— dirá Vd.— para dársela á un rico antojadizo que la arruinó, despues de arruinarme á mí, que años y años he andado de aquí para allá, padeciendo lo que padecen los pobres.

Pero Dios es grande! Un dia, cuando mas miserable estaba, porque esto me tomó ya viejo y achacoso, comiendo en los Descalzos y viviendc en un cuartucho de callejon, se me apareció un caballero muy elegante y buen mozo; sin duda, de la *alta*, preguntando por el pobre Hidalgo.

Cuando le dije que era yo, no sé por qué, me miró asombrado.: Y, lo que es mas, señora, se le cayeron las lágrimas. Desde luego, era de lástima, porque él no me conocia.

Puso en mi mano un billete de cien soles,

y me dijo que contara con una renta mensual, de igual cantidad, que me sería pagada en la casa Castelfrido, y la propiedad de una finca para albergar mis últimos años.

En efecto, ocho días después, el mismo caballero vino á buscarme y me puso en posesion de esta casita que encontré amueblada, y que habito, hace un año.

Yo creo que debo esta obra de caridad á una de esas sociedades benéficas. quizá á los masones. Pero ¿quién les habría hecho pensar en mí, viejo, enfermo y desvalido?

—Dios, señor Hidalgo; Dios que le debia una recompensa para su generosa hospitalidad al pobre Francesco.

—Ya sé quién es Vd., señora.—gritó el viejecito, tendiéndome las manos, en un arranque de gozo—Ah! por Vd. tambien han pasado, se vé, los dolores de la vida. . . . Sí; aquel pobre muchacho, tan bueno, estará rogando por mí en el cielo.

—Y ese generoso protector que lloraba,

sin duda, de gozo, al derramar sobre Vd. su munificencia.....

—Ah! loado sea Dios! todavía hay almas á quienes las riquezas no han pervertido...—

Y vosotros, pensé, los Zavala, Mendoza, Aliaga, Salazar, podeis alabaros de haber hecho tan noble uso de los tesoros acumulados por vuestros padres?

*

Francesco : si un dia leés estas líneas, verás que he guardado tu secreto.



EL PROFESORADO.

EL PROFESORADO.

Qué tiempo aquel, de gratísimos recuerdos! Ah! quien dice que el magisterio es una labor penosa, no sabe lo que son las mas puras fruiciones del alma.

Vivir en una atmósfera de azul y oro, entre una falange de ángeles que os piden les enseñeis los caminos de la vida, y os traen las reminiscencias del cielo.

Teresa, María, Enriqueta, Susana, Luisa, Zoila, Clemencia! Sé que cual yo, recordais con amor ese tiempo en que, reunidas en torno á la gran pizarra del salon de clases, era para nosotras un verdadero goce, enseñar y aprender.

¿Recordais nuestro *dictado gramatical*, ese prodigioso esfuerzo de vuestra inteli-

gencia, asombro de los profesores que lo presenciaban?

Yo misma no he podido explicármelo, sino como una corriente magnética que nuestro mútuo cariño establecía entre mi mente y la vuestra.

No os explicais vosotras también así, el hecho de referiros yo una leyenda, un relato cualquiera, que después colectivamente escribais, párrafo á párrafo, por el solo dictado gramatical de las partes de la oración?

Un día tan lejos ya de vosotras y de aquel venturoso tiempo encontré, hojeando papeles dos de esas leyendas LA ERA DE GRACIA y VIRTUD INFANTIL, frutos de aquel fenómeno mental.

Lloré sobre sus páginas lágrimas de enternecimiento; y hoy os las consagro en este libro.



LA ERA DE GRACIA.

I.

Reinaba Herodes en Judea, y en el Imperio Romano, Octavio Augusto.

Los antiguos dominios de Israel, por los pecados de su pueblo, habian venido á ser una provincia romana.

Los descendientes de sus reyes, en el trascurso de largos cautiverios, habian perdido sus riquezas y confundídose entre la multitud.

Vivian del trabajo, y solo en el rádio de las relaciones familiares, era conocido su preclaro origen.

Entre la régia prosápia, habia una vírgen de excelentes virtudes llamada María ó Mirian, en lengua hebrea: Estrella del Mar.

Habitaba una pequeña ciudad de nombre Nazareth, situada en un valle de Galilea, donde el perfúme de santidad que de ella emanaba, difundíase, oculto, cual el de la violeta.

En su póbrec morada, resplandeciente de nítida limpieza, brillaba algo tan misteriosamente santo, que hacia de ella un lugar sagrado, visitado por los buenos, y donde los malos, convertidos, se volvian á Dios.

María guardaba para unos y otros, en aspiraciones de ardiente caridad, consejos y plegarias.

II.

Un dia, al anochecer, prosternada en el paraje mas sombroso de su jardincito, bajo una tupida fronda de madre selva, María oraba con el alma arrobada en un éxtasis divino.

La tierra habia desaparecido de su mente, que llenaba la intuicion de la felicidad eterna.

Y las sombras del crepúsculo se extendian bajo el ramaje; y las flores exhalaban su mas esquisito aroma.

De súbito, el rojo fulgor de Occidente palideció á la claridad de una luz maravillosa, que iluminó el espacio; y una voz ce-

lestial exclamó con acento de profunda adoración:—Salve, oh! llena de gracia!—

La tímida vírgen se turbó al escuchar esta salutación excelsa, que alarmó la humildad de su alma.

—No temas, María — prosiguió el celeste mensajero,— porque el Altísimo te ha escogido para que en tí, se cumplan las profecias que desde el principio de los tiempos, anuncian nacerá de una Vírgen, Aquel que será enviado para redimir el mundo.—

María, cruzadas las manos sobre su pecho é inclinada la frente en señal de obediencia:—Hé aquí la esclava del Señor— exclamó.—;Hágase en mí su voluntad!—

Y como la Vírgen en su profunda modestia se creyese indigna de tan alta gracia; y como su mente se abismara en la misteriosa alianza de la maternidad con su inmaculada pureza:

— Dios es omnipotente — añadió el ángel; y nada hay imposible para Él.

Hé ahí tu prima Elisabeth, que envejeció

estéril, muy pronto dará al mundo un fruto de bendicion.—

María inclinó hasta el suelo la frente, y adoró á Dios en la grandeza de sus obras.

Pasadó el místico arrobamiento producido en ella por la celestial embajada, María se halló sola; el ángel se habia alejado; pero la maravillosa claridad permanecia resplandeciente en torno suyo: beatífica aureola, que hizo saltar de gozo en el seno de Elisabeth al niño que llevaba, cuando María, poseida de santa admiracion, fué presurosa á felicitarla por el prodigio que Dios habia realizado en ella.

—¿Cómo he podido merecer la dicha de que la Madre de mi Señor venga á mí?— exclamó la esposa de Zacarias, prosternándose ante la augusta peregrina.— ¡Bendita tú entre las mujeres! bendita tú, que llevas en tus entrañas al Anunciado por los profetas, al Deseado de las naciones, al Verbo de Dios!

—El señor se ha dignado descender hasta su esclava, y elevar mi alma á su grandeza

para que me llamen Bienaventurada las generaciones—respondió María, levantando en sus brazos á la santa matrona.

III.

Pasados tres meses en piadosas pláticas, y habiendo mecido sobre su regazo al Precursor, María, de vuelta á Nazaret, vió salir á su encuentro á su desposado, á José, llamado el Justo, que cayendo de rodillas ante ella—Elegida del Altísimo—exclamó, besando la orla de su túnica—dígnate habitar el hogar de tu siervo; y derrama en él la santidad que en tí se encierra.—

María tendió la mano á su esposo con la dignidad de Reina y el amor acendrado de una tierna consorte.

Y habitó bajo el humilde techo del carpintero, quien, aunque de real estirpe como ella, cual ella también era pobre y vivía del trabajo de sus manos.

Por aquel tiempo, queriendo el César saber el número de habitantes que poblaban su vasto Imperio, ordenó un padron que

llevó á sus súbditos á las ciudades de su nacimiento, para ser allí inscritos.

José y su esposa, abandonaron tambien su apacible casa de Nazareth para subir á Belen, la ciudad de David, su abuelo, y cumplir como vasallos el imperial edicto.

Mas, cuando, en humildes cabalgaduras hubieron llegado á la ciudad, llenábala una inmensa multitud que ocupaba las casas y posadas. Eran gentes acaudaladas que pagaban espléndidamente la hospitalidad.

Pero ellos, pobres y desconocidos en la ciudad de sus padres, fueron rechazados de todas partes; y como no encontraran hospedaje, y la noche habia llegado, y fuera húmeda y fria, hubieron de asilarse en una gruta que servia de pesebre á los rebaños; y allí buscaron descanso entre las tinieblas.

Mas, al mediar de aquella noche, una gran claridad iluminó la comarca; y una legion de ángeles, descendió al campo donde velaban unos pastores en guarda de sus ganados; y formando en torno de ellos una ronda celestial. —Alzaos—les dijeron y

olvidad vuestras miserias, porque acaba de nacer Aquel que viene á redimiros. Id á adorarlo y lo hallareis reclinado en un pesebre.—

Y elevándose en los aires, pobláronlos de melodías, cantando: ;Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!



VIRTUD INFANTIL.

I.

A corta distancia de uno de los pueblos del Norte del Perú, en una cabaña aislada entre peñascos y matorrales, vivía una pobre viuda, desamparada y sin mas compañía que una hija, niña de ocho años.

Aunque de tan corta edad, María era animosa, inteligente y trabajadora.

De dia estudiaba al lado del fuego, en tanto que hacia el almuerzo, y la merienda, que

servia á su madre bajo la fronda de una parra plantada por ella y que comenzaba á darles hermosos racimos.

El resto de las horas cosía y bordaba para las señoras del pueblo.

Al anochece, un anciano, antiguo preceptor del lugar, que habitaba una choza no lejos de allí, venia á sentarse á la mesa de la viuda, quien partía con él su frugal comida.

Después de la cena, María daba al anciano las lecciones que habia aprendido en medio á sus faenas domésticas.

El resto de la noche, hasta las diez, empleábalo en tejer blondas tan bellas, que desde la pobre cabaña donde sus ágiles deditos las confeccionaban, iba á lucir en los salones de Lima y en sus primorosos dormitorios, adheridas á la orla de fustanes, fundas y sábanas, bajo nevadas faldas y cobertores de terciopelo.

Luego, y durante una hora, leía en voz alta, para ejercitarse, algun libro útil ó piadoso, y repasaba sus lecciones.

Cuando el *guacco* daba su tercer canto,

María cerraba su libro, se arrodillaba ante la imágen de la Virgen, rezaba sus oraciones, recibia la bendicion maternal, y se dormía tranquila en su camita blanca, segura de que la cobijaba el ála invisible del ángel de su guarda.

A las cinco de la mañana, María se levantaba, barria la casa; lo aseaba todo, preparaba café para su madre y se lo servia en la cama.

Se bañaba y peinábase; vestia con coqueteria sus pobres ropitas y volvia á las mismas ocupaciones que llenaban su vida.

El domingo iba al pueblo con su madre, oia misa á su lado; paseaba asida á su mano en torno á la plaza; compraba alguna frioleira en las tiendas, otra en el mercado; jugaba con las niñas de su edad bajo las higueras de los patios, mientras sus madres platicaban sentadas á su sombra; y á la caida del sol, regresaba contentísima á su casa, cantando, saltando, volviéndose de vez en cuando hácia su madre, para darla gracias por los objetos que la habia comprado.

Y cuando llegaban á su pobre cabaña, pareciale á María que no la habia visto en mucho tiempo y lo contemplaba todo, extasiada: la mesa cargada de labor; las camas, hechas con esmero; el fogon con sus ollitas limpias; los conejos; las gallinas, á las que llamaba por sus nombres, y que acudian á comer las semillas y yerbecitas de los campos, que les traia en su bolsillo.

Y así pasaba para la niña el tiempo, sin que tuviera ni una hora de aburrimiento, porque todas estaban consagradas á alguna útil ó agradable ocupacion.

II.

Un dia que su madre habia ido al pueblo llevando costuras, llegó á la pobre casita un viajero; y viendo á María, que estaba regando una maceta de torongil en el jardincito del patio. —Buenos dias, hermosa niña —la dijo,—Serás tan buena que interce-

das con tu madre para que me conceda una hora de hospitalidad?

—Mi madre no se halla en casa, señor— respondió María—pero yo puedo rogar á usted en nombre suyo, que se apée y entre á descansar bajo nuestro techo.—

El viajero, encantado de aquella invitacion tan graciosa y amable, echó pié á tierra y siguió á la niña, que le dió asiento en el sillón de su madre, y le sirvió la taza de café que tenia preparada para ella. Todo eso con tanta sencillez, con tan afectuoso apresuramiento, que el viajero la contemplaba enternecido.

—Pero, hija mia—la dijo—¿crées que tu madre lleve á bien este agasajo á un desconocido?

—Oh! sí, señor ¿no es usted un peregrino?

—Ciérto! y de lejanas tierras llego.

—Pues ella me ha enseñado las obras de misericordia; y verá con gozo que sé practicarlas, y agradeceré á usted, ademas, que me dé la ocasion, ofreciéndole la sabrosa pe-

chuga de un pollo, que acabo de estofar para nuestro almuerzo. —

Y así diciendo, ponía delante del viajero, en un extremo de la mesa una servilleta muy blanca, un cubierto reluciente de limpieza y un plato de loza con la pechuga del pollo, flanqueada de una torta caliente, cocida bajo el rescoldo, y amasada por sus manos, para hacer de ella el pan del día.

—Esa es la ventaja que los pobres tenemos sobre los ricos: nosotras preparamos nuestro alimento; ellos reciben el suyo de manos mercenarias. ¿No es cierto, señor, que esa pasta tiene una delicadeza de que carece la que se confecciona en las panaderías?

—En verdad, hija mia, que está exquisita.

—Ah! señor!—exclamó la niña de pronto, y juntando las manos continuó—nosotras no tenemos vino!

—¿Qué importa eso, hija mia? Ahora mismo tenias en la mano un vaso de agua cristalina que beberé con gusto.

—Y si usted prefiriera un vaso de chicha? Le agrada á usted esa bebida del pobre?

—La chicha es para mí, hija mia, el mejor de los licores. Benditos los Incas, que nos la dejaron en herencia!—

Y tomando el vaso de espumoso líquido que la niña le presentaba,

—A tu salud, benéfica criatura!—dijo, inclinándose ante ella.

Y lo apuró con delicia.

—Gracias! señor.

Ahora voy á quitar el cubierto y poner en su lugar este vaso de flores. Son suches. Qué bien huelen! verdad? Pues, su perfume nunca se desvanece, aunque se sequen.

Pero, hé ahí á mamá, que viene del pueblo. ¡Pobrecita! ¡cargada con la canasta de *recado*! Voy á quitársela.—

Y corriendo al encuentro de su madre.

—¿Por qué te maltratas así, madrecita mia!—la dijo entre un abrazo y un beso.—Pudiste pagar un real á ño Asencio el carga-

dor, y te habria traído ese peso que para él, es nada; mas, para tí, es dañoso y superior á tus fuerzas.

—Pues hijita, héme aquí muy fresca; y con ese real te he comprado. Adivina qué!

—¿ Un carrete de hilo?

—No!

— Un dedalito.

— ¡No!

—¿ Agujas?

—No!

—¿Qué es, pues, mamá mia?

—Este bello grabado que tanto te gustó, en la tienda del librero.

— ¡Mi Niño Dios! mi lindo Niño Dios!— exclamó la niña, besando la mano á su madre.

—Gracias mamá. Pero sabes que en recompensa te reservo unas albricias? Adivina tú tambien.

—Cómo podré adivinarlo, cuando todo cuanto haces, hija mia, es loable y santo!

—Pero yo sé que entre eso loable de que hablas, hay algo que habia de agradarte mas: di!

—En verdad que no acierto. . . . Mas . . . ya! ya sé!

Habrás hecho un bello análisis gramatical, que te valdrá los elojios de tu anciano maestro.

—Mejor que eso. ¿Qué dices de practicar bajo nuestro pobre techo la hospitalidad?

—Oh! un peregrino!

—Sí: y venido de larga distancia.

—A pié?

—No; que su corcel está pastando detrás de la casa, la grama de mi praderita.

—Pero ¿dónde está nuestro huésped?

—Hélo aquí—respondió ella entrando en la sala, y señalando al viajero, que se habia puesto en pié, y saludaba con una profunda reverencia.

—Siéntese usted, señor, y sea el bien venido—dijo la viuda—Mucho agradezco á mi niña la satisfaccion que acaba de darme.

—Ah! señora! y yo cuán hondamente enternecido estoy ante la noble y generosa piedad de esta criatura!

Sola, en la casa, no temió la entrada en ella de un desconocido.

Pero, lejos de ello, acojióme con la dulce confianza de una antigua amistad, y el agasajo y solicitud de una hija.

Encontrárame confundido ante tanta bondad, si no estuviera encargado de darle su recompensa.

—Qué dice usted señor! El deber no es un mérito, y su recompensa está en cumplirlo.

—Pues, para que vean ustedes que Dios me reserva la dicha de premiar la virtud de esta niña, escuchen esta historia que en pocas palabras voy á referirles.

III.

—El gorro, el poncho y la vicuña que me envuelven ocultan mi estado.

Soy sacerdote.

A estas palabras, el viajero se descubrió mostrando tonsurados, sus blancos cabellos.

María se puso en pié y besó la mano al ministro del Altísimo.

Este continuó.

—No há mucho, viajando por Europa, fuí á pasar el invierno en Niza. Alojéme en un hotel con hermosas vistas al Mediterráneo, rodeado de jardines y arboledas.

Vecino á mi cuarto, ocupaba un departamento de primera clase, una mujer jóven y bella, aunque en extremo pálida.

Parecia enferma; y todos los dias, á la hora que el sol brillaba en el cenit, salia acompañada de una jóven negra que la servia, y con lánguidos pasos iba á sentarse en un banco del jardin.

Allí, permanecia horas enteras meditando, con las manos cruzadas sobre sus rodillas y la mirada vagando, triste, en el vasto horizonte que de allí se descubria.

La negra, sentábase en el suelo, y colocaba en su regazo los piés de su señora.

Un día, el sol pasó sin que la pálida jóven viniera á buscar sus calorosos rayos en el banco del jardín.

A los alegres visitantes que llenaban de ruido su salon, sucedieron otros taciturnos y sombríos: eran médicos.

Un día salieron moviendo la cabeza con signos de mal agüero. Y no volvieron mas.

Ese día al anochecer llamaron á la puerta de mi cuarto. Era la negra.

— Señor — me dijo en excelente castellano, y con el agradable acento popular de Lima — mi señorita desea hablar con su merced y le ruega se digne escucharla, no aquí, sino al lado de su cama, donde la tiene postrada ya, su terrible dolencia. —

Y la negra, llorando con angustia, me condujo á la suntuosa morada de su ama.

Pasmáronme los rápidos efectos de la tísís en aquella hermosa jóven.

Era ya un cadáver.

Todos la habian abandonado: todos, excepto la pobre negra, que arrodillada al pié

del lecho, volvía el rostro para ocultar sus lágrimas.

—Acérquese usted señor—dijo con voz apagada, la moribunda—Gracias, por la prontitud con que se ha dignado usted acudir á la demanda de una desconocida.—

Díjela que todos éramos hermanos en Jesucristo, y nos debíamos auxilios y protección.

—¡Ah!—exclamó ella—cuán buena, hermosa y consoladora es la religion, aún para aquellos que la olvidan.

Yo, padre mio, nací y me eduqué bajo su santa ley; pero las riquezas y las vanidades del mundo me perdieron.

Mas culpable que una pagana, conociendo á Dios, he vivido sin pensar en Él, ni rendirle su debida adoracion!

Las riquezas que su munificencia me habia dado hélas consagradas al culto de mi cuerpo, este ídolo de barro que yo cargaba de joyas y telas preciosas, cual si hubiera de ser eterno, y que ahora yace destruido, y próximo á volver al lodo de que fué formado.

Hé aquí, llegada á su término esta vida que se ha deslizado breve como un ensueño; inútil como un raudal al través de un yermo.

Mas, Dios en su misericordia ha permitido á la pecadora volver atrás, desandar el mal camino, y hacer, al fin, aquello que descuidó en el principio.

Aunque usted no me conoce, padre mio, yo crecí oyendo de su boca la palabra de Dios, allá en mi pueblo natal, del que era usted cura.

De manos de usted, recibí por vez primera la santa Eucaristia, un dia que siendo muy niña aún, arrebatada de fervorosa uncion habíame acercado á la sagrada mesa, y juntas las manos, esperaba el augusto momento.

Usted fijó los ojos en mí y elevando la hostia — Niña — me dijo — ¿sabes lo que este divino misterio encierra?

— El cuerpo de Jesu-Cristo — respondí yo, entreabriendo mis labios.

— Recíbelo! — articuló usted con profunda emocion.

Y mostrando á la venturosa niña, dijo á los fieles que llenaban el templo :

— “ Si no os haceis como uno de estos, no entrareis en el reino de los cielos “ —

La moribunda vió en mis lágrimas que la habia reconocido.

— Oh! padre mio! exclamó—; qué diferencia entre ese ángel y la pecadora que os habla!

— Hija mia! —repliqué procurando dominar mi enternecimiento.

— Aquel que así habló un dia, respecto á la inocencia, dijo, tambien que el arrepentimiento era igualmente agradable á Dios, y subia cual *olor de suavidad* hasta su trono divino.—

En el demacrado semblante de la enferma brilló un rayo de gozo.

— Oh! padre mio! ya es un signo de perdon el haberos enviado cerca de mí. —

Y buscando debajo su almohada un pliego sellado.— Tomad, padre mio— me dijo alargándomelo con mano desfallecida—

este es mi testamento. Ruegoos que seais su ejecutor.

He dividido mis bienes en tres porciones: Dad una á los pobres; una á esta buena negra, que, cansada de llorar, está ahí durmiendo las largas vijilias de mi asistencia.

En cuanto á la última porcion, dotad con ella á la niña mas buena, laboriosa y caritativa de nuestro pueblo—

Acepté aquella santa mision, y la jóven, confiada en mi promesa, murió tranquila en los brazos de la pobre negra, que lloraba desconsolada.

Cumplí fielmente la última voluntad de la moribunda: Los pobres bendijeron su memoria y pagaron sus beneficios con plegarias.

La negra regresó á Lima, trayendo consigo los restos de su señora, que no quiso abandonar en tierra extranjera.

Y yo, señora,—añadió el anciano sacerdote, dirijiéndose á la viuda—he hallado en esta criatura la niña buena, laboriosa y caritativa, á quien quiso dotar la pobre finada.

Tuyo es, hija mia, el resto de esos bienes que ella legó á tan piadoso fin.

—Ah! señor—respondió María—si es la voluntad de Dios que yo posea esos bienes, acéptolos, pero será para emplearlos en el alivio de los desgraciados.

Lo apruebas mamá?

—En verdad, hija mia, que en ello no harás sino seguir el pensamiento que dictó ese legado.

Ahora ¿qué harás para realizarlo?

—En primer lugar, si te parece bien, compraremos el terreno en que está situada nuestra cabaña; y cerca de ella, haremos edificar, entre jardines, una casa espaciosa y cómoda, donde recibiremos niños huérfanos y sin asilo y ancianos enfermos y desvalidos.—

La viuda abrazó á su hija llorando de gozo, y el sacerdote la bendijo, llena el alma de profunda emocion.

IV.

Un año mas tarde, entre un jardin y una huerta, alzabase un hermoso hospicio, dirigido por la venturosa madre de su infantil fundadora, empleada tambien, como sirvienta y profesora en aquel benéfico establecimiento.



LA VIDA AL PASAR.

LA VIDA AL PASAR.

A MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

I.

OVACION Á LA VIRGEN.

Una fiesta en el Callao, fiesta del todo mundana!

Una boda!

En el mismo día, á la hora misma, una fiesta en la Iglesia Monserrat, fiesta piadosa. Una ovacion á la Virgen.

En aquella baile, cantos, banquete, charlas.

En ésta se ora, se medita, se adora.

Por cuál decidirse.

—Vamos al Callao.

—Vamos á Monserrat.—

Y el grupo dividióse en dos fracciones:

El grupo masculino se dirige á la estacion.

El grupo femenino costea las calles de Valladolid, Piedra, Gremios; sigue adelante y se detiene en fin, á la puerta de un templo brillantemente iluminado.

Perfumadas flores, mezcladas á magníficos ramilletes artificiales, lo adornan con profusion; el aire está saturado de aromas exquisitos; el órgano exhala patéticas melodías, acompañando voces dulcísimas que elevan himnos al Eterno.

El tabernáculo está descubierto, y la magestad de Dios llena el santuario.

Sobre dos filas de reclinatorios, oraban ó meditaban prosternadas, una multitud de hermosas jóvenes, en cuyo silencioso recogimiento, adivinábase una anhelante espera.

La misa comenzó, entre ondas de incienso y de melodía que poblaban la mente de místicas visiones.

Despues del evangelio, ocupó la cátedra un hombre sublime. Alto, pálido, demacra-

do, como aquellos, que segun la expresion del profeta, devora el amor divino; llevaba en su ancha frente, el sello de una beatífica serenidad.

Habló, y su voz suave é intensa, como el perfume de la violeta, difundióse en todos los ámbitos del templo. Habló, y su palabra elocuente, poderosa, llena de unción, de convicción profunda, penetraba en el corazón como un bálsamo santo y sacudía el alma con misteriosas vibraciones.

Yo lo escuchaba conmovida, maravillada, derramando dulces lágrimas que aliviaron el corazón de su inmensa pesadumbre; y cuando calló, escuchaba todavía su voz como una música lejana.

Dichoso, quien, en la última hora de la vida, recibiera la unción de esa palabra que embalsame su alma, y le sirva de viático en la peregrinación eterna.

Al concluir la ceremonia, la linda patrona de la fiesta, dejando su reclinatorio, fué á sentarse ante la mesa de la limosna.

Una señora que estaba allí, cerca, pensó

que debia hacer una erogacion. Para ello habia echado en la bolsa un sol del setenta y cuatro.

Pero oh! contrariedad, habíala olvidado en su casa.

—Luisa—dijo á una jóven que estaba á su lado, — tiene usted dinero?

—Oh sí, — contestó ésta con denuedo.

—Pues, separe su limosna y déme á mí el resto.—

La jóven busca en el bolsillo y tendiendo la mano cerrada, dejó en la de la señora. . . . una peseta.

— Poco es, — dijo ésta, — pero en fin.—

Levantóse para salir, y al dejar el templo, pasó por delante de la mesa para dejar su ofrenda. Pero cuál sería su estupor al ver el azafate de la limosna lleno de relucientes soles, festoneados de billetes de á veinte.

— Yo no doy una peseta—dijose, é iba á pasar adelante; cuando alzando, por acaso, los ojos, en un altar que estaba al frente, encontró una imágen de la Virgen que la

miraba con severa expresion, cual si vituperase aquella nécia vanidad.

Asustada por aquella alucinacion, soltó en el suntuoso azafate, su pobre pesetita que hasta tenía el defecto de ser agujereada, y que dió un tristísimo sonido, al hundirse entre aquellas resplandecientes aristocracias.

II.

ESTILETOS FEMENILES.

—Ay! niña! ¿quién te arañó?

—Déjame, que fué por defender á mi hijo.—

Asi preguntó una mujer que venía, y respondió otra, que iba delante de mí.

Eché sobre ésta una ojeada y ví sus mejillas surcadas por líneas sangrientas, cual sí las hubiera trazado la punta de un puñal.

—¿Pero quién fué el demonio que hizo tal horror en tu cara?—continuó la interpe-lante.

—Figúrate que llevaba de la mano á mi

hijo en la calle. Un alemán alto, espaldudo, colorado, con unas patillas color de infierno y un garrote por baston, viene, quiere pasar adelante, se enreda en la cola de mi falda y cae cuan largo es. Mi hijo ríe. ¿Qué sabía el inocente? Mas, el maldito hereje, sin entender de bromas, levántase furioso y alza el palo para sacudir á mi niño. Pero, yo, mas lijera que él, arrojéme delante y me prendí de sus patillas, con tal fuerza, que desperté bañada en sangre

Tenia las uñas clavadas en mis propias mejillas.

—¡Malhaya tu pesadilla, y la manera de contarla.

—¡Ah, hija, de algun modo he de volver á alguien, el chasco que yo me dí,

III.

INGRATITUD.

Las últimas nieblas del invierno se desvanecen ya, al secante soplo del nordeste.

Hé ahí el éter con su azulado manto recamado de estrellas.

He ahí el sol con sus espléndidos rayos, con sus nacarados celajes y su cálido aliento.

¡Bienvenido sea el astro benéfico que trasparente el espacio, matiza las nubes, abre las flores, sazona los frutos y da vida al universo!

Pero.....ah! este himno que repiten todas las voces de la naturaleza, es en Lima rechazado como una herejía. No podeis decir — qué día tan hermoso! — sin que os respondan:

—¿Con este solazo que trae la fiebre amarilla?

—¡Y la escarlata!

—¡Y las viruelas!

—¡Y la pulmonía!—

No hay influencia perniciosa que no la achaquen al padre de la luz, en esta su ciudad favorita, la capital de su imperio.

Qué hijos tan ingratos son los hijos del Sol!

IV.

LOS REYES DE LA HABA.

—Has ofrecido darnos esta fiesta—entraron diciendo con aire contristado, el treinta y uno de Diciembre, las lindas hadas que visitan mi hogar.

—Y la tendreis—dije, mostrándolas en lo alto de una de las montañas de Judea, formada con musgosas rocas arrancadas á la bajada del Barranco, los tres coronados viajeros, que llegaban guiados por la estrella de Belen.

—¡Ay, hija, es el caso que todas nosotras tenemos que ausentarnos, antes del dichoso dia. Papá me lleva el lúnes á Huacho.

—Yo me voy pasado mañana á Chorrillos, mamá quiere tomar un mes de baños.

—Mi abuelita carga conmigo á Ancon.

—Mi hermano me llama á su boda, que se efectua el seis en La Magdalena.

—Pues, no obstante, la fiesta tendrá lugar.

— Con otras !

— Con vosotras.

— Nosotras estaremos lejos.

— ¿Qué importa? Querer es poder.

— No sé como harás.

— Ni yo.

— Ni yo tampoco.

— Dejad, dejad, que de ahora á entonces, hay mucho cable que *jalar*, como dice no sé quién. A qué pensar en mañana, debiendo hallarnos hoy reunidas en la última velada del año?

La casa mas pobre tiene un aire esplendoroso para quien entra en ella con la idea de una fiesta. Además, en esta ocasion, casi todas eran jóvenes y bellas.

La belleza es luz. Así, el salon, estaba doblemente iluminado.

Su desnudez, remedaba los agostados campos de Judá, cuya ciudad se divisaba en el fondo, dominada por el divino pesebre.

Al pié del monumento y colocado sobre

un almohadon, habia un azafate misteriosamente cubierto, que excitaba una viva curiosidad; pero estaba defendido por tantos alfileres, que desalentó los traviesos dedos que osaron acercársele.

A las doce menos cuarto, el té trajo consigo un enorme bizcocho de Chancay, que tomó luego la forma de una rueda, cuyos rayos se repartieron con gran contentamiento de las niñas, que alargaban la mano, imitando á los chiquillos, para pedir su porcion, y la alegria se pintaba en todos los semblantes. En todos?

No; que la casualidad habia reunido á una matrona con un pretendiente reprobado por ella, pero amado de su hija; y ella estaba ceñuda, y él, con toda la confusion de un delincuente.

Mas, esos puntos negros desaparecian entre las ondas de gozo que circulaban en graciosos chistes y alegres carcajadas.

De súbito, óyense, casi á la vez dos gritos de sorpresa.

Donatilda M. y Victor G. han sentido la

resistencia de algo como un guijarro entre la sabrosa pasta de Chancay.

—¡Vivan los reyes de la Haba!—gritaron muchas voces; y abriéndose las puertas, entraron pajes, escuderos y doncellas.

Estas, levantaron en fin, el paño que ocultaba el misterioso azafate, descubriendo dos reales mantos, dos bandas estrelladas, dos cétros y dos coronas: una de rosas blancas, y otra de dorados laureles, con que revistieron á los soberanos de nuevo cuño.

Nada tan bello como estos dos jóvenes bajo esas galas de la grandeza mundana; el uno, terciado el manto, la banda al pecho, y al brazo la jarretera; ella, con su vestido blanco de azulada transparencia y prolongada cauda, semejante á una cascada de espuma; cruzado el pecho por una echarpa celeste sombrada de cruces, y sobre sus negros cabellos la florida guirnalda.

Sentámoslos ceremoniosamente, sobre un trono de cojines, y formamos círculo en torno de ellos.

—¡Y bien!—dije á mis bellas amigas—

¿no ofrecí daros la fiesta de la Haba? Héla aquí. ¿Qué importa que sea el día de Reyes, ó el de San Silvestre?—

En ese momento el reloj dió las doce.

Una gozosa exclamacion acojió la última campanada y el vecino de la derecha abrazó á su vecino de la izquierda.

Tambien, por casualidad, la suegra recalcitrante se encontraba en este rumbo, respecto á su azareado pretendiente.

La alegria predispone á la benevolencia. Por eso, la señora tras un momento de vacilacion, volvióse á él; y encontrando su mirada suplicante, fija en ella, tendióle al fin los brazos. El jóven se arrojó en ellos, exclamando en tono interrogativo—Madre mia ?

—Hijo mio!—respondió ella.

Así, la fiesta que solo tuvo por objeto alegrar á unas lindas muchachas, dió la felicidad á dos çorazones que se amaban.

V.

EN LA GUERRA CIVIL.

La riente Lima está triste; envuélvela una atmósfera de duelo.

Sus hijos, requiriendo la espada, corren á la guerra.

¿A una guerra nacional? Regocijémonos!

No! en son de combate, van al encuentro de sus hermanos!

¡Plegue á Dios librarnos de una guerra fratricida!.....

Los días trascurren tormentosos, al son de marchas bélicas; fúnebres marchas, que alejan, camino de la guerra, á tantos hombres, ornato de la sociedad: padres, esposos, hijos, novios, hermanos.....

¡Cuántos hogares vacíos de alegría y de felicidad!

¡Cuándo volverán esos queridos ausentes?

¡Quién sabe!

Son tan impenetrables las nieblas del porvenir, por mas que la esperanza se empeñe en transparentarlas con rosados colores!

De todos esos corazones divididos ¿cuál es el que no tiene ni quiere consuelo? Díganlo estas frases recojidas aquí y allá, de lábios, que, poco antes, habian dado dolorosos adioses.

—Esta noche tenemos un palco de segunda, muy bien situado. ¿Vendrá usted con nosotras á admirar á la Repetto?

—Con gusto; pero usted está triste. ¿No hará en ello un sacrificio?

—¡Oh! no! Papá al despedirse, me recomendó distraer mi pena, y, en efecto ¿qué ganaria pensando en los peligros de la guerra?

— ¡Cuánto nos ha enternecido la tristeza que Cárlos se esforzaba en ocultar! Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando te reunió en un abrazo con los niños.

—Apenábalo, sobre todo, el alejarse de ellos en el mes de los regocijos infantiles. Pero yo lo reemplazaré. He de hacerles una

fiesta de noche buena, con árbol, baile y cena, que no hayan visto semejante los queridos angelitos.

—Vengo del Callao. ¡Partieron! Qué contento va mi hermano! Lleva en perspectiva Arequipa: la vision de sus ensueños. Adios, que se hace tarde, y voy corriendo á vestirme y renovar mi peinado, para ir á la *soirée* de Florita. Tú estas igualmente invitada. ¿ Vas ?

—Eso depende. ¿ Qué semblante mostraba Luis al embarcarse ?

—El que debia llevar en tal ocasion, sereno.

—El qué debia llevar! ¿ Por qué no es todavia mi esposo? Bueno! yo tambien serenaré mi rostro; alegraré mi alma, y no me daré al dolor. Voy contigo á la *soirée* de Florita.

EN LA CASA.—Mamá, la sopa está en la mesa, ven á tomar algo; hace dos dias que te obstinas en no comer.

—No tengo ánimo para ello.

—Vas á dejarte morir!

—No, que el dolor es la vida de las madres.....—

Escúchabase el lamento desgarrador de la voz de Ramá en la estacion del ferro carril del Callao; y como dice el profeta: “Raquel lloraba á sus hijos y no queria ser consolada.”

Sin embargo vi dos madres que abrazadas, iban, la una llorando; la otra, enrojecidos los ojos, enjugaba los de su amiga, y le decia con cariñoso acento:

—¡Basta, María, basta!

—¡Basta!—replicó la otra, exasperada por el dolor, volviéndose con un ademán sublime,—¡No! quiero llorar todas las lágrimas de mi corazon! Quiero llorarlas delante del desnaturalizado padre que ha entregado á mi hijo!

—Ven á derramarlas ante el Padre celestial: El, te devolverá á tu hijo—insistió la otra; y entró con ella á un templo.....

Cuán dulce es en medio á las agitaciones y tumultuosos vaivenes de la vida humana, buscar un refugio para el alma dolorida en

el fondo de un templo, al arrullo de la palabra divina.

VI.

LAS AVES VIAJERAS.

Partió la melodiosa bandada que venia cada dia á posarse en torno mio, alumbrando mi alma con la luz de su alegría.

Ellas me traian los rumores del mundo, las sonrisas de la vida.

¿Cuándo regresarán estos argos queridos de límpidos ojos, que todo lo ven?

Preciso era reemplazarlos, yendo á mezclarse á las palpitaciones de aquella populosa Lima, que si muchos encantos ostenta, encierra tambien como parte integrante del *Valle de Lágrimas*, hondos dolores.

Entre los mármoles de sus palacios, bajo sus áureos artesonados, banquetes y saraos, regocijo; entre la sombra de los tugurios que los avecinan, hambre, desnudez, desesperacion.

Ah! ¿ por qué el rico, al hacer limpiar el polvo que se asienta en las doradas cornisas de su alcázar, no hace desaparecer también la miseria de la morada del pobre?

Cómo guardar el bienestar que nos sobra, si otros carecen de él?

Un centenar de cartas esperaba mi regreso á casa.

Las habia de Huacho, de Chorillos, de la Magdalena.

Por el perfume exquisito que otras exhalaban, adivinábase que acababan de dejar el elegante retrete de una bella.

—Es imposible,—decia una de las primeras—es imposible que haya en el mundo, un paisaje tan encantador, como el que en este momento, contemplan mis ojos en ésta tierra de las naranjas y de los *animales sin nombre*.

Sentada en lo alto de un mirador, tengo á mis piés el pueblo, con sus casas pintorescas y sus interminables huertas, cuya matizada fronda se extiende á lo lejos en ondulaciones interminables; á mi derecha el

Infinito, con sus azuladas olas, su majestuoso silencio, y su horizonte misterioso.

Pero yo no amo la vida contemplativa, y prefiero á estos esplendores de la naturaleza, el tumulto de las calles de Lima, la vista de las vidrieras, de sus almacenes, los palcos de su teatro, las bulliciosas pláticas de sus salones. Mis ojos, buscan sin cesar el punto que ocupa en el espacio, y entre la oscuridad de la noche, creo divisar la ardiente zona que la circunda.

—Me fastidio á no poder mas—decia otra—en este pueblo solitario, sin tener á quien hablar, y con una luna de miel al lado! ¿Conoces tú algo tan empalagoso como un par de novios? Parecen dos maniáticos.

Nombra ella á un hombre? El la mira con una fijeza brutal, cual si quisiera arrancarle del fondo del alma un recuerdo del pasado. Alaba por casualidad mi hermano algo en una mujer. La suya se echa á llorar, y no quiere comer, y se va á esconder

en la huerta y es necesario ir á buscarla, rogarla y traerla en triunfo.

Te aseguro que nunca podré amar á mi cuñada, á causa de haber presenciado sus necesidades de recién casada.

Hace bien esa gente, de ir á pasar á solas, en un hotel ó viajando, esta faz impertinente de su existencia.

—Chorillos comienza á tomar un aspecto fantástico—refiere una tercera—Sus salones se abren, se iluminan, se pueblan de hermosas que agrupadas en los corredores á la luz prestigiosa del gas, adornadas con el lujo y la gracia que son nuestro patrimonio, hacemos de este venturoso paraje, una region encantada ; el país de las hadas, con su reina, silfos, etcétera. Pero yo soy demasiado altiva, y tú dices que muy bella No entiendes? Llámame, pues, la reina de las hadas!

VII.

ROSA MERCEDES RIGLOS DE ORBEGOSO.

Un día, atravesando la plaza de la Victoria, uno, de dos hombres que iban delante de mí, dijo en una conversacion ya comenzada, y señalando un edificio de construccion antigua:

—He ahí la casa de Riglos, uno de esos nombres ilustres, desaparecidos de un país para ir á florecer en otro.

—Espere usted—interrumpió su interlocutor,—En el “Autógrafo Americano”, seccion Perú, he leído uno, bellissimo, de Rosa Mercedes Riglos, datado en Lima.

Entre otras preciosas frases, ricas de diction y de sentimiento, tiene estas, que me cautivaron:

—“Tanto, como la dicha de haber visto la primera luz de la vida en esta bella Lima. habríame sido dulce comenzar la existencia á las orillas del Plata, en esa heroica ciudad,

'cuyo hermoso pabellon ondeó sobre mi cuna "—

No pude escuchar mas: los que hablaban, desviáronse de mi camino,

Pero la mente y el corazon, recordaron con ternura á aquella amiga querida, esa mujer de alta inteligencia y suprema distincion, que brilla como un astro en el cielo literario de Lima y en su alta sociedad; y que tanto habria brillado, tambien aquí, en la patria de sus padres.



DERROTAS DEL HEROISMO

DERROTAS DEL HEROISMO.

AL DOCTOR RAMON CASTILLA.

I.

Miraflores, la bella estancia de las orillas del *Pasaje*, hallábase un día en grande consternacion.

Desde la *Sala* hasta el último rancho, oíase exclamar entre ayes y lágrimas:

—Guapito se muere!—

Guapito, el intrépido cazador de tigres; el mas fuerte y activo de los peones; el guitarrista; el payador; el alma de los festejos; yacia, preso de horroroso delirio y atado de piés y manos, para impedir que se arrojara de la cama.

En un caluroso día, en medio á las labores del campo, habíalo asaltado el *grano malo*, enfermedad contagiosa y mortal, en aquel clima ardentísimo.

Una ancha aureola roja circuia la mejilla del paciente, concentrándose en círculos cada vez mas encendidos, que terminaban en un punto negro, protuberante, siniestro: *el grano malo*.

Mi madre, preocupada, á la vez, por la situacion del enfermo y el temor al contagio, en una casa de numerosa familia, colocó á aquel en un cuarto aislado, y envió al mismo tiempo dos correos en busca de médicos, á Salta y á Tucuman, ordenándoles la mayor diligencia.

—Señora—dijo ñor Isidro, un viejecito del Seibal, que acertó á llegar en ese momento—de aquí á que esos hombres hayan galopado, cada uno, sus cuarenta leguas y vuelvan con los doctores, tiempo hay para que Guapito se muera tres veces.

—¿Qué hacer?—respondió mi madre, confundida—He agotado todos los remedios ordinarios; pero este mal, terrible, necesita los altos recursos de la ciencia.

—No hay ciencia que iguale á la experiencia—repuso ñor Isidro.—Cada una de

estas—y estiraba las largas hebras de sus cabellos canos—cada una de estas, es un grado de *dotoreria*.—

Mi madre rió del neologismo, pero convencida de aquella verdad, suplicó al viejecito la auxiliara en el presente conflicto.

Ñor Isidro se echó á pensar.

—Conozco muchos remedios para esta enfermedad—dijo con la suficiencia de un Hipócrates—uno sobre todo, eficaz, infalible.... Solo.... que....

—Qué? —interrogó mi madre—Hable Vd. ¿Cuál es esè remedio?

—El vientre del sapo.

—Jesus!

—Si, señora: el vientre del sapo aplicado al absceso. Sí; y desafio con esta receta al mas afamado médico.

—*Solo que*—ha dicho Vd.—observó mi madre,

—Mi *solo que*, era una prevision del *Jesus!* de Vd., señora; porque, en verdad, el sapo inspira á todos, á mí, el primero, una repugnancia, qué digo? un terror insupe-

rable; y temo que nos encontremos preguntándonos, quién pondrá el cascabel al gato.

— Ah! — decía mi madre — yo, á pesar del miedo, no vacilaria; pero habia de serme imposible tocar á ese horrible animal, sin espasmos nerviosos, que impedirian la aplicacion. —

Y volviéndose á las criadas, allí presentes:

— Te atreverias á ello, Teresa?

— Oh! no, señora — respondió la vieja nodriza.

— Y tú, Valentina?

— Por Dios! señora, moriria de miedo.

— Y tú, Rosalia? —

Esta, una mocetona fornida, lloraba, aguardando igual pregunta.

A mí nadie me solicitó.

Era una chicuela de ocho años; pero como no tenia miedo á los sapos, vínome á la idea tentar aquella aventura; y sin escuchar el fin de la consulta habida entre mi madre, ñor Isidro y las sirvientas, eché-

me á buscar sapos en los alrededores de la casa.

II.

Media hora despues, regazada la falda, traia en ella una docena de estos animalitos tan inofensivos y sin embargo tan odiados y perseguidos.

Apretándolos contra mi cuerpo para impedir que se escaparan, deslicéme en el cuarto del enfermo.

El pobre Guapito, tendido de espaldas, atado á las columnas del catre, pálido, y la mejilla cubierta por un círculo sangriento, deliraba, *payando* la relacion de sus atroces torturas.

Aterraba oír aquel canto lúgubre, interrumpido por hipos y estertores.

Pero, yo habia venido con la intencion de ejecutar una hazaña; y cobrando ánimo acerquéme al enfermo y cubrí la mancha roja de su mejilla con el sapo mas grande de mi coleccion.

Cual si lo hubiese echado á un charco, el pobre animal comenzó á cantar. Y agitábase bajo mi mano, como si quisiese nadar. . . .

Aquella canturia, eran gemidos; y esós movimientos, contorsiones de dolor.

De repente, la voz del sapo se extinguió. Su cuerpo, tan frio, tornóse ardiente.

Cambiélo con otro, que cantó, agitóse en convulsiones, y sufrió los mismos tranques.

Pero á medida que los sapos se sucedian, cantando sobre la mejilla de Guapito, este callaba y cesaban los hipos y estertores. Copioso sudor bañó su cuerpo, y una pesada somnolencia comenzó á embargarlo.

Al verlo inmóvil, crei que se moria, y grande miedo se apoderó de mí: miedo de que achacaran aquélla muerte, á mi temerario arrojo.

Sentí voces y pasos que se acercaban, y corrí á ocultarme bajo la carpeta de una mesa.

Mi madre, seguida de las criadas, entró y se acercó al enfermo.

—Gracias á Dios! — oíla exclamar — se ha salvado! Hé aquí el sudor copioso y el sueño tranquilo, precursores de una crisis favorable Pero qué! si la fiebre ha bajado inmensamente! —

En ese momento, un grito, dos, tres gritos estallaron á la vez :

— Los sapos!

— Los sapos!

— Los sapos! — exclamaron las criadas, dando saltos en torno á un monton de estos animales que yacian muertos, hácia arriba los amarillos vientres, salpicados de manchas amoratadas.

— La receta de ñor Isidro! — dijo mi madre con asombro — ¿Quién ha podido aplicarla?

— ¿Quién, sino yo que no tengo miedo á los sapos? — dije, saliendo muy ufana de bajo de la mesa.

Mi madre dió gritos de espanto; y aca-

bó, haciéndome recitar el *Magnificat* para preservarme del contagio.

La convalecencia de Guapito fué rápida; y cuando llegaron los doctores, Scribener y Verdia, encontráronlo sentado en la galería, entre los brazos la guitarra, ensayando las trovas del próximo carnaval.

¿Y yo? Poseída de orgullo, créame la heroína de un hecho maravilloso; y de pié ante los doctores, aguardaba el fin del relato de mi madre, para recibir la ovación que me era debida.

Pero ¡oh decepcion! los médicos rieron de la receta de ñor Isidro, achacando á la casualidad, aquella curacion milagrosa. Volviéronse contra mí; asquearon mis manos, que empleara en el manejo de tan inmundos reptiles, y aconsejaron á mi madre me prohibiera, con rigor, esas peligrosas voluntariedades.

Y Guapito mismo, el ingrato! jamás me perdonó el haberlo vuelto á la vida con ese detestable remedio.

Pero qué, mucho qué aquellos médicos,

que habian galopado cuarenta leguas para venir á curar á un enfermo y lo hallaban restablecido, *despechados*, renegaran mi remedio; y que Guapito, el presumido, me achacara á delito, el haber alojado en su mejilla esos detestados huéspedes; si, ahora, en una época tan lejana de aquella de terrores y supersticiones, ahora, que con sangre fria se manipula á esos pobres seres, para entregarse con ellos á las crueldades de la viviseccion, ayer mismo, un hombre ilustrado y valiente, díjome, transido de horror al oír el relato que antecede:

—No me asombra que haya Vd. tomado parte en revoluciones, levantado barricadas y asistido á combates: asómbrame, y me aterra, pensar que ha tenido en sus manos ese horripilante animal.



BIBLIOGRAFÍA.

BIBLIOGRAFÍA.

I.

• Conferencias. •

Entre las bellezas que contiene este último libro de la señora Josefina Pelliza de Sagasta, entre sus sabias enseñanzas, ninguna lo es tanto, como su santa propaganda contra el funesto delirio de esas insensatas, que al grito de — *emancipacion de la mujer!* — pretenden asaltar tribunas y curules, abandonando el hogar, fuego sagrado, donde se elaboran las naciones.

Ella que, hermosa, inteligente, adorada, brillaria, cual ninguna, en esa region fantástica soñada por aquellas ilusas; ella que, con esos tres poderosos móviles, podia optar á todo, sabe que el reino de la mujer es el hogar; su trono, el escabel de su alcoba.

Desde allí, idolatrada de su esposo, rodeada de sus hijos, una legión de ángeles, dando el ejemplo de la felicidad de la mujer en la tierra, nos envía los frutos de su inteligencia: libros que todos leemos con delicia, porque tienen el sello de la gracia y la bondad de su autora.

II.

• Dorrego. • — • Glorias argentinas. •

Preparábame á dar opinion sobre estas obras del señor Mariano A. Pelliza mas, habiéndome anunciado este, tener cartas mias á su respecto, he preferido las impresiones expresadas en el seno de la mas íntima amistad; y hoy, les doy publicidad, venciendo naturales repugnancias.

Querido amigo:

Por Julio, sé que usted no ha recibido mi carta contestacion á la suya, amabilísima, fraternal y consoladora.

Fácil será á usted imaginar con que soli-

cidad me apresuraría yo á darle respuesta.

Decia á usted que cada línea de su carta, habíame traído un consuelo, una voz de aliento, una esperanza.

Desde ese día, no lloré mas; porque usted me demostró que para el alma de Mercedes, la tierra era una morada estrecha y triste, donde sufría nostalgia, asfixiándose en el helado hálito de este mundo.

Sí: decíanlo sus dolientes versos; decíalo el éco mismo de su voz, quejumbroso y triste.

Nó; ya no lloro su muerte, que, cual usted dice, ha sido el principio de su verdadera vida.

Doime, ahora, al culto de su memoria: estoy reuniendo sus poesías y sus escritos en prosa, que ella no tenía cuidado de conservar. Cantaba, y como las aves, derramaba y olvidaba sus cantos.

Voy á hacer de ellos y de lo que respecto á ella se ha escrito, una publicacion mixta: su biografía escrita por Obligado; su corona fúnebre; y últimamente—*Ecos del destier-*

ro.—Título dado por ella á sus composiciones, publicadas, casi todas, durante su larga proscricion de Bolivia, en la época de Melgarejo.

En mi carta hablaba tambien á usted de su—DORREGO—y de las impresiones que me produjo su lectura.

Decíale que, su bello libro, habia derribado muchos ídolos del santuario de mi entusiasmo, pero que habia, en cambio, avivado en las gráficas memorias de la infancia, escenas y palabras que hicieron en mí, profunda impresion.

Mi padre era gobernador de Salta.

El norte argentino estaba tranquilo; pero en el sur la guerra civil agitaba su fúnebre tea.

Un dia que mi padre trabajaba en su despacho, y que yo á su lado, apoyaba mi brazo en su rodilla, un correo cubierto de polvo, introducido cerca de él, puso en su mano un pliego.

Mi padre, al leerlo, exclamó:—Ah, malo! malo! malo! No es

con sangre que se consolidará la Patria que acabamos de conquistar ! —

No de allí á mucho, el esposo de mi hermana recibió una carta. El, habia estado muy triste, desde la llegada de aquel pliego que arrancara á mi padre tan dolorosa exclamacion.

Leyendo aquella misiva, Manuel Puch lloraba.

Quise saber el motivo de su llanto, y lei por sobre el hombro de mi cuñado:

— “*Tocayo*” — escribía una mano de mujer. — “ ¿ Recuerda usted la dulce intimidad “ que me hacia darle este nombre, con que “ lo llamaba á usted nuestro Dorrego? Ay! “ de aquel tiempo venturoso, nada queda “ yá, sinó un sepulcro, y una viuda desolada. “ Eso es, ahora, aquella á quien usted “ llamaba la náyade de los baños del Fuerte. “ La nieve del dolor ha caido sobre su “ negra cabellera; y sus blancos cendales “ se han cambiado en eterno luto “ —

Ahora es ocasion de decir á usted, querido amigo, por qué no le envié á tiempo mis im-

presiones sobre el—DORREGO.—Tenía que expresar allí lo que antecede; y es esto tan personal, tan íntimo, que para publicarlo, me pareció una *lamartinada*; y yo soy muy poco, para querer imitar á esa entidad eminente

.,...

Leyendo el precioso libro:—GLORIAS ARGENTINAS—he comprendido por qué Alejandro lloró, envidiando á Aquiles, nó sus hazañas, sinó el divino historiador que las habia cantado.

La Historia, y cien bocas de contemporáneos, me hicieron conocer á esos héroes y sus grandiosos hechos. Pero quien quiera contemplarlos, cual fueron, en su radioso camino á través de la gloria, búsquelos en las breves páginas de aquel libro, y los verá surgir y elevarse, resplandecientes de su propia luz, á las regiones de la inmortalidad.

Esas gráficas leyendas, eslabonadas entre sí por la accion de sus gloriosos protagonistas, aparecen, al ojo encantado que las recorre, como un collar de ricos medallones

cuyo broche, valiosa joya colocada entre dos puntos culminantes:—Cancha Rayada y Maipú, es la sublime *Hora de la prueba*.—

Ruégole que haga callar á su quisquillosa modestia que no gusta de elogios, y reciba benévolo, las felicitaciones que le envió.



EL BANQUETE DE LA MUERTE.

EL BANQUETE DE LA MUERTE.

A RICARDO PALMA.

I.

Tres años hacia, que, llevando la existencia nómada de las esposas de militares, habia, en los frecuentes cambios de guarnicion, sucesivamente, habitado todas las ciudades de la República: Tarija, el país de las hermosas; Sucre, la Atenas boliviana; Potosí, la de cimientos de plata; la legendaria Paz, escondida entre peñascos y vergeles al pié del Illimani; y Oruro, en otro tiempo, rica y populosa, situada entre un Santuario y una Fortaleza.

Allí me encontraba al inaugurarse la campaña al Perú, en auxilio de su gobierno, contra la revolucion de Salaberry.

Allí también, resolví quedarme hasta el regreso del ejército.

Apesar de la crudeza del clima, en aquella elevada meseta de los Andes, azotada por nevadas y huracanes, la sociedad, en Oruro, es encantadora.

Mezcla de cultura y de sencillez idílica, el forastero es acogido en ella con la más cordial benevolencia.

Así lo fui yo, que muy luego me ví rodeada de afectuosos amigos, y mi salón frecuentado por lo más selecto de la juventud.

En honor suyo, organicé un centro literario que con el título de—*Los caballeros de la espuela dorada*—se reunía en asambleas semanales de lectura, música y declamación. Todo esto, sazonado con los relieves de una crítica, rica de espiritualismo y expansión.

Estas asambleas tenidas en mi casa, halagaban mis gustos sedentarios.

Fatigada de la tumultuosa existencia de la Paz y Chuquisaca, entre saraos, banquetes y partidas de campo, esperaba reposar en

aquel rinconcito mediterráneo, lejos de las dos ruidosas metrópolis.

Vana esperanza! en el *mediterráneo rinconcito*, y en salones abrigados del frío por espesas cortinas, muelles alfombras y braseros de fuego, en almuerzos, meriendas, cenas y danzas, hoy aquí, mañana acullá, se banqueteara y bailaba sin cesar.

Forzoso era, pues, decirse — *En la tierra donde fueres haz lo que vieres.*

Pero, si mucho se banqueteara y bailaba, mucho también se bebía; y este era un escollo, en que se estrellaban mis condescendencias con las costumbres orureñas.

Mis amigas destruyeron este inconveniente, enseñándome, bajo la condición del más profundo secreto, cierta treta, con la que pude, desde entonces, hacer la razón á los más fuertes bebedores.

Este hechizo era una esponja.

Habilmente oculta en el pañuelo, al enjugar el labio recibía el contenido de las copas que con ademán denodado absorbíamos, frescas y serenas, asombrando á nuestros co-

mensales, muy ajenos, los pobres, de esta inocente supercheria.

Pero, aun para este mismo expediente salvador, habia un obstáculo insuperable.

El fusilamiento!

Era el fusilamiento una ceremonia terrible como su nombre.

El último llegado á una fiesta: sarao, banquete ó *soirée*, era conducido con todo el siniestro aparato, y sentado en una silla, previamente colocada en el centro del salon.

Allí, ligadas las manos, érale forzoso beber: si era un hombre, con todas las señoras; si una de estas, elegir el piquete de ejecucion: cuatro copas irremisibles, empuñadas por los cuatro dichosos elegidos.

Rehusar ó perdonar este castigo, eran otros tantos desaires inadmisibles.

Pero, tan temido era, que rara vez tenia lugar un fusilamiento: tal prisa se daba todo invitado, en ser exacto á la hora prescrita.

Al sonar esta, reunidos todos delante de

la puerta, formaban ronda y entraban juntos.

Si alguno faltaba, una comision iba á buscarlo.

Ay! de él, si no se hallaba enfermo en cama, ó ausente.

Aquello era una tiranía; pero entrañaba una sencillez patriarcal, y la mas cordial amabilidad.

II.

De repente, á la placidez de aquellas alegres fiestas, comenzó á mezclarse un elemento inquietante: el elemento revolucionario.

En los ángulos de los salones de baile, grupos de hombres con aire preocupado, vuelta la espalda á los valeses y cuadrillas, hablaban quedo; y los bailarines mismos, entre compás y compás, sonriendo á la compañera, cambiaban con ella extrañas frases:

—Los pueblos están apercebidos, y á la hora, hora que nosotros, como punto cén-

trico, debemos señalar con nuestro *movimiento* se levantarán simultáneos.

—El batallon C. está con nosotros.

—Mi hermano ha *seducido* en Sica-sica al escuadron B, que está listo y á su orden.

—El cuerpo de guarnicion, de sargentos abajo, es nuestro.

—No olvide usted, que en la cena habrá un brindis envuelto en misteriosas frases, que nos pondrá de acuerdo con los gefes llegados, hoy, del Perú.

—Lo tendré presente para no irme.

—Já! já! jaá! Y todo esto á las barbas del Prefecto y sin que siquiera lo huela!

—¿No es verdad que es un placer burlar el despótico espionaje de estos seides de *Tamerlan*?—

Hasta en nuestras asambleas artístico-literarias, introdújose el soplo de la conspiracion.

A las románticas leyendas, á los versos de amor, sucedieron terribles marsellesas y proclamas incendiarias.

¿De dónde venía esta tempestad?

De allende el Desaguadero.

Hacia tiempo que el General Santa Cruz, declarado su protectorado en el Perú, habia dado una nueva direccion á su política.

Llamado como auxiliar, y hallándose despues, por la evolucion de los sucesos, investido del poder supremo en la forzada alianza de dos naciones rivales, hubo de adherirse á la mas prestigiosa. Hizo de su capital la sede de la Confederacion; rodeóse de su aristocracia, y ejerció un gobierno sabio y pródigo.

En cuanto á Bolivia, colocó á la cabeza de sus departamentos, hombres de su entera confianza; dignos de ella, sin duda; pero que, exagerando sus deberes, se extralimitaban en sus facultades, conciliándose así el ódio de los pueblos.

No era necesario tanto, para exasperar á los bolivianos, tan poco sufridos en achaques de tiranía.

En aquel violento estado de los ánimos, llegó el 24 de Setiembre, dia en que la For-

taleza de Oruro celebraba el aniversario de su fundacion.

Hacia años que aquella fiesta, con gran descontento de la guarnicion, limitábase solo á salvas y dianas.

El gobernador era un misántropo, y diz que un tacaño. Mas, por dicha, hallábase ausente, y su delegado, el Coronel Nuñez, gefe de la artilleria, prometió indemnizarlos de la anterior parsimonia, dándoles un aniversario que dejaria memoria.

Ay! lo cumplió, y muy mas allá de lo que pensara!

III.

—Vengo á poner puntos y comas á mi circular de invitacion—dijo el Coronel Nuñez, entrando de repente en mi salon, á esa hora, en plena asamblea de la Espuela dorada.

Artículo primero: Nadie me falte mañana. so pena de despiadado fusilamiento.

Artículo segundo: A las siete todo el mundo en la Fortaleza. Desayuno de ponche ardiente y *leche-espuma*,

Artículo tercero: A las diez, almuerzo en torno á lo alto de las murallas, servido en cien mesas de á cuatro cubiertos. En el salon de banderas, baile hasta la hora del *lunch*. Música y declamacion hasta la comida.

Artículo cuarto: Banquete y sus accesorios, hasta lo infinito!—

Rió, saludónos y se fué.

Los tópicos de la asamblea fueron olvidados, para no hablar sino de la fiesta del dia siguiente.

—Preocúpame sobre todo—dije á mis amigos, comprometidos en la revolucion que sordamente fermentaba—preocúpame, la actitud de Alzérreca, que como secretario habrá de estar mañana al lado del Prefecto á la hora peligrosa de los brindis: es decir, á la hora fatídica del *champagne*. El, que con un sorbo vacia todos los secretos de su alma, ¿podrá resistir el hechizo de la mano que le presente una copa?

—He jurado no beber sino agua, en tanto que nuestra obra se realice—exclamó el aludido, saliendo del centro de un grupo que lo ocultaba.

—Sí, señora, Alzérreca cumplirá su juramento!—

—Aunque sea Manita Alvarez quien se empeñe en hacerlo quebrantar?

—Aunque sea la reina de las hadas!

—Loado sea Dios, y quiera afirmar á Vd. en su propósito.—

IV.

La asamblea se disolvió; y yo me quedé sola, embrollada la mente en pensamientos inquietantes.

Era muy tarde; tenía sueño, pero apenas habia tiempo para dormir. Era necesario levantarse temprano, vestir de gala y acudir á la cita á la hora precisa, para evitar el fusilamiento.

Bajo el peso de tales alarmas, recosté la cabeza en la almohada y me dormí con un sue-

ño fatigoso, poblado de visiones confusas, que asomaban, se acercaban y desaparecian para volver de nuevo.

De repente, parecióme ver la luz del dia.....

Habia amanecido!.....Y la fiesta?

Quise arrojarme de la cama; pero mis miembros estaban paralizados y rehusaban el movimiento.

Asíme á las columnas del catre, y logré ponerme en pié. Despues, apoyándome en los muebles, casi arrastrando, llegué al tocador. Qué trabajo para vestirme!.....

Y pasaba el tiempo, y ya vestida, érame imposible mover los piés.....no podia caminar!.....

Llamaron á la puerta.....La comision!

—Adelante!—quise decir; pero mis labios inmóviles, no emitieron sonido alguno.

La puerta se abrió, y cuatro hombres vestidos de negro, embozados hasta los ojos, entraron con ademan solemne, arrebatáronme en sus brazos, y echaron á andar conmigo, no ya á la luz del dia, sino entre

las sombras de una noche tenebrosa, callados, misteriosos, siniestros.

Atravesaron las calles desiertas, silenciosas; el campo que las separa de la Fortaleza; los fosos de esta, sus puertas, su ancha plaza. Penetraron en una vasta sala en cuyo centro, alumbrada por cirios fúnebres, alzabase la mesa de un festin.

Rodeábala una multitud de comensales, embozados y tétricos como los conductores que, en el momento de sentarme en la silla de los fusilamientos, descubrieron sus semblantes; y á imitacion suya los otros.

Eran esqueletos que con las órbitas vacías de sus ojos, me miraban.

En el paroxismo del terror, exhalé un grito. que me despertó.

— ¡Qué horrible pesadilla! — dije, sonriendo al primer rayo de un bello sol primaveral.

Luego, recordando con sobresalto la hora de la cita, llamé en mi auxilio á todas las mujeres de la casa, y en diez minutos estuve vestida y en marcha á la fortaleza.

Todo Oruro estaba reunido ante sus puertas, que se abrieron al son del himno nacional, ejecutado por la banda de artillería y los hurras de la guarnición, formada en torno á la plaza, cubierta de banderas y sembrada de flores.

El programa del Coronel Nuñez se cumplía con galante exactitud.

El ponche llameante fué absorbido traídoramente por nuestras esponjas; pero saboreamos con delicia la leche-espuma, golosina tan exquisita, que, apesar de la gravedad trágica de los acontecimientos que evoco, merece el honor de un párrafo á su memoria.

Llénanse á medias, de leche azucarada, dos cántaros de plata, que, herméticamente cerrados y envueltos en pieles de carnero, empapadas en agua saturada de sal, colócanse, en angarillas, sobre el lomo de una mula, y se le da un trote de dos leguas, que reduce la leche á espuma.

El frío de la atmósfera, congela el agua embebida en las pieles y la *leche-espuma*

que llena los cántaros; y es servida en grandes tazas de porcelana dorada.

Nada mas sencillamente suntuoso, que el almuerzo babilónico en lo alto de las murallas, á nuestros piés la ciudad; y el inmenso paisaje perdiéndose á lo lejos, en las rosadas brumas de la mañana.

Al almuerzo siguió el baile en la sala de banderas. Excluida toda etiqueta en aquella hora matinal, bailábanse las danzas populares, amorosas alegorías, mezcladas de cantos y recitaciones.

Pasó la hora del lunch, llegó la de música y declamacion.

Sin embargo, en aquella fiesta de gala departamental, el Prefecto no habia llegado todavia.

— Tanto mejor! — decian los conspiradores, que lo eran todos los allí reunidos.

— Tanto mejor! — decia yo, pensando en Alzérreca, que lo acompañaba, y en su nerviosa incontenible verbosidad.

En el segundo servicio de la comida, cuando al silencio del primer plato comen-

zaban á suceder las alegres pláticas, el Prefecto, y con él su secretario, el excelente pero temible Alzérreca, hicieron su entrada en la sala del banquete.

Un soplo glacial con gran contento mio, cayó sobre la efervescencia que comenzaba á surgir en los convidados.

Pero el Coronel Nuñez, que presidia la mesa, alzándose para ceder su asiento al Prefecto, exclamó, parodiando el tono lúgubre de una sentencia:

—Pues que no nos es dado fusilar á la primera autoridad del Departamento, caiga el condigno castigo sobre aquel que guarda sus nefandos secretos, y que, por tanto, es reo de complicidad. —

Y volviéndose á nosotras:

—Señoras! —concluyó— Ahí lo teneis; os lo entrego; ejecutadlo. —

Las jóvenes corrieron á apoderarse del pobre Alzérreca; sentáronlo en el fatal sillón y ligaron sus manos; mas, por un convenio tácito, que obedecía al recuerdo del juramento del secretario, todas llenaron

furtivamente de agua sus copas y las hicieron beber al sentenciado.

Todas? No: la inocente Eulalita, hija del Prefecto, agena, por supuesto, á la conspiracion, y á la ingerencia en ella del secretario, llenó concienzudamente, hasta los bordes, su copa de un riquísimo *mosto verde*, y no pestañeó, en tanto que el infeliz Alzérreca no hubo tragado la última gota.

Quedéme helada de terror, y conmigo, todos los que sabian la gravedad del caso.

Peró el Coronel Nuñez, que ignoraba la existencia del peligroso fenómeno psicológico, estaba de un humor placidísimo; y llenando su copa, inauguró los *speech* brindando por la felicidad de Bolivia y la futura gloria de la fortaleza, cuyo aniversario, hábiale—dijo—cabido la honra de celebrar.—

El Prefecto contestó aquel brindis con otro por la prosperidad de la Confederacion Perú-boliviana y la gloria del General Santa-Cruz.

A estas palabras, el mosto verde hirvió en las venas de Alzérreca junto con su sangre generosa.

Alzóse en pié, y mirándonos alternativamente á los que habíamoslo escuchado la noche anterior, volcó sobre la mesa su copa vacía y exclamó:

—Yo quiero hablar, no brindar!.....

—Alzérreca! —murmuré mirándolo con expresion suplicante.

—Alzérreca! Alzérreca! —repitió él volviéndose á mí, como el que busca algo en la memoria.

Yo temblaba.

—Ah!..... ya sé —exclamó— ya sé. Quiere Vd. decirme que el silencio debe sellar nuestros lábios, hasta el dia en que arranquemos á Bolivia del ominoso yugo que la oprime, y la ha tornado una colonia del Perú á la que no le faltan prétores ni lugartenientes. Ya sé que....

—Señores! —interrumpió el capellan, anciano religioso franciscano, que presidia el otro extremo de la mesa —; Cuán deplo-

rable cambio se observa en las costumbres de esta época de liberales y libres pensadores. Hé aquí un jóven que quiere hablar y que habla, sin cuidarse de si el Ministro del Altísimo, el hombre de blancos cabellos, tiene algo que decir él, tambien, en esta honorable asamblea.

—Hable el padre capellan!—clamaron todos los comensales.

Alzérreca que tenia ya el diablo en el cuerpo—que hable—gritó—pero que sea pronto, fuerte y corto!

—Sí—respondió el capellan — pronto, fuerte y corto. —

Y de pié y alzando los brazos sobre la mesa del festin, entonó con voz solemne las notas del *De profundis*.

Cuando volvimos del estupor producido por aquel canto fatídico, el Prefecto habia desaparecido.

—A las armas!—gritó el Coronel Nuñez.

—Señores, estamos descubiertos y no

podemos aplazar una hora mas, la ejecucion de nuestros proyectos. —

En un momento la guarnicion se puso en armas y la revolucion estalló.

Las alegres bailarinas, que poco antes, danzaban, dando al aire sus blancos cendales, temblando de miedo, arrebozadas en sus mantos, corrian á encerrarse en sus casas.

Debia acontecer algo horribilmente desastroso. El batallon, que guarnecia la ciudad, batallon con cuya adhesion contaban los revolucionarios, formado, por órden del Prefecto, delante del cuartel, en actitud hostil, los aguardaba.

Cuando esto vieron las tropas revolucionadas, creyéronse engañadas por sus gefes, y volviéndose contra ellos, persiguiéronlos hasta el interior de la fortaleza, donde los asesinaron á todos.

El Coronel Nuñez y dos compañeros suyos: Vedregal y Vizcarra, tomados vivos, despues de un breve juicio, fueron fusilados.

Pocas horas despues, en la sala del banquete, trasformada en capilla ardiente, fla-

meaban fúnebres cirios ante los cadáveres de aquellos, cuyos brindis hizo callar la voz del De profundis.

Y la sangre de esos hombres bravos y buenos, se derramó inútil, para la causa de los pueblos; y la Confederacion cayó y desapareció, no por la revolucion, sino por la fuerza incontrastable de los acontecimientos.



CHINCHA.

CHINCHA.

A MARIANO A. PELLIZA.

I.

Mas, que la dolencia del cuerpo, la obsesion del enemigo, profanando con su planta la amada ciudad, me obligó á dejarla para ir á respirar, un poco de quietud, al abrigo de las silenciosas frondas que rodean aquel pueblo.

Sin embargo, alejábame de Lima con profunda pena.

Parecíame oír la voz de una amiga moribunda, que me reprochaba el abandonarla en manos de sus verdugos.

Habría querido separar mi voto del de los compañeros, con quienes pactara un voluntario destierro; y quedarme apegada á

esos sagrados muros, aguardando el pillaje, la demolición y la muerte.

Pero, allí mismo, donde me abrumaban estas tristes reflexiones, en el wagon que nos llevaba, la presencia de los invasores hacíanos anhelar el momento que pondría entre ellos y nosotros, la lejanía del espacio.

En fin, llegados al puerto y, todavía, aunque incidentalmente, seguidos por esta importuna compañía, nos embarcamos, y flanqueando sus naves, surtas en la rada, tomamos el vapor que debía conducirnos á Tambo de Mora, distante una legua de Chincha.

Partimos.

—Looado sea Dios!—clamaba el coro femenino—no veremos ya nada de la enemiga gente—

Pero ¡ay! que *cuando libres pensábamos ya mirarnos*, vemos tremolar, izada al tope del palo mayor, la fatídica enseña á cuya sombra, habíanse perpetrado tantos hcrrores.

A esa vista fué tal la indignacion de las damas que todas se marearon.

Súpolo el Capitan; y aquel hombre, galante y amabilísimo, para contentarlas, hizo desaparecer la *estrella* solitaria, sustituyéndola, con grandes aplausos de los pasajeros, por el simpático leopardo de Inglaterra.

II.

A la mañana siguiente, nos despertamos al ancla delante el caserío de Tambo de Mora.

Mercedes Cabello de Carbonera, mi querida compañera de viaje, vino á buscarme á mi camarote, para que saliéramos á recibir al Capitan de ese extraño puerto, sin muelle ni desembarcadero.

Aquel personaje, rubicundo y regordete, nos hizo saber, entre mimos y cumplidos, que traia encargo del esposo de Mercedes, residente en Chincha, de hacernos desembarcar y expedirnos á aquel pueblo.

Tan poseido parecía de aquella mision,

que no quiso permitir á mi hijo, se ocupara de nosotras.

Mandó atracar su yola á la escala del vapor, hizo trasladar á ella nuestro equipaje, y rogó á Julio nos precediera en el desembarque — porque—decia—era su deber conducirnos él, solo.—

Cuando todo esto se hubo hecho, por supuesto, en presencia de los pasajeros, en línea, inclinados sobre la borda, dió una soberbia mirada en torno, bajó corriendo la escala y saltó gallardamente en la yola.

—Cómo—dijole Julio—qué ha hecho Vd. de las señoras!

—Oh! qué cabeza la mia!—exclamó el pobre hombre—¿Pues no me habia olvidado de ellas?—

Y en medio á la carcajada general, volvió á subir cuatro á cuatro los peldaños de la escala; pero, esta vez, seguido de Julio, que temió estuviera loco ó borracho.

En la última suposicion, no se engañó; lo conocimos cuando se acercó á nosotras.

Hízome mil cortesías; nos pidió escusá-

ramos aquella distraccion, achacándola á *vértigos* que de vez en cuando lo asaltaban.

Apoderóse de Mercedes, dió con ella en la yola, y la hizo sentar á su lado en el timon.

En seguida mandó desatracar, y nos pusimos en marcha hácia tierra con un mar agitadoísimo, que nos llevaba del cielo al abismo.

Abrazada á mi hijo, yo nada temia.

Pero, mi pobre Mercedes temblaba al lado de aquel galan que, diciéndose delegado de su esposo, no permitia que nadie se acercara á ella.

De repente, una ola inmensa, coronada de una blanca cresta de espuma, llegó bramando y se estrelló en la yola, que saltó como una cáscara de nuez y se llenó de agua.

Mercedes, quizá de miedo (pero yo sospeché que por castigar la borrachera del Capitan) asióse á su corbata y se la retorció hasta ahogarlo.

Por dicha, para el pobre diablo, aquella

ola tuvo tambien la gracia de varar la yola en la arena de la ribera.

Estábamos salvos.

Mercedes soltó su presa, y cuatro negros playeros nos tomaron en brazos, dejándonos en la puerta de la Aduana.

III.

El camino de Tambo de Mora á Chincha alta, es una deliciosa sucesion de viñas y vergeles, donde se ocultan casitas pintorescas habitadas por gentes al parecer, tan felices, que Mercedes y yo, nos dimos al placer de forjar á su intencion, una serie de amorosos idilios, hasta que hubimos llegado á las primeras calles del pueblo.

Chincha Alta, es una grande villa donde el esposo de Mercedes, residente allí, por motivos de salud, tenia su casa y un valioso establecimiento farmacéutico.

El Dr. Carbonera, médico distinguido, era el oráculo del vecindario que, debido á su

prestigio, nos hizo un lisonjero recibimiento.

El Dr. Carbonera habia tomado para mí una preciosa casita amueblada, que sedujo á Mercedes, y le inspiró la desercion del techo conyugal, para venir á habitar conmigo, aquel dije, desterrando á Julio, que fué á hacer compañía al esposo abandonado.

Endulzamos el forzado convenio, prometiendo á aquellos señores las delicias de una esquisita mesa, cuyo *menu*, dirigido alternativamente por las dos amas de la casa, nada dejaria que desear.

Y lo cumplimos al pedir de boca de nuestros huéspedes.

Para que *dos faldas y un hogar pudieran durar*, nos repartimos el gobierno en semanas.

Y, figúrese cualquiera, el cuidado que pondria la una en no quedar atrás de la otra, en el órden y primor de la casa, y sobre todo, en las confeccioncs culinarias.

No queriendo atenernos á los abastos del mercado, montábamós á caballo, y segui-

das del mayordomo, provisto de grandes serones alanca de su montura, íbamos á comprar en las huertas y caserios de la campiña, las frutas, las aves de corral, los corderos de leche y las escogidas legumbres, que transformados en esquisitos platos de la cocina moderna, eran las delicias de nuestros convidados y hacian olvidar á Carbonera y á Julio, su orfandad y viudez.

Llegado el sábado, último dia de nuestro gobierno, despues de servido el café de la comida, reunidos en torno á la mesa, comensales y sirvientes, la cesante leia su mensaje, y cedia el asiento á su sucesora.

Echadas suertes, tocóme á mí la primera semana, en cuyo término, inauguré la serie de gobiernos con el siguiente

MENSAJE.

“ Señores :

“ Al finalizar el periodo consagrado á vuestro servicio, tengo el honor de exponer á vuestra consideracion, con el resúmen de los trabajos ejecutados en el curso de este, la

indicacion de los que deben tener lugar en el que comienza mi honorable colega.

Como base de toda operacion culinaria, he procurado dar al conjunto del menaje la limpieza esmerada, que necesita, sobre todo, en este lugar de continuas polvaredas.

Observando la poca coccion que, por ahorrar combustible, el hijo del Celeste Imperio (*) daba á las viandas, he aprovechado los momentos en que este sér exótico se ausentaba del fogon, para encenderlo de nuevo, y dar á la comida, los hervores y la conservacion que le hacian falta para ser servida.

En busca de modificaciones que se adapten á todos los gustos, he ideado para la salsa de perejil en reemplazo del desagradable queso, el migajon de pan desleido en la crema de leche, que le da un sabor delicioso ; sustituyendo para esta y la de mirasol, el aromático jugo de la naranja, al indigesto vinagre.

(*) Cocinero chino, llamado así para que, hallándose presente, no me comprendiera.

He cambiado el uso de verduras trituradas en la confeccion del puchero, con un manojo de yerbas olorosas que, cocidas con la carne, dán á esta y al caldo, un sabor agradable.

En el anhelo de extender el catálogo de nuestros manjares, he hecho apelacion á los recuerdos de mi vida nómada, y tomado de los diferentes países que me albergaron, lo que encontré digno de nuestro delicado paladar; y os he servido el estofado de seis carnes, la ensalada de zapallo en flor; umintitas y pasteles asados entre piedras calcinadas, y la *carne con cuero* de la Pampa natal.

Tengo en la mente muchas deliciosas confecciones, con que aun no me ha sido dado regalaros, á causa del deplorable estado de mi salud.

A este motivo dignaos achacar tambien las faltas en el debido órden del servicio, que por ello no me ha sido posible vijilar.

A vos, mi bella colega, que sois jóven, y gozais el precioso don de la salud, á vos corresponde completar mi obra; y al pasar á

vuestras lindas manos este símbolo de la vida, la llave del comedor, (*) halágame esa dulce esperanza.

He dicho. “—

II.

Qué horas tan gratas pasé en aquel pueblo silencioso, al lado de esa mujer colmada de todas las virtudes del corazón y los dones del espíritu:

Mercedes Cabello de Carbonera.

Como lo he dicho ya, es hija de una distinguida familia oriunda de Moquegua, y por su belleza, inteligencia y erudición, una de las mujeres más notables del Perú.

Consagróse desde muy joven al cultivo de las letras, en las que ha brillado con producciones de relevante mérito, que más de una vez, en certámenes literarios, han adornado su linda frente con el laurel del triunfo.

(*) Una gran llave oxidada, que encontré en un cajón de fierro viejo.

Colabora en muchos periódicos europeos, y no há mucho, “El Correo de Ultramar” engalanaba sus columnas con una preciosa novela suya: *El amor de Hortensia*.

Hay en su pluma, mezclado á femenil suavidad, tal sabor de viril fortaleza, que, oyéndola leer, una vez el poeta Palma, exclamó con la frase de Gallegos:— Mucho hombre es esta mujer!—

Tras una terrible interrupcion en sus trabajos literarios— la muerte de su esposo,— Mercedes ha vuelto á ellos, llevando ahora á sus pájinas un colorido mas:

La sombra del dolor!

En aquel tiempo, era feliz; y nos encontrábamos tan contentas en aquella existencia de dulce fraternidad, que cual los discípulos de la *Transfiguracion*, habríamos querido plantar nuestras tiendas y morar eternamente en aquel frondoso *Tabor*.

Pero ¡ay! *tout passe, tout casse*, como dice el proverbio; y aquellos dias radiosos pasaron rápidos, como pasa, en la tierra, lo bello y lo bueno.



.

VAGUEDADES DE LA MENTE.

.

.

VAGUEDADES DE LA MENTE.

AL DOCTOR TOMAS BALESTRA.

I.

El entusiasmo, como todo los sentimientos exaltados, es de corta duracion; conviértese en indiferencia, y muchas veces en hostilidad.

Despues de la ovacion, huid, si no quereis ver que los himnos se tornen en ultrajes, y el culto en persecucion.

Cuán corta distancia, del triunfal hosanna á la ensangrentada cruz del Calvario!

II.

Un católico ferviente y un libre pensador discutian delante de mí, sobre religion, interrumpiéndose, de vez en cuando, para dirigirme un — ¿No es verdad, señora?

— No sé! — respondíales yó; y reía de ellos.

Parecíame escuchar los comentarios de dos ciegos de nacimiento, sobre las cualidades de la luz. Qué saben éstos de los rayos que el sol les envía?

Qué sabían los otros de las maravillas sembradas, en torno suyo, por la mano del Invisible?

III.

La juventud no es indulgente, como afirman los psicólogos. Lejos está esta virtud de esa hermosa edad de la vida.

La juventud es entusiasta, espontánea; se adhiere, se apasiona, dá *á los perros las cosas santas, arroja margaritas á los cerdos.*

Pero ¡guay! de la hora del desengaño!

Maldice, execra y anatematiza, sin acordarse de que el Mal, es hijo de nuestro planeta: barro de Adan; y que no debemos añadir hiel á su hedor.

IV.

..... Aquella asercion infamante, arrojada por la voz de un hombre ilustre y leal, como un puñado de lodo al pedestal de una apoteosis, obtuvo la fe, con que se acoge el mal; pero su autor, no contento con este triunfo, pidió un juicio, defendió su acusacion y se sinceró.

Sin embargo, ah!.... qué amargo sabor debe quedar en la conciencia del que levanta la voz para acusar!

El historiador encuéntrase, á veces, forzado á cumplir ese penoso deber. Traza el camino de la Humanidad en el porvenir. Este camino es la Historia; y se debe á la verdad por severa que sea, á fin de que la humanidad no se extravie.

Pero el historiador es un juez; y cuando tiene que fallar en congeturas, debe optar por las que absuelven: no por las que condenan.



•

EL GENERAL MARTIN GÜEMES.

EL GENERAL MARTIN GÜEMES

A LA MEMORIA DEL ILUSTRE GENERAL PEDERNEIRA.

I.

De todas las glorias, objetivo de la humana ambición, ninguna es tan envidiable como la popularidad!

La popularidad! es decir: el culto de lo bello y de lo bueno: atributos de Dios.

La popularidad! el amor de la multitud, tan difícil de conquistar.

Si el amor de un solo corazón da tanta ventura, cuál será sentirse amado de muchos, envuelto en una extensa zona de amor que os embalsama y deifica.

Así vivió en su breve trayecto por la tierra, y así pasó á la posteridad y á la historia, el héroe á cuyo recuerdo consagro estas líneas.

II.

Años hacia, era Salta el baluarte en que venian á estrellarse las huestes de los realistas, que empujadas por las de San Martín y de Bolívar, ideaban, por una estratéjica evolucion, apoderarse de las provincias del Plata.

En porfiada lucha para penetrar en este codiciado suelo, tenian constantemente á sus puertas un ejército de vanguardia, compuesto de sus mejores soldados, dirigido por hábiles jefes.

Pero sus esfuerzos eran vanos.

Cada matorral, cada breña, cada barranca, eran otros tantos reductos formidables que vomitaban sobre ellos mortífero fuego; y, ora al frente, ora por los flancos, ora á retaguardia, Güemes, y su flamijera espada, y su fantástico corcel, y sus gauchos, armados del temible lazo, transformados en lanzas los puñales, caian sobre ellos y los envolvian en las maniobras de una

táctica desconocida, derramando en sus filas el espanto y la muerte.

Sin armamentos, sin dinero, sin ejército, sin auxilio de las vecinas provincias; sin mas soldados que sus gauchos, aquel hombre extraordinario contuvo así, é hizo retroceder, aterradas, las irrupciones de ejércitos disciplinados, aguerridos y valientes.

III.

Un dia, como he dicho antes, mis ojos de niña contemplaron á ese héroe, cuyo nombre oia pronunciar con el de Dios.

Era una mañana de primavera; y yo jugaba corriendo entre las altas yerbas que con salvaje desarrollo crecian en torno de la casa.

Qué profundamente se graban los recuerdos en la imaginacion infantil.

Me parece que fué ayer.

Llamó mi atencion un rumor de voces y pisadas de caballos.

Alcéme sobre la punta de los piés, y mirando hácia el camino, ví dos ginetes que tomaban el sendero de la casa y se acercaban galopando.

El uno, era un oficialito rigorosamente abotonado en su uniforme verde, galoneado en las costuras, y cubierta la cabeza con un capillo en forma de turbante, rematado por una borla de oro.

Era el otro, un guerrero, alto, esbelto, de admirable postura. Una cabellera negra, de largos bucles y una barba rizada y brillante, encuadraban su bello rostro de perfil griego y expresion dulce y benigna.

Vestia un elegante dorman azul con pantalon mameluco del mismo color; y una graciosa *gorra de cuartel*, ondulaba la flotante manga sobre su hombro; y al cinto, pendiente de largos tiros galoneados, una espada fina y corva, semejante á un alfanje, brillaba á los rayos del sol, como orgullosa de pertenecer á tan hermoso dueño.

Montaba este, con gracia infinita, un fogoso caballo negro, cuya larga crin acari-

ciaba con mano distraida, mientras inclinado hácia su compañero, hablaba en actitud de abandono.

Aun en la corta edad que entónces alcanzaba, ya habia yo visto á los hombres más hermosos de Buenos Aires, el país de los hombres hermosos. Habíanme aparecido embellecidos todavia, en el espléndido uniforme de la época: blanco, azul y oro.

Pero jamás, ni aún en la fantástica imaginacion infantil, habia soñado la brillante aparicion que tenia ante los ojos y miraba embebecida, hasta que el bizarro caballero que llegaba á galope, descubriendo entre las yerbas la rubia cabeza de una niña, casi bajo los piés de su caballo, hizolo jirar en una vuelta rápida; desmontó, y me tomó en sus brazos.

Pero la niña era huraña, y lloraba á gritos, mientras él, sonriendo con cariñosa mansedumbre, seguido de su corcel, se dirijia á la casa.

En la puerta se hallaban grupos de hombres del campo y algunos soldados que al

verlo llegar, precipitáronse á su encuentro, clamando con delirante entusiasmo:

—Güemes!

—Güemes!

—Viva Güemes!

—Viva nuestro general!—

Y rodeáronlo, unos de rodillas, descalzándole las espuelas; otros besando sus manos y el puño de su espada.

Mi madre, seguida de sus hijos salió á recibirlo acojiéndolo con ternura y admiración.

Pero mi tia, que habia acudido á mi llanto, me recibió de los brazos del viajero fijando en su bello semblante una extraña mirada, y murmurando con el acento solemne que daba á sus predicciones.

—La niña ha llorado como si la hubiera besado un muerto! Ay! ay!—

He hablado ya en otras memorias del carácter fantástico de esta hermana de mi padre, y de esa rara facultad de leer en el porvenir, que con frecuencia se revelaba en ella.

Pero sus profecias, como las de Casandra, no eran creidas hasta que tenian su fatal cumplimiento; y todos, mi madre, la primera, y á ejemplo suyo, Güemes mismo, rieron de la lúgubre profetisa.

—Querida Juanita —díjola él, riendo— ¿es posible que tan jóven me condene Vd. á morir? Oh! déjeme, al menos, los dias necesarios á la patria. Vea yo la aurora de su gloria; y entónces, cúmplase en mí la voluntad de Dios —dijo, alzando al cielo su dulce y serena mirada.

Y ella, la sibila, moviendo la cabeza, con ademan fatídico. — Ay! ay! — repitió. . . .

Ah! poco despues, muy poco despues, todos los écos de la comarca repetian ese grito de dolor.

Los émulos del héroe, cortaron en plena gloria, con la mas infame de las traiciones, los dias que él, pedia para la patria.

IV .

Y dos años pasaron.

El luto habia desaparecido en los uni-

formas de los compañeros de Güemes, pero no de su corazón, donde vivía, como una antorcha cineraria, la memoria del héroe que yacía bajo los bosques del Chamental.

La guerra languideció por ese tiempo en nuestro país.

Las tropas realistas habíanse concentrado en el interior del Perú para reforzar el ejército que Sucre batió en Ayacucho.

Mi padre, Gobernador de Salta, aprovechó esa tregua para cumplir un deber caro á su alma.

Con una solemne convocatoria, llamó á los amigos de Güemes, para que lo acompañaran á rendirle los últimos honores.

Preparóse la fúnebre ceremonia, y el día prefijado, el Gobernador y su séquito, pusieron en camino, seguidos de las masas populares, que siguieron, en silencioso recogimiento, el largo trayecto medianero entre la ciudad y el Chamental.

Llegados al lugar de la sepultura, mi padre, retirando la señal que su mano había dejado en ella, tomó la azada y apartó

la tierra que cubria los restos del héroe.

Abrazólos, él, primero, y cedió el sitio á la multitud, que los rodeó de rodillas y elevando al cielo un inmenso gemido.....

Tengo presente todavía, el espectáculo de ese cortejo fúnebre, que ví atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre vestido de luto y llevando de la mano á dos niños: Martín y Luís Güemes. Los huérfanos, sin conciencia de su desgracia, miraban con asombro en torno suyo.

Detrás venían dos hermosos caballos, en arneses de duelo. Uno de ellos volvía tristemente la cabeza, cual si buscara á su dueño. Era aquel negro, testigo de tantas hazañas, y compañero del héroe, hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo seguía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros que, de largas distancias, traían su ofrenda de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba profundo silencio, interrumpido solo por el clamor de las cam-

panas, las preces de los sacerdotes y los sollozos de la multitud.

La solemne procesion pasó ante mis ojos como una vision mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves del templo.

Grato es y saludable para el alma, en nuestra época descreida y degenerada, evocar el recuerdo de esos hombres sublimes, y seguir la huella de luz que dejaron en pos de sí, aureola de la eterna beatitud.



MIRAFLORES.

MIRAFLORES.

Á ROSA MERCEDES RIGLOS DE ORBEGOSO.

I.

Sombroso, fresco, perfumado, aquel oásis encerraba un doble encanto.

Para los ojos, sus magníficos palacios, sus floridos vergeles, sus azules lontananzas.

Para el recuerdo, su nombre: Miraflores!

Así llamábase también, aquella amada comarca, nido de los primeros días de la vida, miraje eterno del alma. . . .

Con qué anhelo, cada sábado, concluidos los trabajos de la semana, era esperada la hora del tren, que, en alas del vapor, nos llevaba á ese delicioso paraje donde encontrábamos la frescura de los campos, el perfume de las flores, los abrazos de la familia.

Blancos cendales flameaban al aire, saludándonos, desde que el tren avistaba la estación; y coros de bellísimas criaturás, repre-

sentando las edades floridas de la vida, se agrupaban á lo largo del andén, aguardando impacientes el descenso de los viajeros.

Dulces voces exhalaban gozosas exclamaciones.

El padre y la hija, el hermano y la hermana, el novio y la novia, entrelazadas las manos tras ocho dias de ausencia—ocho siglos!—platicando dulcemente, atravesaban la avenida de astrapeas que se extiende entre la estacion y el pueblo.

Y la gozosa multitud se diseminaba á lo largo de los setos floridos, entre los jardines, los parques y bajo la alta fronda de los huertos, dirijiéndose á los suntuosos ranchos donde los esperaba el banquete de la hospitalidad, servido en elegantes comedores, ó á la orilla del mar, puestos cubierto y mantel sobre la fresca yerba y al lado de la hoguera subterránea en que se asa la succulenta *pachamanca*.

Y en la noche, la retreta, á la luz de la luna, en la plaza del pueblo; y en las galerias

de los edificios que la circundaban, las jóvenes, entrelazados los brazos, bailaban las danzas habaneras que con galante intencion ejecutaba la banda, en tanto que la gente vieja entregábase mas allá, en los salones, al placer del chaquete, el ajedrez y el rocambor.

Y al siguiente dia, mañana del domingo, el alegre reclamo de las campanas, reunía, otra vez, á las gozosas viajeras, en la linda iglesia que se alzaba sobre dos jardines, blanca, primorosa, cubierta de ofrendas que la piedad femenil llevaba, atraída por la bella imágen de la Virgen, que, de lo alto del tabernáculo tendia los brazos sonriendo con una sonrisa celestial, que llenaba de uncion su alma. . . .

Y oraban; y nunca la plegaria humana subió mas ferviente y pura, al trono del Eterno, que las dulces oraciones de ellas, en ese templo rústico que su piedad llenaba de valiosos dones.

Y saliendo del templo, bañados todavia los

bellos semblantes de místicos reflejos, corrían á las alegres excursiones del baño, de los huertos, de las ruinas del palacio de los vireyes y á la biblioteca del poeta Palma residente allí, una de las mas ricas del Perú y la mas interesante por las preciosidades literarias que encerraba. contentas, cantando, riendo.

Ay! reían y cantaban sobre un abismo! . . .

II.

Un dia, el mar se cubrió de naves enemigas.

Huestes invasoras profanaron el suelo peruano; y talando á sangre y fuego las costas del Océano, llegaron cerca de Lima y miraron con ojos codiciosos la rica metrópoli.

Sus defensores, se situaron dentro una línea de reductos ante el pueblo de Miraflores, donde, rota traidoramente una tregua, pelearon como buenos, y murieron como héroes.

Iberico, La Jara, Colina, Pignateli, Lavalle, Sanchez, Pino, Barron, Gomez, Alfaro paz á vuestra gloriosa tumba!

El enemigo, vencedor, arrojóse hambriento sobre el bello pueblo; lo pilló, disputándose sus riquezas y lo entregó á las llamas.

La inmensa hoguera alumbró aquella noche toda la comarca.

III.

Pocos dias despues de la catástrofe que decidió de los destinos del Perú, un sentimiento de nostalgia, llevóme en peregrinacion á ese lugar de dulces memorias.

Era un monton de ruinas.

De la biblioteca de Palma no quedaban ni cenizas: las habian llevado los vientos.

La poética iglesia, rotas sus puertas, estaba abierta, vacía, desmantelada.

De aquella aglomeracion de elegantes construcciones: casas, parques, jardines, no quedaba sino una aglomeracion de escombros abrasados.

Pero, como para dar fe de su nombre, de entre los calcinados muros, surgian aquí y acullá, vástagos floridos, de rosas, jazmines y madreselvas, que abrian sus perfumados cálices al sol de la mañana.



EPÍLOGO DE UNA TRAGEDIA.

EPÍLOGO DE UNA TRAGEDIA.

A CLORINDA MATTO DE TURNER.

I.

Qué bella es la juventud! Cuán rientes son sus pensamientos; cuán poéticas sus aspiraciones; cuán ideales sus ensueños!

Asi escribia yo una noche en Buenos Aires, el primer capítulo de cierta novela, despues de una deliciosa velada entre un grupo de beldades.

Reclinada la cabeza en la mano, y la mente vuelta hácia aquella encantadora época de la vida, tan lejana ya, y por lo mismo embellecida por todos los prestigios de la distancia, mi labio repetia la frase con amorosa uncion:

Qué bella es la juventud!.....

—Já! já! já!—

Volvíme con ademan airado, al escuchar esta sacrílega risa.

Fernando S. el alférez de marina que yo creia muerto, estaba detrás de mí, leia por encima de mi hombro, y en su semblante, antes, tan sentimental, vagaba ahora el sarcasmo de su risa.

Pero ¿era Fernando S., ó el ingeniero inglés, de cerrado acento británico que dirijia las obras de ornamentacion en la plaza L, y que mas de una vez habia fijado mi atencion y entristecídomme, por su semejanza con aquel infortunado jóven?

No.

Era Fernando, el apuesto alférez, apesar de las huellas del tiempo en su altiva frente y en sus rubios cabellos; no habia duda: era él, él mismo.

—Cómo es que vive usted, amigo querido?—exclamaba yó—cómo es que vive usted?—Y estrechaba sus manos con gozoso enternecimiento.

Mas él, sin responder á esta cariñosa aco-

gida, con purísimo acento limeño, púsose á hacer de mis frases una parodia impía.

—Qué bella es la juventud! — decia — cuán calculadores son sus pensamientos; cuán sólidas sus aspiraciones; cuán auríferos sus ensueños!

—Malhaya el escéptico, que viene del otro mundo á echar en mi novela la sal del mal agüero!—

Y solté sus manos con enfado.

—Al contrario, hija mia, dóile el interes filosófico que le falta. Ah! tú te obstinas todavia en hacer del éter tu atmósfera?

Cuidado! Sabe que en todas las edades esa atmósfera es letal.

Yo tambien, allá, en un tiempo viví en esa mágica region, Por dicha, un puntapié en mitad del alma, me arrojó de allí, como á.....

Calla! pues ¿No iba á incurrir en tamaño fosilismo?..... Además, tu sabes esa historia.

—No tal.

—Pues si la has referido.

—No la recuerdo.

—Cómo; no sabias tú que yo amaba á Elisa B., que era amado de ella, y que el día de mejor sol, cambió mi amor por el oro de un judío? Pues, amiguita, nada menos sucedió.

Mi rival contaba las esterlinas por millones; yo solo poseia del metal que se la forja, mis galones de marino. El otro la obsequiaba un palacio; yo no podía ofrecerle otra mansion que mi camarote á bordo de la *Apurimac*.

Elisa me desechó.

Caí de las nubes.

El sér ideal que la imaginacion habia formado con los rayos de la aurora y los nacarados celajes de la tarde, no era sino una mujer, una hija de Eva que me finjiera un paraíso para hacerme gustar despues el amargo fruto del desengaño.

Menos paciente que Adan, quise hacerme justicia; y tomando el camino mas corto arrojéme con la pérvida de lo alto de un

peñasco á las embravecidas olas del mar, en una fuerte resaca.

Unos pescadores, que recorrían aquellos parajes velando sus redes, lograron salvarla, arrancándola á mi mortal abrazo.

Avergonzado de verme arrebatado mi venganza, hundíme en el abismo.

Un postrer destello de razon, mostróme en aquel morir solo, el mas tonto de los suicidios; y me hizo volver á la luz, y vogar hácia las riberas de la vida.

Apoyado en una roca, los piés en la arena tibia por el sol de un largo dia; delante de mí, el mar y sobre mi cabeza, los rayos de la luna, entré en cuentas con mi corazon.

Prodigio! estaba tranquilo: el dolor, la rabia, la desesperacion, habíanlo abandonado con el amor fatal que lo devastaba.

No era, pues, una fábula, la influencia maravillosa que la antigüedad atribuía al salto de Leucades. A mí me habia curado.

Tras un suspiro de bienestar, dí una mirada á mi situacion.

Encontréla enormemente ridícula, y eché de menos el fondo del Océano.

Mas, de ese pensamiento, surgió otro menos lúgubre.

—Fernando— me dije, hé aquí una magnífica oportunidad de realizar el deseo que te roe hace tiempo: vivir en otra existencia.

Desparezcamos.

El mundo tiene vastos espacios donde perderte y hacerte olvidar; oásis, dónde, quién sabe si no te están aguardando el amor y la felicidad.

—Hombres! hombres! Todavía no re-
puesto de aquel mortal zabullon, y ya pensando en nuevos devaneos!—díjele yo.

—Pues sí; y alzándome con denodada resolución

—Fernando S. ha muerto! grité. Viva Jorge Sheiman!—

Sentado delante de mí, Fernando hablaba de aquellos lejanos, pero terribles sucesos, fumando su cigarro y con un desenfado que me entristeció.

— Y al tomar esa resolución ¿no pensas-

teis en los que os amaban?—le dije con acento de reproche.

—Solo en el mundo: ni madre ni hermanos que me lloraran.....

—Solo! Y vuestros amigos, ingrato?

—Asunto de una semana..... cuando mas.—Pobre Fernando! tan buen muchacho!.....—Nos amábamos desde el colegio.—Juntos entramos á la marina.—Lástima grande!

Y se acabó! Tierra sobre ese recuerdo.

Todo esto vínome á la mente en ese cuarto de hora, al rayo de la luna, apoyado en un peñasco y los piés en la arena ardiente de la playa.

Ví la sonrisa burlona con que esos amigos, sabida mi aventura, acogerian mi vuelta á la vida; imaginé sus comentarios, sus eternas bromas en las veladas á bordo.

Quise huir de esta situacion verdaderamente falsa, y borré á Fernando S. del libro de la vida.

Por dicha mia, acababa de retirar mis cortos fondos del Banco donde los deposita-

ba, y podía desaparecer sin dejar en pos de mí, rastro alguno.

Mi reloj marcaba las once.

Dirijíme al pueblo de la Magdalena, de allí inmediato. Un chacarero, la única persona despierta á esa hora, me vendió, con su caballo ensillado, su poncho y su sombrero.

Embocéme en el uno, calé el otro hasta los ojos, monté, así, disfrazado, y tomé el camino de Lima.

En la portada de Juan Simon, dejé el caballo al cuidado del guarda y entré en la ciudad, cuyas calles estaban llenas de gente que rezaba las últimas oraciones de Viérnes Santo.

Llegué al hotel Maury, donde me alojaba.

Estaba abierto aún, á causa de sus huéspedes retardatarios.

Subí á mi cuarto, no sin recelo de mi criado, muchacho en quien tenia confianza, y aún, en último caso, pensaba asociar á mi secreto.

Sentado en un sillón, el pobre diablo dormía profundamente.

Bendije aquel sueño providencial; y acercándome silencioso á mi carpeta, cojí un pliego de papel y escribí:

—Esta es mi última voluntad

Lego cuanto me pertenece en esta habitación á Gaspar, mi sirviente y amigo—

Firmé y sellé el improvisado testamento, tomé conmigo mi dinero, y dando una afectuosa mirada de adios al pobre chico que dormía esperándome, ajeno á nuestra eterna separacion, salí del hotel, dejé la ciudad, monté el caballo del chacarero, y me dirijí al Callao.

Sabia que un ballenero inglés debia partir en la mañana siguiente. Estaba allí de arribada para hacer víveres y darse de nuevo á la vela prosiguiendo un largo viaje.

Yo conocia al piloto. Habia tenido ocasion de hablar con él, sin que supiera mi nombre ni mi profesion; y podia presentármele sin recelo.

Al primer rayo del alba echéme en un

bote y me hice llevar á bordo del ballenero.

Busqué al piloto y le dije que deseando estudiar el oficio, le pedia se interesase con el capitan, para que me admitiera como pasajero ó como tripulante, para aquel prolongado viaje.

Fuí recibido como pasajero, y pocas horas despues perdia de vista las costas del Perú, donde quedaba sepultada para siempre mi anterior existencia.

II.

En aquella larga morada entre ingleses, tornéme un verdadero hijo de Albion.

Procuré olvidar el español, á fin de que cuando lo hablase, fuera envuelto en un fuerte acento británico.

Seis meses pasamos sin mas horizonte que cielo y agua; ora con mar sereno; ora agitado por terribles tempestades.

En atencion á tu horror por los peces, hágote gracia de las ballenas que harponeamos, perseguimos y pescamos, así como del

nauseabundo freir y achicharrar sus carnes, para extraer ese aceite tan necesario á la industria.

Un temporal nos llevó á las costas de Francia, y echó nuestra ancla en un puerto de Bretaña.

Quien aporta á tierra francesa, es irresistiblemente arrastrado por una atraccion suprema: París.

Poderoso reclamo para todos, lo es, todavía mas, para aquellos que han vivido en su seno.

Allí habíame yo educado, allí comenaron á formarse mis ideas, mis gustos y mis sentimientos. Era para mí como una segunda patria, y anhelaba volver á verla.

¿Dónde mejor desaparecer que en ese inmenso torbellino humano de todas las razas, renovado sin cesar?

Ademas, estaba bastante curtido por el viento marino y borrado de mi habla el acento latino-americano, para que nadie pudiera reconocerme.

Olvidé, pues, mis proyectos de largo via-

je; me arrojé en un wagon del primer tren que partia, y á la mañana siguiente desembarcaba en París.

La metrópoli se hallaba en los dias mas brillantes del segundo imperio.

Napoleon III habia puesto su corona á los piés de la bella Eugenia de Guzman; y aquella esplendente luna de miel, que derramaba fulgores sobre toda la Francia, hacia de París una mansion encantada.

La Europa elegante, opulenta y artística, habíase dado cita allí; y las altezas y magestades de la sangre, del arte y de la finanza, llenaban las calles, los teatros y bulevares.

Perdido como un átomo en aquella dorada niebla, halleme contentísimo durante la primera semana; perplejo en la segunda, seriamente inquieto en la tercera.

Juzga si para ello no habia razon.

Mis recursos eran escasos y se agotarían luego.

¿Qué trabajo encontraria para procurarlos, con la premura necesaria, quien no

solo era extranjero, en aquella Babilonia, sino en toda la extension de la tierra?

En uno de esos dias de duda y vacilacion, dos oficiales vecinos mios de hotel, hablábanme de su próxima partida á Africa en un regimiento que se estaba organizando.

Una idea cruzó mi mente: hacerme soldado.

III.

Al siguiente dia, presentábame como voluntario en aquel cuerpo y me alistaba en sus filas.

Partimos; y poco despues me encontraba en aquellas ardientes comarcas, haciendo esa guerra de emboscada, de ardidés y de salto de mata, que tanto ha aguerrido á los soldados franceses.

Lo áspero, lo imprevisto del continuo batallar, placia al estado de mi espíritu, que no era ya el de Fernando S., sino el de Jorge Sheiman.

Mis estudios en la Escuela Politécnica, habian facilitado mi ascenso en la carrera: era ya oficial, cuando un incidente que influyó de una manera extraña en mi destino, me arrancó á esa vida de diarios combates, volviéndome á Europa y á la muelle existencia de Paris.

Un dia que mi regimiento vivaqueaba en una aldea cabila, abandonada, un escuadron volante de artillería detúvose á pasar la noche en el mismo sitio, atraído por la vista de un verde alfalfal que los árabes, no tuvieron tiempo de destruir en su fuga.

Mas, este se hallaba ocupado por nuestra caballada, que yo, con cuatro soldados, vigilaba.

Un oficial del escuadron recién llegado, pretendió introducir los caballos de este, en el alfalfal. Yo, me opuse, ordenando á mis soldados que los rechazaran.

El oficial, indignado de aquella repulsa, echó pié á tierra y vino á mí con ademan hostil, casi requiriendo la espada.

Pero apenas me hubo mirado de cerca,

pintóse en su semblante un profundo asombro; y con estupor mio:

—Fernando!—exclamó, tendiéndome los brazos.

—Jorge Sheiman, camarada—apresurémeme á responder, dando un paso atrás, por que yo tambien lo habia reconocido á él, y estaba profundamente conmovido.

—Perdonad—dijo—sé que no sois él; vuestro acento me revela un inglés. Pero—añadió con doloroso enternecimiento—permitid que abrace en vos, la imágen de un amigo, muerto con una muerte trágica en la flor de la vida.—

Y me estrechó en su pecho; y sentí dos lágrimas que caian de sus ojos.

Era Nicolás Bibesco, un príncipe slavo, hijo del Hospodar de Valaquia; mi compañero en la Escuela Politécnica.

Nos amábamos desde aquel lejano tiempo, y él, abrazaba ahora, en mí, la memoria de mí mismo.

—Ya veis, desabrido, escéptico, que existen corazones calorosos para los que la

amistad es un culto — me apresuré á decirle. — Así tambien os recuerdan vuestros amigos en Lima.

— Nicolás es una excepcion: un alma tierna, un espíritu caballeresco: un hombre de los antiguos tiempos.

Nuevo lazo de afecto volvió á unirnos; yo amaba en él, al fiel amigo; él, en mí, la sombra del amigo muerto.

IV.

Una noche que Bibesco, al mando de una avanzada, llevaba su gente sedienta, y rendida al cansancio de una larga etapa al través de abrasados arenales, detúvose á beber en una fuente, la única que se encontraba en aquel árido desierto.

Pero los cabilas, habian envenenado aquellas aguas con las raíces de un árbol de sus montañas, enterradas en el fondo del cauce.

Algunas horas despues de haber bebido en aquella fuente, los soldados de Bibesco, morian, presa de horribles dolores; y él mismo,

exánime, moribundo, llegaba al campamento.

Prontos y oportunos auxilios lograron salvarlo; pero los médicos, temiendo la influencia del clima, le aconsejaron regresar á Europa.

Como el estado del convaleciente necesitara todavía asíduos cuidados, á petición suya, fuí yo elegido para acompañarlo.

Bibesco, que se habia enrolado en el ejército francés por el gusto de hacer la campaña de Africa, me manifestó su propósito de abandonar el servicio, donde ya habia aprendido bastante como soldado.

Escuchándolo, yo mismo, sentí disgusto por aquella posicion de aventurero, á sueldo en ageno país, peleando por conquistar y avasallar pueblos libres, que defendian su independenciam y la tierra de sus padres.

Así, cuando hubimos llegado á París, aun antes que Bibesco solicitara su separacion del servicio, ya habia yo obtenido la mia.

El cambio de clima y los dias de navega-

cion, influyeron tan favorablemente en la salud de Nicolás, que al llegar á Francia, encontrábase restablecido y fuerte.

Residian por entonces en París el Hospodar su padre y el príncipe Jorge, su hermano menor. Nicolás les pidió, para mí, su amistad y me presentó en los centros mas distinguidos de aquella época.

Uno de ellos, quizá el mas brillante, era la colonia americana, seccion excepcional, cuyos salones reunen en democrática igualdad, lo que hay de mas elevado en nacimiento, ciencias, artes, industria y finanza.

Al traspasar aquellos republicanos umbrales, los altos títulos descienden de su árbol nobiliario, para estrechar la callosa mano del industrial; y las reinas, ocultando entre flores su diadema, van allí á mezclar su charla á la de las viajeras limeñas, venezolanas ó bonaerenses, que pasean su humorista, allende los mares.

De todas las fiestas de la sociedad parisiense, ningunas son tan apetecidas como las que saben organizar, en sus suntuosas

residencias, esas hechiceras hijas de la América latina, cuyo encanto agrupa en torno suyo, todas las grandezas de la tierra; desde el czarowich de las Rusias hasta el radjha indiano; desde el potentado de las orillas del Danubio, hasta el opulento par de Inglaterra.

Nicolás Bibesco era acogido allí con las preferencias mas halagüeñas. Bello, elegante, espiritual, era, además, rico, y llevaba una vida fastuosa que añadía precio á su mérito personal.

Empeñóse en presentarme en aquel mundo brillante. Yo acepté. Deseaba dar una ojeada, bajo la máscara de Jorge Sheiman, á esas lindas caritas de otro tiempo.

Mi presentación tuvo lugar una noche de Marzo, en la fiesta con que inauguraba su palacio en la Avenida de los Campos Elíseos, uno de esos acaudalados personajes peruanos, májicos trasformadores del incoloro guano en auríferos resplandores; que, de potencia á potencia, obsequian á los sobera-

nos con régios presentes, y cumplen con los príncipes *la quinta de las corporales*.

Imposible sería imaginar las riquezas materiales y artísticas, reunidas en los jardines, salones, retretes y galerías de aquella espléndida mansion.

Todas las magnificencias que puede inventar el arte y pagar el oro, estaban allí, agrupadas y dispuestas con gusto exquisito.

Era tarde: el cotillon iba á comenzar.

Luisa, la hija mayor de la casa, que debia conducirlo con Bibesco, acercóse á este, afectando un aire de misterio.

—Nicola—díjole, poniendo familiarmente la mano en su hombro—gran noticia! La bella cuyo retrato os cautivó, en aquel album de hermosuras de otro mundo, se halla en París, y en este momento entre nosotros.

—Aquí!—exclamó Bibesco.

—Sí. Dos veces casada, llámase ahora la condesa de Gualiana. . . . Pero, hela allí

que viene hácia nosotros Aquella que dá el brazo al duque de Morny llega. . . .

Condesa, el principe Nicolás Bibesco; Mr. Jorge Sheiman, oficial del ejército de Africa.—

Quedé inmóvil, y un grito se escapó de mi pecho, ahogado, felizmente, por el ruido de la fiesta.

Aquella mujer de cuyo retrato habíase enamorado Bibesco, la condesa de Gualiamma, era ella, era Elisa, mas hermosa que antes, alegre, risueña, indiferente; dando miradas, seductoras al duque; á Bibesco, insinuantes sonrisas.

En cuanto á Jorge Sheiman . . . : Era un modesto oficial, y á él, ni siquiera lo miró.

El cotillon estaba en pié y aguardaba la última señal que no tardó en hacerse oír, dando principio á ese baile, á la vez, bello y tonto.

Organizadas todas sus evoluciones con el espíritu travieso de sus conductores, eran á cual mas caprichosa y original. Aquella,

sobre todo que debia terminarlo, tenia un carácter picaresco de fina galantería.

La condesa de Gualiamama era la hada de los perfumes; y tendida la mano aguardaba la ofrenda de flores que la Primavera, una linda rubia de rizados cabellos, y túnica de gasa plateada, distribuía entre los caballeros, á quién un clavel, á quién un jazmin, y así, violetas y gardénias, tulipanes y margaritas, que ellos, formando una larga cadena depositarian á su paso, en la bella mano, abierta coquetamente, y dejándolas caer á sus piés, hasta hallar la flor cuyo perfume buscaba.

Entonces aquella flor quedaria triunfante en la mano de la hada; y su dueño, el venturoso preferido, bailaria con ella la última danza de la fiesta: el valse de los silfos.

El cotillon seguia su curso entre risas y aplausos. Sucedianse escenas graciosas, sentimentales, grotescas.

Llegó por fin, su turno á la figura postera.

Envuelta en un velo azulado y trasparen-

te, la hada de los perfumes tendia sus manos en demanda de la florida ofrenda; y los caballeros, inclinándose con galante cortesía, dejaban en ellas, claveles, jazmines, violetas y tulipanes: una lluvia de flores que ella dejaba caer á sus piés, con sonrisa desdeñosa.

Cuando hubo llegado mi vez, detúveme ante ella; y mirándola fijamente, tomé al mismo tiempo, del ojal del frac una rosa de Alejandria que la Primavera depositara allí, y del bolsillo del chaleco una águila californiana, la moneda mas brutal y mas valiosa por su peso intrínseco, oculté la una con los pétalos de la otra, y las dejé caer en la alabastrina mano, que se estremeció con nerviosa convulsion.

La densa palidez que cubrió el semblante de la condesa de Gualiamá, indicóme que me habia reconocido.

La flor permanecia en su mano; ella no podia arrojarla sin publicar la injuria que acababa de recibir.

El cotillon aplaudió el triunfo de la rosa y formó galeria para dar paso al valse de los

silfos, que la orquesta comenzaba á ejecutar.

Sonreí á ese complemento de mi venganza; y arrebatando á la condesa en mis brazos, lancéme con ella en medio á los giros violentos de esa danza, no como un galan que baila con una dama, sino como un enemigo, estrujándola, ciñéndola en un abrazo de ódio, hasta arrojarla desmayada en un divan.

Y el cotillon aplaudió, achacando el desmayo de la condesa á la emocion de placer, causada por la rapidez de aquel valse original.

IV.

Al dia siguiente dejé París y la Francia.

Al ver de nuevo á aquella mujer aborrecida, sentí, mezclados á mi ódio, escombros del antiguo amor, que me hacian imposible la morada en el país que ella habitaba.

Embarquéme para Inglaterra, y allí he pasado los años que de aquel tiempo me alejan, estudiando teórica y prácticamente la profesion que hoy ejerzo

—Y aquel oasis soñado una noche, la cabeza apoyada en un peñasco, ante el abismo del mar y bajo los rayos de la luna? Lo habéis encontrado?

—Ah! en cuanto á eso, dígame que la decepcion que truncó mi vida, habia devorado en mi alma todos los elementos con que se forma un oasis.

—Cómo!. . . . alguna bella, pura y amante criatura no os ha hecho olvidar esos importunos recuerdos?

—Una muger? No creo en ellas.

—Y la memoria de vuestra madre?—

Sonrió con dulce sonrisa; estrechó mis manos y se fué; no sin volverse en el umbral de la puerta, para reir, como protestando de aquel enternecimiento.

Y yo me quedé pensando que ni el paso del huracan, ni el del rayo, ni el de la peste, hacen estragos tan horribles, como los estragos que hace, en el corazon del hombre, el paso de una coqueta.

ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
<i>Al lector</i>	5
<i>Romería á la tierra natal—</i>	
I. Las márgenes del Paraná	9
II. Reminiscencias	11
III. El Rosario	15
IV. Córdoba	16
V. Tucuman	18
VI. La Ciudadela	21
VII. Dos fiestas	24
VIII. Ojeadas en el pasado	27
IX. El regreso—Un relato misterioso	30
X. Beauté, secret d'en haut, rayon divin emblème : Qui sait d'où tu descends? qui sait pour quoi l'on t'aime?	37
XI. Córdoba	40
XII. Incidentes	43
XIII. La última etapa	45
XIV. La metrópoli argentina	49
<i>Luz y Sombra—</i>	
I. Aguinaldo	53
II. Las dos fases de un miraje	56
III. Charla, risas y gorgeos	61
IV. Lound	65
<i>Odsis</i>	71
<i>La primera decepcion</i>	79
<i>A dos pasos de la muerte</i>	87

	<u>Páginas</u>
<i>Longevidad de una frase</i>	99
<i>La Paz</i>	115
<i>El Amartelo</i> —	
I. Abnegacion	121
II. Estela	124
III. El amor de los amores	131
<i>Un grupo de caminantes</i>	143
<i>Una conversion</i>	163
<i>Francesco, el mercachife</i>	175
<i>El profesorado</i> —	
La Era de Gracia	217
Virtud infantil	223
<i>La vida al pasar</i> —	
I. Ovacion á la Virgen	243
II. Estiletos femeniles	247
III. Ingratitud	248
IV. Los Reyes de la Haba	250
V. En la guerra civil	255
VI. Las aves viajeras	259
VII. Rosa Mercedes Riglos de Orbegoso	263
<i>Derrotas del heroismo</i>	267
<i>Bibliografía</i> —	
I. « Conferencias »	279
II. « Dorrego » — « Glorias argentinas »	280
<i>El Banquete de la muerte</i>	289
<i>Chincha</i>	311
<i>Vaguedades de la mente</i>	325
<i>El General Martín Güemes</i>	331
<i>Miraflores</i>	343
<i>Epitlogo de una tragedia</i>	351

